

EXPLORACIÓN SONORA PARA  
UNA ESCUCHA ÉTICA DE LA  
DESAPARICIÓN FORZADA

**UNA REALIDAD**

**IMAGINADA**

BITÁCORA  
CRISTIAN PRIETO ÁVILA

**UNA REALIDAD IMAGINADA. EXPLORACIÓN SONORA PARA  
UNA ESCUCHA ÉTICA DE LA DESAPARICIÓN FORZADA**

Acercamiento a las voces de Margarita Restrepo y Luz Elena Galeano,  
integrantes del Colectivo Mujeres Caminando por la Verdad.

Bitácora del proceso de investigación-creación

**CRISTIAN PRIETO ÁVILA**

Trabajo de grado para optar por el  
título de Comunicador Social y Profesional  
en Estudios Literarios

Directora de tesis:  
Liliana Ramírez Gómez

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**  
**Facultad de Ciencias Sociales**  
**Carrera de Estudios Literarios**  
**Bogotá, 2020**

**Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:**

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus tesis de grado. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales. Antes bien, se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

## **Agradecimientos**

Agradezco, especialmente, a Margarita Restrepo y Luz Elena Galeano por recibirme con los brazos abiertos y compartir sus historias conmigo.

A la maestra Liliana Ramírez por orientar con su sensibilidad este recorrido, creer siempre en mis propuestas y darme fuerzas para continuar.

A la artista Clemencia Echeverri por su apoyo incondicional.

A Eugenia Castro por sus valiosos consejos.

A mi amiga Michelle Morales por subirse a este barquichuelo con rumbo al cambio.

## Epígrafes

—¿No me oyes? —pregunté en voz baja—

Y su voz me respondió:

—¿Dónde estás?

—Estoy aquí, en tu pueblo. Junto a tu gente. ¿No me ves?

—No, hijo, no te veo.

Su voz parecía abarcarlo todo. Se perdía más allá de la tierra.

—No te veo.

*Pedro Páramo, Juan Rulfo.*

Por eso sé que no estás vivo. Si estuvieras vivo  
habrías dado señales, habrías llamado, habrías enviado  
un mensaje. Si estuvieras vivo habrías luchado hasta  
la muerte por hacérmelo saber.

*Antígona González, Sara Uribe.*

La memoria es también la puesta en espacio de relatos que para ser recordados  
deberán ser imaginados. *Cuerpos sin duelo. Iconografías y teatralidades del dolor.*

*Ileana Diéguez.*

La historicidad de las formas es ineludible: a temas nuevos  
le corresponden formas nuevas.

*El arte de no olvidar, Nora Strejilevich.*

## TABLA DE CONTENIDO

<i>Preámbulo para el lector</i> .....	8
<i>Síntesis histórica</i> .....	11
La Operación Orión .....	12
La Escombrera .....	13
<i>Los cuatro pétalos</i> .....	16
El grito.....	16
Memoria .....	19
Lenguaje.....	22
Imaginación .....	25
<i>Bitácora</i> .....	28
El miedo o un precedente al investigar Colombia.....	28
Mis primeras inquietudes éticas .....	30
La dificultad del encuentro con <i>el otro violentado</i> . Un acercamiento previo.....	32
Escuchar o la sonoridad de las voces .....	35
Primer encuentro con la desaparición forzada .....	37
¿Cómo escuchar la desaparición forzada? .....	41

Segundo encuentro con la desaparición forzada. Un acercamiento a las entrañas de la Comuna 13 de Medellín .....	44
Escuchar los diálogos del claroscuro .....	51
Después de la pausa: el cuarto día en Medellín.....	54
Una escucha después de escuchar .....	61
De regreso a Bogotá .....	63
La escritura del guion .....	65
Grabación del podcast .....	70
Edición del podcast.....	72
Publicación y difusión de la propuesta sonora.....	74
Recepción .....	75
<i>Bibliografía</i> .....	79
<i>Anexo</i> .....	85
Guion de la miniserie sonora.....	85

## Preámbulo para el lector

Ese día el puente de Cambao<sup>1</sup> soportaba el peso del conflicto, había un cuerpo colgado y una inscripción de las Autodefensas Armadas de Colombia al lado. Pasamos en carro y, aunque no alcancé a verlo, recuerdo la angustia de mi papá. Las calles estaban vacías, no había niños en el parque y lo único que escuché fue el sonido del río Magdalena a lo lejos. Antes de llegar a la casa del pueblo, para dejar nuestras maletas y preparar la cena de navidad, mi papá se devolvió a Bogotá. No entendía por qué. Celebramos la vida en medio de una carretera vacía. Esa noche todo parecía vacío. ¿Y las personas dónde están? Le pregunté a mi papá. Lo importante es que nosotros estamos juntos, me respondió.

A lo largo de mi vida Cambao simbolizó la Colombia que habita el despojo constante. Cuando era niño no me gustaba ir, me daban miedo las historias que me contaban allá. Militares, guerrilleros, paramilitares. Armas, bombas, explosiones. Gente muerta, gente que nunca regresó. De día era un pueblo caliente y de noche todo parecían susurros.

En el pueblo salíamos a caminar a las 6 de la mañana con mi abuela. De regreso a la casa, ella me compraba un helado de queso con bocadillo y siempre pasábamos por una calle que parecía despoblada. Una piscina quebrada, una antena con enredaderas y el antiguo colegio. Siempre me fijé en las pinturas del antiguo colegio. Eran mitos y leyendas que habían dibujado en algún momento los estudiantes. El tiempo solo me permitió distinguir dos: El Mohán y La Llorona.

La Llorona, siempre me fijé en La Llorona. Me parecía triste que una madre perdiera a sus hijos y se la pasara a la orilla del río buscándolos. Por las noches no podía dormir. Me imaginaba a una mujer desesperada en la mitad del bosque. Una mujer que en cualquier momento podía gritar y helar mi sangre. ¿Y sus hijos? ¿Quién se los llevó? ¿Será que se perdieron en el bosque? ¿Por qué no pudieron regresar? ¿Yo también me podría perder? ¿Y

---

<sup>1</sup> Cambao es el pueblo donde mi papá realizó su rural como médico y al que solíamos ir a final de año para encontrarnos con el resto de la familia. También es un lugar que ha sido afectado por diferentes actores armados.



si me pierdo mi mamá sería una llorona? Seguro lloraría mucho. Por las noches no podía dormir.

Cambao me enseñó sobre el conflicto armado colombiano y crio mi forma de pensar. Al entrar a la universidad tenía muchas preguntas y eso me llevó a ser voluntario de una organización social en Usme y Ciudad Bolívar en Bogotá. Allí conocí el caos que provoca el desplazamiento y la desaparición forzada. Allí también aprendí a escuchar al país que la ciudad oculta a sus afueras. Como un acto de responsabilidad decidí continuar mi búsqueda que inició con mis experiencias personales y familiares que, al confluir con lecturas teóricas de Colombia propuestas por la academia, me llevaron a vivir otros encuentros para comprender la desaparición forzada.

Así que este trabajo es un intento por acercarme a la historia profunda de Las Lloronas. A la historia de esas mujeres que buscan a sus familiares. Este trabajo es la continuación de las inquietudes que tuve de niño al recorrer Cambao, de mi historia familiar atravesada por la violencia y de la frustración que sentí al conocer de cerca las injusticias. Es un intento por comprender y hacer comprender a otros el dolor que compone nuestras historias.

Más adelante, en mis primeros planteamientos con la tesis, surgieron preguntas como: ¿Qué sucede con las experiencias de violencia que parecen indecibles? ¿Es posible comunicarlas o debemos considerarlas como silencios del lenguaje? ¿El exceso de dolor se hace transmisible en un orden previo al lenguaje, es decir, en un grito o un lamento sonoro? ¿Cuál es la potencia de los afectos frente a los discursos estructurados para crear vínculos colectivos?

Esos cuestionamientos me llevaron a reflexionar acerca de las voces, el silencio, los olvidos y los recuerdos que permanecen en medio –en un entre– y al borde de la destrucción por la presión de las lógicas violentas que definen a Colombia. Me preocupaba saber cuál era el lugar del conocimiento deslocalizado o que permanece en un espacio difuso y en disputa con las construcciones dominantes que ejercen presión sobre los cuerpos, su memoria, los actos

de habla y, en suma, alteran sus capacidades expresivas. Me preocupaba saber la presencia de lo ausente que, a pesar de no estar en una zona visible, permanece, se prolonga y resiste.

Fui a la Comuna 13 de Medellín para investigar los estragos ocasionados por las operaciones militares del año 2002, en especial los suscitados por la operación Orión y Mariscal. Me contacté con Margarita Restrepo y Luz Elena Galeano, dos mujeres integrantes del Colectivo Mujeres Caminando por la Verdad que buscan a sus desaparecidos en La Escombrera –una fosa urbana donde los paramilitares ocultaron los cuerpos de quienes fueron desaparecidos en las intervenciones militares–. Ellas fueron el centro vital de este proyecto y las que me llevaron a pensar constantemente sobre la importancia de la escucha en una investigación ética, en un acercamiento que respeta e intenta cuidar al otro que ha sido violentado.

Junto con Liliana Ramírez, mi directora de tesis, pensamos la desaparición como un proceso y planteamos lo que ella llamó una serie de pétalos que, en conjunto, conformaron una flor. Un cuerpo vivo. El grito, la memoria, el lenguaje y la imaginación son los cuatro pétalos principales. Con esa estructura propuse una mini serie sonora de 6 episodios en formato de podcast y, en paralelo, unas [fotografías experimentales](#) como parte del proceso creativo<sup>2</sup> para comprender la complejidad del problema. Para completar la narración compuse una [página web](#) que aloja los contenidos complementarios del podcast. La página estará en constante construcción para integrar distintas miradas, lenguajes y relecturas a lo largo del tiempo.

Esta bitácora no es más que la muestra de un recorrido lleno de dificultades, aprendizajes y grandes retos. Es un *collage* de experiencias, un compuesto de retazos, un encuentro de tiempos personales. Está compuesta por una síntesis histórica, una reflexión sobre los cuatro pétalos que mencioné antes, una exploración de la escucha en diferentes etapas del proceso y, además, una bitácora que describe con detalle y de manera cronológica los distintos niveles que vivencí en la investigación-creación.

---

<sup>2</sup> Las fotografías me permitieron hacer una lectura visual de la desaparición forzada. Para la narrativa de la página web utilicé las que consideré más pertinentes y las otras quedaron como parte del proceso creativo.

## Síntesis histórica

La Comuna 13 (San Javier) hace parte de las 16 localidades que conforman Medellín y está ubicada en la zona centro-occidental de la ciudad. Su población responde a los movimientos migratorios vinculados en su mayoría al desplazamiento forzado, que ha provocado el conflicto armado en las últimas décadas en el país. Esto hizo que gran parte de los migrantes acogieran la zona como parte de un proceso de urbanización informal, definido por asentamientos populares y semi-rurales. Por su ubicación estratégica, al conectar el centro de Medellín con Santa Fe de Antioquia y, a su vez, con el golfo de Urabá, ha sido considerada una vía privilegiada para el transporte de armas y cargamentos relacionados con las economías ilegales como el narcotráfico.

No es fortuito que haya sido señalada, a finales de los 90 y principios de los 2000, como el epicentro de la “urbanización del conflicto armado (Gil, 2019)”, por las constantes disputas entre distintos actores que intentaban tomar el control de un territorio con baja presencia estatal. En la Comuna 13 sobresalieron tres grupos de autodefensas: el Bloque José Luis Zuluaga, el Bloque Metro y el Bloque Cacique Nutibara; dos frentes guerrilleros: el ELN y las FARC; y milicias como los Comandos Armados del Pueblo (CAP).

Dadas las circunstancias de sus conflictos definidos por la “reconfiguración de las territorialidades, las sociabilidades y las identidades urbanas (Gil, 2019)”, fue posible la variedad de los actores armados que complejizaron las acciones criminales y violentas. El guerrillero pudo terminar como paramilitar, el sicario como guerrillero o los narcotraficantes como parte de las milicias populares. Los potenciales entrecruzamientos de distintos actores, descontextualizaron y complejizaron la tenencia del poder en el territorio. En consecuencia, se incrementaron los niveles de inseguridad, la dificultad para rastrear los daños a los derechos humanos y, por lo tanto, esto causó una impunidad generalizada.

Sumado a lo anterior, las alcaldías locales optaron por privatizar la gestión de la seguridad y formalizaron pactos con grupos armados, en su mayoría paramilitares, con la supuesta intención de aumentar su gobernabilidad. La confluencia de todos estos fenómenos, con un

lineamiento poco transparente y sin respeto por la administración pública, ocasionó que el control estuviera determinado por la concentración de la fuerza en un territorio en el que predominaban legalidades alternas a la estatal. Así como por la cantidad de armas y dominio de zonas a través de grupos militarizados.

Según la Jurisdicción Especial para la Paz, en la Comuna 13 han desaparecido de manera forzada a 437 personas. Para el año 2017 Medellín, la ciudad de Colombia con mayor incidencia de violencia política y narcotraficante, contaba aproximadamente con 3.000 desaparecidos de 19.754 del departamento de Antioquia (CNMH, 2017). Solo en el primer semestre del 2020, la Alcaldía registró 160 desapariciones forzadas.

### **La Operación Orión**

La Operación Orión fue parte de una estrategia de “la doctrina de Seguridad Democrática” (Tribunal Superior del Distrito, 2015) que orquestó once intervenciones militares en la Comuna 13. Fueron dirigidas en el 2002 por el presidente Álvaro Uribe Vélez para, supuestamente, erradicar las fuerzas insurgentes (FARC, ELN y CAP) y retomar el control del territorio bajo las instituciones del Estado. A nivel militar, intervinieron las tropas de la IV Brigada comandada por el general Mario Montoya, que después fue acusado por presuntas participaciones en ejecuciones extrajudiciales y una masacre en San José de Apartadó.

Entre el 16 y el 28 de octubre el Ejército, la Fuerza Aérea, el DAS y la Fiscalía entraron a la Comuna 13 a disparar con “helicópteros artillados, tanques blindados y vehículos que no son de uso en áreas urbanas pobladas” (Gil, 2019). En acciones violentas contra grupos armados y la población civil que dejaron como resultado “asesinatos, detenciones arbitrarias, ataques indiscriminados y desapariciones forzadas (Gil, 2019)”. Según cifras de la Corporación para la Paz y el Desarrollo Social, en la operación participaron “más de 1000 integrantes de la Fuerza Pública con el presunto apoyo de 3000 paramilitares” (Kapkin, 2017).

Después de la operación el Bloque Cacique Nutibara, perteneciente al grupo paramilitar de las Autodefensas Unidas de Colombia, consolidó su dominio en articulación con la fuerza

pública. Se incrementaron las cifras de desaparición forzada como táctica para fomentar el terror de manera sistemática. Los paramilitares identificaron, persiguieron y estigmatizaron no solo a guerrilleros sino a supuestos colaboradores, informantes y en general a civiles inocentes que, bajo su criterio militarizado, eran un riesgo para la seguridad de la zona. A pesar de que las cifras no son claras, por falta de acceso público a los datos y presión social a la denuncia, la operación dejó “200 heridos, 370 capturas arbitrarias, al menos 95 desaparecidos y 88 asesinatos (Sepúlveda, 2018)”. De acuerdo con un testimonio recolectado por Verdad Abierta:

“Retenían a algunos jóvenes y los paseaban por los barrios (...) y los llevaban caminando a la vista de todo el mundo, por algunas zonas donde estaban ubicados los paramilitares, luego los soltaban, pero ya estaban fichados, así que a las pocas horas los cogían las AUC y los desaparecían (Operación Orión: 10 años de impunidad, 2012)”.

## **La Escombrera**

La Escombrera, compuesta por La Arenera y La Escombrera, está ubicada en las laderas de la Comuna 13 de Medellín. A lo largo de los años las constructoras de la ciudad convirtieron el lugar en un vertedero de escombros. Esto generó controversias porque, en concordancia con varias denuncias de organizaciones sociales y familiares de víctimas, la zona es una fosa clandestina en la que escondieron cuerpos de personas desaparecidas.

En el 2009, como resultado del trabajo colectivo de las víctimas, se dieron los primeros estudios técnicos para que el Estado aceptara la viabilidad de las excavaciones en la zona. El siguiente año, la Alcaldía de Medellín contrató a los primeros expertos para que exploraran con detalle los terrenos, sin embargo, a pesar de las constantes peticiones, los primeros avances se dieron por el pronunciamiento oficial del Tribunal Superior de Medellín en el 2013:

De acuerdo a la evidencia, el Bloque Cacique Nutibara tuvo por lo menos 3 bases estratégicas en la comuna 13 (...) en las cuales, conforme a la evidencia de que dispone la Sala, se encuentran los cuerpos de unos 300 jóvenes desaparecidos Bloque (...) El Bloque Cacique Nutibara se instaló en dicho lugar y no sólo lo utilizaron como base, sino que allí enterraron a sus víctimas y están sepultadas bajo cantidades de escombros, sin que las autoridades competentes hayan tomado medidas para ponerle fin a esa situación, con una indiferencia y desidia que constituye una afrenta a los derechos de las víctimas a la reparación, más si el Estado y las autoridades de la ciudad de Medellín son responsables de esa situación por acción u omisión (Tribunal Superior del Distrito, 2013).

Posteriormente, de junio a diciembre del 2015, las excavaciones avanzaron entre miles de escombros acumulados en uno de los tres polígonos, que fueron señalados por las víctimas y validados por declaraciones de ex paramilitares como Juan Carlos Villa (alias Móvil 8):

“En esa escombrera sí se empezaron a hacer fosas, pero no porque nosotros hayamos escogido el terreno, sino porque era una fortaleza de la guerrilla (...) Y sí, también sacamos gente de las casas, o los bajamos de buses, otros que había que matar los traíamos de otro lado y se los entregábamos a seis muchachos que permanecían en La Escombrera, y ellos se encargaban de hacer lo pertinente (Gil, 2019)”.

Después de las primeras búsquedas no encontraron restos óseos y las exploraciones fueron interrumpidas. Los organismos estatales que estaban encargados, detuvieron la continuidad del proceso y los polígonos restantes quedaron sin explorar. En el 2015, el Tribunal Superior de Medellín ordenó al alcalde Aníbal Gaviria que suspendiera el arrojado de escombros y “rehabilitara esa zona de manera que constituya un acto de memoria y dignificación de las víctimas y desaparecidos (CIDH, 2016)”. De acuerdo con los afectados por los casos de desaparición forzada en La Escombrera, la orden no se acató.

A finales del 2019, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) aceptó las medidas cautelares solicitadas por el Movimiento Nacional de Víctimas de Estado para proteger las pruebas y

ordenó proceder con las respectivas indagaciones para escalar el caso, por solicitud de los afectados, a la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas.

A inicios del 2020, la JEP mandó a sus investigadores a que tomaran registros en La Escombrera y le pidió información a la Fiscalía sobre las bases paramilitares registradas en la zona. Por otro lado, solicitó a los administradores del terreno las cartografías catastrales, sus matrículas inmobiliarias y la respectiva información de su gestión que, bajo una mirada investigativa de la Jurisdicción, había impedido la búsqueda de los cuerpos al tratarse de un territorio que continuaba como un botadero de escombros.

En agosto del 2020, la JEP ordenó una exploración a profundidad por 120 días en dos nuevos polígonos. Uno está ubicado cerca de lo que fue una base paramilitar del Bloque Cacique Nutibara y el otro en una zona arborizada atravesada por una carretera. La JEP se encargó de realizar un plan de intervención, búsqueda y prospección de la zona en conjunto con la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas. Por ahora esa es la mayor esperanza para los familiares que buscan a sus desaparecidos en la Comuna 13.

## Los cuatro pétalos

### El grito<sup>3</sup>

La vida quedó atorada en una excepción, en “esa franja en la que la norma queda suspendida y cuyo orden se define por esa suspensión” (Gatti, Las narrativas del detenido-desaparecido o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales, 2006). Todo se derrumbó hasta que las ruinas, al desnudo, quedaron como los únicos referentes de lo vivido porque “el problema está profundamente conectado con la destrucción de la significación como tal: los significantes son privados de sus significados; las memorias, de cualquier tipo de coordenadas puntualmente fijables en tiempo y espacio” (Mahlke, 2017). El grito, entonces, aparece como la ruptura de la realidad.

Margarita Restrepo<sup>4</sup>, una de las protagonistas del [podcast](#)<sup>5</sup>, esperaba a que retornara lo que parecía estable en medio de un tiempo alterado por el desgarramiento. Pero continuaron los días y aumentó el dolor. El mismo dolor que causó el agrietamiento repentino por la desaparición de su hija, alteró el orden y desmoronó lo concebido. Incluso las palabras, sus sentidos y su capacidad para hacer comunicables las experiencias. Por lo que “podría decirse que los marcos interpretativos culturalmente disponibles no contaban con los recursos simbólicos para ubicar y dar sentido a los acontecimientos” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002) definidos por el horror.

Los gritos de Margarita aumentaron con la fuerza necesaria para recibir una respuesta de su hija y solo retornaron sus palabras cargadas de desespero, como ecos, como reverberaciones que lastimaron el clamor de una madre que buscaba respuestas. Cada grito estaba cargado de un “dolor como algo que pide admisión y reconocimiento” (Diéguez, 2013). Nadie escuchó los llamados, nadie acudió para acompañar el desespero de cargar con lo que parecía

---

<sup>3</sup> Los textos de la sección “Los cuatro pétalos” lo redacté a partir de las conversaciones que tuve con Margarita Restrepo y Luz Elena Galeano. Se derivan de sus experiencias personales.

<sup>4</sup> Margarita Restrepo es la protagonista principal del episodio del podcast que aborda el grito. Ella hace parte del Colectivo de Mujeres Caminando por la Verdad de la Comuna 13 de Medellín.

<sup>5</sup> Como resultado del proceso de investigación-creación, realicé una propuesta sonora en formato de podcast. Se llama Realidad Imaginada Podcast y es una miniserie de 6 capítulos que explora la desaparición forzada.



una separación irreversible. Hasta que Margarita, “en una repetición ritualizada de su dolor sin elaboración social” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002), quedó encerrada en un silencio ruidoso definido por la ausencia. Por las infinitas “preguntas permanentes sobre el destino de los ausentes” (Feirstein, 2017), de su ausente.

Margarita empezó a buscar. Esperó a su hija como quien piensa que incluso los conflictos más crueles tienen remedio, tienen permitido un retroceso de lo que parece irreversible. Esperó a que la puerta sonara y su hija tuviera alguna justificación por su demora. Pero lo que parecía una demora pronto se convirtió en una injusticia, en una crueldad inimaginable, en una destrucción sin límites. En esa dura verdad que habitaría su vida de manera violenta. “Esta verdad, en su aparecer diferido y en el retardo de su llamado, no se liga únicamente con lo que puede ser conocido, sino también con aquello que permanece desconocido tanto en nuestras acciones como en nuestro lenguaje” (Acosta, 2019).

No soportó contener la incertidumbre que se instaló “como mecanismo de vacilación frente a la realidad, que se compone de la violencia semiocultada que sobrepasa todas las normas” (Mahlke, 2017). No soportó que la muerte viva se asentara como la nueva sombra que acompañaría sus pasos porque “el desaparecido se vuelve una especie de fantasma que atormenta al sujeto, por un lado, porque no ha sido enterrado y, por otro, por las preocupaciones que genera no saber las condiciones por las que puede estar pasando el ausente”, (Zorio, 2011).

Por la falta de fuerzas, que ya no podía convocar a causa de la desorientación, quedó sumida en una tristeza profunda. En una inmovilización de sus sentidos, de su psiquis y de su cuerpo que parecía haberse quedado sin voz para acoger el padecimiento ante la “desaparición de un mundo que es también la desaparición del lenguaje: la pérdida es así, en el caso de experiencias prolongadas o radicales de violencia, doblemente irreversible” (Acosta, 2019). Quedó sumida en un tiempo traumático, en la desgarradora enfermedad del horror que carcome con lentitud el mundo construido y lo transforma en una bruma confusa de lenguajes, cosas y experiencias vaciadas. “El trauma, escribe Cathy Caruth, es la historia de

una herida que reclama ser escuchada, que nos convoca en su intento de hablarnos de una realidad o una verdad a la que no es posible acceder de ningún otro modo” (Acosta, 2019).

Margarita sintió ahogo y nadie lo notó. Quería hacerle entender a los demás su sufrimiento, quería que la ayudaran a encontrar a su hija, sin embargo; “–si el dolor destruye la capacidad de comunicarse–, como ha reflexionado Veena Das, ¿cómo puede alguna vez trasladarse a la esfera de la articulación en público? Si el sufrimiento, de modo general nos induce al aislamiento, cómo trascender ese estado para intentar conformar -aunque sea efímeramente- un cuerpo en el que *mi dolor* pueda comunicarse con el dolor del otro” (Diéguez, 2013).

En el grito no había lugar para un duelo ni mucho menos para pensar que su hija solo continuaría en la “posibilidad de activar el pasado en el presente –la memoria como presente del pasado, en palabras de Ricoeur–” (Jelin, ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?, 2002). En el grito aparece el sonido profundo de la desaparición como grieta que desencajó y desestructuró “por múltiples rupturas y traumas (...) la construcción de coherencia y continuidad” (Pollak, 2006).

Hasta que Margarita, con el paso de los meses y en medio de la resignación, empezó a reconstruir paulatinamente con sus recuerdos la memoria de su hija para darle “sentido al pasado, interpretándolo y trayéndolo al escenario del drama presente” (Jelin, ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?, 2002). Para darle cuerpo a esos recuerdos dolorosos que “esperan el momento propicio para ser expresados” (Pollak, 2006). Y, a pesar de la falta de lenguajes sólidos o palabras significantes, empezó a expresar su dolor a punta de “fragmentos escamoteados” (Sarlo, 2012). A unir las partes quebradas para reconstruir los sentidos, por un lado, con la esperanza derivada de la búsqueda y, por el otro, con las partes sometidas a la destrucción por las incoherencias y residuos de la violencia que sometió su vida a una herida que parecía no concluir.

## Memoria

La memoria en la desaparición forzada es un campo en el que se disputa, con multiplicidad de tiempos, encuentros y tensiones, la transformación de los procesos históricos impactados por los actores sociales. En ella “hay una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido de la memoria misma” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002). La memoria contiene la suspensión del desaparecido que no puede producir más recuerdos, las huellas del pasado doloroso y, también, los cambios propiciados por los familiares que buscan para inscribir otros mensajes, para entablar actos de habla y reconstruir con la evocación a sus ausentes en el presente.

Esa reconstrucción parte de recolectar, a partir de un trabajo activo con los recuerdos, los fragmentos, las roturas y los trozos que sobrevivieron a la desaparición; para asignarles otro orden, otra gramática que se exprese distinto y permita recrear un relato que cuestione a los que ejercieron y ejercen la violencia. “Lo que puede cambiar es el sentido de ese pasado, sujeto a reinterpretaciones ancladas en la intencionalidad y en las expectativas. Ese sentido del pasado es un sentido activo, dado por agentes sociales” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002).

Es por eso que cuando los acontecimientos son atravesados por acciones destructivas que violan los sentidos e intentan inmovilizar el pensamiento, cuando la memoria queda herida, mutilada y con cicatrices permanentes; las *otras memorias* en contraposición a las memorias dominantes –que provienen del Estado o de grupos armados–, se definen a partir de “escenarios de confrontación y lucha frente a otras interpretaciones, otros sentidos, o contra olvidos y silencios”, (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002).

Las memorias alternas a las dominantes, que se abren paso por los campos sociales que las niegan, son una confluencia de “tensiones, silencios, conflictos, huecos, disyunciones, así como lugares de encuentro y aun integración” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002). Son un lugar inestable que cambia con las constantes reconstrucciones, derivadas de moldear los

recuerdos en el tiempo, para actualizar sus sentidos de acuerdo con ciertos mecanismos de resistencia ante las ausencias –desaparecidos y desaparecidas– que están al borde de perecer. Pero, a partir de las “dificultades y obstáculos narrativos (...) que reflejan la discrepancia entre la vivencia y la ausencia de marcos narrativos” (Jelin, *Los trabajos de la memoria*, 2002), los familiares que buscan a sus ausentes inician una serie de esfuerzos por asimilar y comprender “los silencios y lo no dicho que pueden ser expresiones de huecos traumáticos y también reflejar una búsqueda de restablecer la dignidad humana (...) volviendo a marcar espacios de intimidad” (Jelin, *Los trabajos de la memoria*, 2002).

Las *otras memorias* se disputan un espacio para retornar el movimiento de un pasado propuesto como lineal. Para desencajar, “montar y recombinar los materiales inconclusos del recuerdo”, (Richard, 2002) y evitar así costuras o cierres forzosos de las rupturas que desestabilizaron el pasado de los familiares que buscan. Evitar, en suma, que limpien, completen, paralicen o silencien ese espacio del dolor por el que gritan y en el que es posible crear “construcciones sociales comunicables a otros” (Jelin, *¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?*, 2002). Para presentar, representar y evocar a través de, por ejemplo, metáforas, analogías u otras formas que amplíen la legitimidad, el reconocimiento y el alcance del clamor de los dolientes para que “mediante la narración los desaparecidos reaparezcan” (Jimeno, 2007).

Por lo que, en un trabajo colectivo, la memoria adquiere una dimensión narrativa para movilizar y prolongar experiencias de lenguajes alternos que ponen en duda el dominio totalizante de los eventos acontecidos. “Ya que revela la posición del ser humano atrapado en acontecimientos que lo sobrepasan, que generan desorientación y pérdida de puntos de referencia” (Strejilevich, 2006). Por eso *las otras memorias* actúan a través de articulaciones dislocadas, producto del extravío con los referentes del mundo, para proponer una reelaboración de las experiencias traumáticas con los “aprendizajes implícitos, pero también las repeticiones ritualizadas, las nostalgias e idealizaciones, las rupturas y fisuras, los retazos y sobras de distinto tipo” (Jelin, *Los trabajos de la memoria*, 2002).

Dichos procedimientos narrativos presentes en las *otras memorias*, que contienen temporalidades fisuradas, varias voces y sentidos múltiples, están en un constante cambio al ritmo de procesos históricos que no son lineales o cronológicos, sino que son “un contraste entre intencionalidades en la transmisión de memorias y los restos o huellas del pasado. Las herencias o legados suponen la inscripción de sentidos en un mensaje con intención de preservación” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002).

De ahí que esas memorias narradas, que han sido consolidadas a partir de intervenciones creativas que cambian los sentidos de los recuerdos, actúen como un acto de recuperación ante el olvido y un impulso por retornar los espacios que habían sido sometidos a la atrocidad porque “se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato” (Sarlo, 2012). Con cada indagación que desentraña lo ocurrido con relatos, que conforman narraciones incompletas y, por lo tanto, en continua elaboración, la memoria tiene el trabajo de separar la “expresión, la experiencia y la realidad” (Strejilevich, 2006) para demostrar que no “hay experiencia sin narración: el lenguaje libera el mundo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable” (Sarlo, 2012).

## Lenguaje

“Pues yo siento que no hay una palabra que pueda definir lo que yo siento o no hay forma de yo saberlo expresar”, me decía Margarita Restrepo mientras intentaba descifrar con sus palabras la desaparición forzada, porque cualquier forma de crueldad “se presenta de modo sorpresivo, inesperado, súbito; siempre supera los límites de lo imaginable (...) el desastre pone en cuestión la posibilidad misma de narrar, ante todo porque la lengua del testigo lleva las marcas del horror” (Strejilevich, 2006).

No sé, no sé, no sé, repetía Margarita. Ella como testigo de “hechos indecibles no habla del hecho del que testimonia, sino de la imposibilidad de hablar del hecho. De su modalidad invivible” (Gatti, Peris, Robles, Rodríguez, & Sáez, 2018), de lo que nunca debió haber ocurrido.

Al respecto la coherencia del lenguaje, ligada al orden y la normalidad, parecía un campo insuficiente para alcanzar, siquiera rozar, los límites que habían sido descompuestos por la desaparición, por eso había que “salir de la neutralización de las fuerzas en disputa” (Richard, 2002) que intentaron acallar lo que parece no significar por falta de tiempo, espacio o lugar. Pues el lenguaje alterado por la desaparición convive con una suspensión que separó las relaciones previas de las palabras con las cosas, de los sentidos con el mundo concebido. Concebido a partir del exterminio, las perpetuas dinámicas de violencia y las muertes que no cesan. Quizá ese lenguaje alterado “no se pueda comprender, porque no se puede eslabonar con ningún otro fragmento lingüístico. Pero hay otros sentidos en el que sí se presenta la comprensión como figura posible” (Kaufman, Memoria, horror, historia, 2001).

Aunque Margarita esperaba que la comprendieran, le parecía confuso tener que nombrar su dolor con las mismas palabras cómplices que intentaron encerrarla, que intentaron sofocar sus intentos por decir que, aunque no estuviera presente, su hija conformaba una gran falta que parecía “irrepresentable, pero, no obstante” debía “pensarse” (Gatti, Peris, Robles, Rodríguez, & Sáez, 2018). Conformaba un vacío que parecía merecedor para desestabilizar la suma de letras, palabras, frases e historias que continuaron su marcha, atiborradas, en

exceso, por llenar hasta el último espacio con sus sentidos, por dominar el ritmo cotidiano porque “la narrativa no es el lugar de irrupción de la subjetividad, de la experiencia de sí, sino la modalidad discursiva que establece tanto la posición del sujeto que habla (el narrador) como las reglas de su propia inserción en el interior de una trama” (Larrosa, 1995). De una trama que está en disputa al emerger de un trabajo con la memoria.

Pero, ¿qué sucede con los sin sentidos? ¿Con los silencios? ¿Con lo que no se puede expresar porque parece contener algo que nos supera? “Es allí que interviene, con todo el poder, el discurso interior, el compromiso de lo no-dicho, entre aquello que el sujeto se confiesa a sí mismo y aquello que puede transmitir al exterior” (Pollak, 2006).

Entonces los intentos de habla que surgieron para comunicar la desaparición, abrumados por la carga de un lenguaje soportado en la unidad, las convenciones y lo común, se derrumbaban al no hallar espacios sociales que permitieran romper la estabilidad de palabras como horror, terror, atrocidad, brutalidad o crueldad que hacían parte de la omisión, parte de la solidificación de los cuerpos, de la inmovilización del pensamiento. Parte, en suma, de un abismo concebido para mantener la falsa estabilidad a punta de ocultar los sobrantes, los despojos, los destierros y, aun, a los desaparecidos. Como una fosa común –en referencia a La Escombrera– que erige los nombres y lo que puede ser nombrado a partir de las múltiples materias del olvido y lo que debe ser olvidado. En palabras de Michael Pollack:

“La frontera entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable, separa una memoria colectiva subterránea de la sociedad civil dominada o de grupos específicos, de una memoria colectiva organizada que resume la imagen que una sociedad mayoritaria o el Estado desean transmitir e imponer”, (Pollak, 2006).

Lo que no se puede decir hace parte de la prohibición, de lo que está por fuera de las reglas. De esas reglas que imponen un sosiego sobre lo expresado. Pero ese orden no es más un desorden contenido que espera a ser resuelto porque “sin estos testimonios, que al inscribir lo irrevocable desanudan la lengua del horror, estas huellas terminarían por naturalizarse. La lengua sigue diciendo la matanza y en el seno mismo de esta persistencia se ubica una

especificidad: la del exterminio como lenguaje, como gramática de destrucción” (Strejilevich, 2006).

Así que quienes buscan, a pesar de que algunas cosas no puedan ser nombradas, abrieron con su clamor y con el movimiento de su memoria, una serie de grietas para narrar las zonas oscuras, excluidas y en abandono como una manera para “hacerse cargo de la devastación y forzar al lenguaje a decir lo que se resiste a ser nombrado. En su esfuerzo por incorporar a la lengua la violencia sufrida” (Strejilevich, 2006).

Aunque “las dificultades y obstáculos narrativos son enormes, reflejando la discrepancia entre la vivencia y la ausencia de marcos narrativos para decirlo” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002), era necesario narrar en paralelo las rupturas, contradicciones y faltas de sentido ocasionadas por la catástrofe que provocó traumas, miedos y temores no solo en la vida, sino en el lenguaje mismo. Por eso Margarita “vuelve de la muerte masiva para crear con su palabra herida y en nombre propio, un sentido” (Strejilevich, 2006).

Con el fin de consolidar un lugar para lo discontinuo, lo que parece errático y habla distinto, lo que contiene significados dispares, vidas violentadas y silencios, muchos silencios que no pueden caer en el olvido. En lo invisible. En lo no recordable. En manos del horror ya que “las fronteras entre esos silencios y –no dichos– y el olvido definitivo y lo reprimido inconsciente no son estancas; están en perpetuo dislocamiento” (Pollak, 2006), en perpetua transformación y reconstrucción.

Por lo tanto, se hace necesario “aferrarse al pensamiento, ponerlo en movimiento para repensarlo, para seguir pensando hoy lo que parece impensable. Las imágenes que dan cuenta de acontecimientos violentos son altamente perturbadoras, demasiado inquietantes. Aceptar que el horror es irrepresentable y que debemos censurar las representaciones que documentan la barbarie, pueden incrementar las políticas de desaparición y borradura de documentos necesarios para la memoria histórica de una comunidad, de un tiempo, de un país. Puede ser también que de ese modo nos hagamos cómplices del silencio” (Diéguez, 2013).



## Imaginación

Una realidad imaginada como apuesta para pensar, sentir y crear otras formas posibles incluso con la falta de categorías, para interpretar los efectos causados por la desaparición forzada que surge de preguntas apremiantes: “¿Cómo representar la ausencia? ¿Cómo dar presencia a lo que no es del orden de la presencia?” (Diéguez, 2013), “¿cómo representar en realidad la representación aplastada, obstruida y envasada?” (Nancy, 2004).

La imaginación como un intervalo entre lo indecible y lo que representa, mediante la evocación, está cargada de tensiones que se inscriben en la memoria, el lenguaje y los cuerpos intervenidos por unos acontecimientos violentos que parecen invariables ya que “es, en todo caso, desde lo que no se puede comprender, desde lo que resulta incomprensible, que se genera el acto creativo de transmitir” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002). Porque “la memoria es también la puesta en espacio de relatos que para ser recordados deberán ser imaginados” (Diéguez, 2013).

Parece necesario imaginar la realidad para movilizar lo que había quedado suspendido y extender, más allá de los límites preconcebidos, la memoria para mantener presentes a los desaparecidos y volver a crear la experiencia de la pérdida. En ese proceso “aparece la necesidad de ficcionar la historia, es decir, de hacer posible la verdad por medios no previsibles”, (Ortega, 2008). Como una búsqueda ocasionada por las rupturas que, al alterar la percepción, propiciaron que los dolientes intentaran rescatar, encontrar y construir otros sentidos que les permitieran aportar con su propia lectura del pasado que “mientras desafía toda comprensión, exige, no obstante, ser comprendida”, (Acosta, 2019).

Como un aporte de diversos sentidos que extiendan el alcance de los relatos con “pliegues y fracturas” (Acosta, 2019) para superar la dureza, para proponer testimonios narrativos que no solo den cuenta de unos acontecimientos históricos en particular –basados en la precisión– sino de los campos semánticos y las significaciones que implicó vivenciar los actos violentos y acoger sus daños como parte de un dolor colectivo. Un dolor que cuesta comunicar porque

para “transmitir sus experiencias tendrían que reescribirlas, creando una versión inteligible para el mundo normal” (Strejilevich, 2006).

En relación con lo anterior, “hay un mas allá de lo presente que tiene una consistencia otra y ha de ser, por eso, representado de otro modo al convencional. Para así conformar nuevas epistemologías porque representa nuevas ontologías líquidas, gaseosas, ruinosas” (Gatti, Peris, Robles, Rodríguez, & Sáez, 2018). En esas circunstancias se necesita de otros sentidos para desencajar los prejuicios y la naturalización que componen unos imaginarios dominantes del horror. Para alterar sus marcos de referencia y desestabilizar, con los afectos, lo que se erigió sobre las vidas silenciadas, sobre lo que “ignoramos precisamente porque permanece oculto por la familiaridad que lo vela” (Sarlo, 2012), a pesar de que haya sido invisibilizado, sometido y cargado con una suspensión del habla que impide la comprensión a quienes no conocen de cerca la catástrofe. Por eso “lo que se puede llevar a cabo es una intervención que entrelace ética, política y estética: dar testimonio para mantener viva la verdad –no de los hechos– sino de lo que ha vivenciado y sigue vivenciando la humanidad” (Strejilevich, 2006).

En el proceso de desencajar lo que parecía una permanencia, las narrativas quedan incompletas, con huecos, con interrupciones, que aparecen por los múltiples vacíos de las ausencias. Y es en esos huecos, como fisuras sociales, que se revela lo que está por fuera del conceso, de lo que se experimenta como una dificultad de lo audible o lo visible, pero que también permite “producir relatos paralelos a la inasible memoria real (...) abriendo la posibilidad de pensar la práctica artística como productora de archivos de memorias reales, pero también de memorias imaginadas que colaboran para la reconstrucción de relatos” (Diéguez, 2013).

Justo ahí, en lo que ha sido separado, en “las fallas del discurso social y sus lapsus” (Richard, 2002), la imaginación permite entablar puentes de diálogo que conectan lo disímil, lo contradictorio y la imposibilidad para contar; con nuevas formas para percibir, escuchar, sentir y cuestionar la desaparición “no mostrada como un objeto, sino inscrita directamente

en la representación y como su propia nervadura, como la verdad sobre la verdad”, (Nancy, 2004).

Imaginar, entonces, para hacer posibles otras memorias. Para propiciar otros lenguajes y gritar, con un clamor por alcanzar la justicia, un espacio de dignificación que “interroga las fronteras de la ficción y de la historia y vaya más allá de la veracidad fáctica o del goce lúdico; que explora la historicidad de los eventos y genera una historia escrita en voz media que pueda acercarse a la experiencia social contemporánea y sepa, igualmente, adelantar el trabajo del duelo” (Ortega, 2008).

Imaginar como un agenciamiento en redes colectivas que reconstruyen los relatos de la desaparición forzada y crean, a partir de lo ficcional, a partir de la potencia del arte para transformar, mecanismos que alcanzan al otro en su lejanía, en su desconocimiento de los estragos causados por la desaparición. Como “lugares de visibilización, que se han transformado también, en el caso de tantas comunidades sobrevivientes, en lugares de resistencia” (Acosta, 2019).

Imaginar para crear un extrañamiento de la realidad, que permita percibir de otro modo y resignifique las relaciones con lo cotidiano. Margarita Restrepo y Luz Elena Galeano, las protagonistas del podcast, decidieron hacerlo desde la poesía, el canto, el performance político y las obras de teatro como “discursividades específicas que implican siempre la puesta en relación de cuerpos y objetos en determinados espacios, particularmente espacios cotidianos, resignificando las relaciones habituales” (Diéguez, 2013).

Imaginar como una respuesta que construye esperanzas a partir de los posibles cambios afectivos que nos pueden acercar de otras formas. Como una estrategia para sugerir evocaciones metafóricas en respuesta a la reproducción directa que perdió su capacidad para “ablandar los corazones” porque “para relatar sufrimientos es necesario encontrar del otro lado la voluntad de escuchar” (Jelin, ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?, 2002)

## Bitácora

### El miedo o un precedente al investigar Colombia<sup>6</sup>

Tengo miedo. Desde un punto ajeno, sin entender las razones que los motivan a causar daño, observamos la cobardía de los que cometen acciones destructivas. De los que atrapan las vidas para desgarrar sus esfuerzos y alteran la estabilidad afectiva, mental y corporal de comunidades enteras. Nos unimos en indignación, en llanto y en intentos por cambiar la reiteración de lo que parece el desencadenante de las transformaciones históricas. Mientras afuera el dolor aumenta con bombardeos, masacres, tiroteos, violaciones y desapariciones, el desespero causado, como un estallido, agota nuestra fuerza que termina menospreciada por el estribillo del horror, que reproduce los miedos y muda su materia a los lugares habituales por los que transitamos. Justo en lo cotidiano.

Todos terminamos acorralados a la espera de un posible sacrificio, de otra vida que culmine en manos de la sevicia. Intentamos escapar al absurdo del desapego para resguardarnos y convertimos nuestra salvación en desinterés. En omisiones diarias del estallido que no culmina. Anestesiados somos indiferentes por recorrer las calles como cementerios, la noche como campo de guerra y la madrugada como la hora de los entierros antes de que salga el sol. Guardamos silencio. Escondemos a los culpables. Justificamos el ultraje para revelar “la posición del ser humano atrapado en acontecimientos que lo sobrepasan, que generan desorientación y pérdida de puntos de referencia”, (Strejilevich, 2006). Hasta que nos atrevemos a escuchar el auxilio de los que fueron sobrepasados por el dolor y, con la vida quebradiza en nuestras manos, acudimos al campo del exterminio por el que deambulamos a diario para detener nuestra mirada en alguien más. Un desconocido. Un grupo de extraños torturados que temen caer como nosotros.

Tengo miedo, como todos. Acercarse a la violencia compromete nuestra responsabilidad con el otro y nunca estaremos preparados para lidiar con los desenlaces de la crueldad. Al final, como mencionó un excombatiente de manera anónima en el catálogo de la exposición *La*

---

<sup>6</sup> Este texto lo escribí antes de iniciar formalmente con la investigación.

*guerra que no hemos visto* del artista Juan Manuel Echavarría: “Todos somos unos perdedores en la guerra: ninguno gana; nadie gana desde que se trate de muerte, de violencia. El único ganador es la muerte (...) todo el que esté en la guerra es porque está peleando con la muerte (...) es un laberinto en el cual se encierra uno con la muerte tratando de esquivarla por un lado y por el otro” (Echavarría, 2009).

Acercarme a personas que sufren por la pérdida de sus familiares, que continúan en un duelo por soportar lo inconmensurable, que quieren hallar una alternativa a la destrucción, implica encontrarlas en estado de fragilidad. No quiero lastimar a nadie. No quiero abrir heridas que a penas logran cerrarse. No quiero hacer retornar las palabras que resguardan el desespero por no encontrar a sus desaparecidos. Pero entonces, ¿cómo explorar la memoria de la desaparición forzada?

Los familiares que buscan a sus desaparecidos hablarán hasta donde quieran. Dentro de sus dimensiones y alcances. Mirar al otro y escucharlo implica respetar los límites del encuentro. Superarlo con preguntas, gestos o peticiones que, más allá de atender a las palabras, intenten extraer a la fuerza las entrañas más sensibles; sería desgarrar a los afectados mientras otorgan, con sus relatos, la vida necesaria para comprender. Sería elevar el daño del horror por encima de los destruidos y repetir las lógicas de quienes justifican la violencia al no permitir que las profundidades cuenten. Sería acercarse para promocionar el dolor como parte de un sentimentalismo que comercializa los daños. Como una revictimización que no considera las causas, los procesos y las consecuencias de quien lo vivió.

Comprender la situación del otro, que ha sido desgastado con impactos dolorosos, no conlleva a imponer una realidad desnuda con total crudeza o expresar su daño a punta de fetiches de la violencia. Tengo miedo.

¿Cómo puedo cambiar algo en medio de la destrucción? “¿Cómo constituir sociedad en un espacio atravesado por la pérdida, en el que aquello que debería estar no se encuentra más que como espectro o ausencia?” (Gatti, Peris, Robles, Rodríguez, & Sáez, 2018).

## Mis primeras inquietudes éticas

Cuando inicié el recorrido investigativo, que tendría su guía en las experiencias de las personas afectadas por la desaparición forzada, me pregunté por las intersecciones de lo individual con lo colectivo que cambia las formas para construir el conocimiento. No quería concebir la experiencia del otro como un insumo para justificar, respaldar o validar mis planteamientos. Ni tampoco, llevado al otro extremo, como la forma para exaltar de manera acrítica un escenario ocupado por las víctimas únicamente por su dolor.

Por eso fue necesario preguntarme qué lugar ocuparían las personas que movilizarían mi propuesta. No quería que las voces en este proyecto fueran un cúmulo de vidas sin lugar, ocultadas para alimentar una posición “experta” que transforma esos testimonios en otras formas del olvido. Como si la violencia y sus violentos, aun en estado inconsciente, atrapan los actos de habla, masticaran sus palabras y escupieran una amalgama de voces destrozadas incluso en los espacios erigidos a partir de los otros, de aquellos destruidos y reducidos a su experiencia traumática.

No quería asistir al desvanecimiento de los testimonios porque “un discurso produce, a través de diferentes prácticas de representación (academia, exhibición, literatura, cuadros, etc.) una forma de conocimiento racializado del Otro” (El espectáculo del otro, 2010). Al contrario, intentaría proponer un entramado por el cual discurrieran las diferentes experiencias con su nombre, lugar y contexto. Un encuentro que, derivado de mi interpretación y motivaciones personales, acogiera contrapuntos hilados a partir de una defensa por el derecho a hablar. Inclusive en la complejidad de las voces múltiples, de sus cruces y desacuerdos.

Preguntarse, entonces, por las pertenencias que subyacen en cada experiencia narrada, por la propiedad y, en ese sentido, la autoridad de lo dicho, lo no dicho y lo explorado como indecible, hace referencia a los modos de intercambio y circulación de los saberes en un proceso investigativo. Me asaltaron varias preguntas: ¿Por dónde van a circular esos saberes? ¿Por capas subterráneas que mueven la investigación o, al contrario, por zonas de diálogo visibles? ¿Quiénes son los que hablan? ¿Esas voces hablarán distinto al hacer parte de un

tratamiento narrativo? Y, lo más importante, “¿cómo dar cuenta de la dimensión fantasmal de las imágenes, de los sujetos borrados, desaparecidos, y de los fragmentos corporales sin nombre a los que les ha sido anulada toda identidad?” (Diéguez, 2013).

A pesar de que las respuestas llegaron paulatinamente a lo largo del proceso, opté por plantear un guion que tuviera a las “víctimas” en el centro para orientar mi exploración de la desaparición forzada. No me refiero a un núcleo que ejerciera control o definiera el resto de experiencias, sino como un brote vivo en constante cambio. Inexplorado y complejo.

No sabía cómo iniciar la investigación, cómo propiciar esos encuentros y, en especial, cómo acercarme a “víctimas” de desaparición forzada. ¿Por qué?

“El desaparecido es una emergencia, una singularidad, una consecuencia no intencionada, un no-previsto. Es individuo retaceado; es cuerpo separado de nombre; es conciencia escindida de su soporte físico; es nombre aislado de su historia; es identidad desprovista de sus cartas de ciudadanía” (Gatti, El lenguaje de las víctimas: silencios (ruidosos) y parodias (serias) para hablar (sin hacerlo) de la desaparición forzada de personas, 2011).

## **La dificultad del encuentro con el otro violentado. Un acercamiento previo**

Estaba muy nervioso. Después de haber trabajado en procesos comunitarios en Ciudad Bolívar con “víctimas” de desplazamiento y desaparición forzada, conocía la dificultad de ponerse en contacto y construir confianza con personas que soportan sus heridas abiertas, que han sido borradas ininidad de veces y maltratadas por diferentes actores del conflicto armado.

Allá en Ciudad Bolívar, con las personas que se convirtieron en mis amigos, descubrí la cantidad de investigadores, profesores, periodistas y estudiantes que iban en busca de “testimonios”, que querían hablar con “las víctimas de la comunidad”, que prometían el cambio de sus realidades y un trabajo nunca antes hecho. Al comienzo, un poco incrédulo, les creí. Acompañé al líder de la comunidad a varias entrevistas, ejercicios, talleres y un sinfín de propuestas. Noté que en ocasiones sentía incomodidad, que intentaba disimular sus lágrimas y que, a pesar de haber trabajado con muchas personas, el dolor, su dolor, continuaba intacto. Le dolían sus familiares muertos, la casa que le arrasaron a punta de balas, la exclusión que vivía en Bogotá y las amenazas constantes.

Algunos, muy pocos, regresaban a la comunidad para compartir sus resultados. La mayoría, después de obtener lo que querían, nunca más aparecieron. Un día en un sancocho comunal el líder de la comunidad, mi amigo, me contó que estaba agotado de creer en los demás. De los esfuerzos constantes por contar su vida, sus anhelos y sus acercamientos personales a la destrucción. Una y otra vez. Sin conocer a dónde iban a parar sus palabras y qué fines apoyarían. Decidió no aceptar más entrevistas ni permitir que personas extrañas lastimaran su comunidad. Como lo expresó el investigador Alejandro Castillejo Cuellar:

“Los sobrevivientes cuyos testimonios han sido «recuperados» del «olvido» ven en este trabajo de corto plazo, casi mecánico y sustractivo, otra forma de apropiación en la cual las experiencias personales se vuelven «artículos de consumo» cuya «propiedad» parece ser ambivalente” (Cuellar, 2005).



Ese día me cambió. Comprendí que la transformación social, gestada en conjunto con los otros, tiene límites que si se superan pueden aniquilar, destruir y silenciar. Límites poco visibles que están contenidos en la vida de los demás, en esas vidas que para muchas personas parecen un insumo para extraer, canjear y aprovechar a su acomodo. En otras palabras, “¿qué significa observar y escuchar, o estar, como dijera Jean-Luc Nancy, a la escucha del otro, y cuáles son las múltiples mediaciones que se establecen para su reconocimiento en cuanto otro violentado?”, (Castillejo Cuéllar & Muñoz Marín, 2017).

Ese día aprendí que el conflicto no solo se gesta en los campos de batalla, en territorios físicos o en fronteras invisibles. Se gesta, también, en nuestras palabras. En las agotadas, sofocadas y las que parecen vaciadas de su significado. En nuestros usos del lenguaje y los sentidos que le otorgamos. En los cuerpos textuales y sus historias. En los encuentros que tenemos con otros que nos permiten comprender los sentidos del mundo y que, de una u otra manera, nos constituyen con el tiempo.

Si las personas que se acercaron a Cristo Rivera, el líder comunitario que nació en la Ciénaga de Ayapel y fue desplazado dos veces por los paramilitares, hubieran considerado que podemos recurrir a lenguajes más respetuosos, de cuidado y, en suma, que consideren el valor de la vida de los demás, quizá él no habría optado por cerrarse. Por aislar sus palabras para evitar que los que investigan, con mucha seriedad en su campo, no lo atraparan como aves carroñeras que agarran lo que el conflicto dejó ahí, como sobras, como material lastimero, como parte de los “efectos de esta preeminencia del hecho violento y sus daños que se expresan en una suerte de ontologización de la violencia y la guerra, que define a las víctimas por su victimización” (Romero, 2016).

Porque la violencia lo cambia todo. Esas palabras que nos parecen indefensas, ese lenguaje cargado de violencias que asumimos como cotidianas, los modos como nos representamos y representamos a los demás, los imaginarios y nuestros comportamientos. Porque cuando vamos a investigar el conflicto con otros y sobre otros, nos topamos con puntos de encuentro, habla, inflexión y disensos. Nos acercamos a personas cargadas de muertes, traumas,

injusticias y mucho dolor. ¿Por qué tendríamos que llegar directo a la yaga para hacerla sangrar?

No, no exagero. Escuché a los “investigadores” hacerle preguntas a Cristo como: ¿Aún recuerda cuando le mataron a su hijo? ¿Cómo se lo mataron? ¿Por qué se lo mataron? ¿Tuvo que dejar el cuerpo sin enterrar? ¿Qué sintió cuando le tocó dejar su casa botada? ¿Qué pasó al dejar de ser campesino y convertirse en un desplazado pobre? ¿Cómo hace para vivir sin agua? ¿Usted se puede bañar? ¿Qué se siente ser una víctima del conflicto armado? ¿Es difícil? En fin, ni quiero recordar esas “prácticas investigativas que perpetúan el silencio histórico, y las formas particulares de violencia” (Cuellar, 2005).

Esa experiencia con Cristo me cambió y, a lo largo de mi recorrido, intenté reflexionar en distintas situaciones sobre el rol del investigador y las implicaciones de sus metodologías. Sobre sus maneras de propiciar los acercamientos, de las preguntas que plantea, de sus límites y su responsabilidad con el otro. De problematizar la visión de concebir a las “víctimas” como fuente para producir conocimiento y, por supuesto, del riesgo de “poder representar a alguien o algo de cierta forma dentro de cierto “régimen de representación” sin caer en un “ejercicio de violencia simbólica” (El espectáculo del otro, 2010).

## **Escuchar o la sonoridad de las voces**

Nuestra guerra nació cuando dejamos de escuchar. Preguntarse por la potencia de las voces que, en sus vertientes dentro de los espacios íntimos de otros perduran más allá del grito y traman narraciones, implica asumir nuestra responsabilidad frente a las sociabilidades y todos sus derivados a nivel cultural, político e incluso ambiental como un acto “por preservar las condiciones que hacen posible sostener la vida de los otros” (Hernández, 2013). Implica preocuparse por el territorio de lo común en el que transita el movimiento. Por el cuidado del extranjero y el exiliado, del desconocido y el anónimo. De los familiares y sus desaparecidos que nunca dejarán de hacer falta.

Escuchar, entonces, implica sacrificar nuestra supremacía. Nuestra centralidad en el mundo. Porque cuando lo hacemos aceptamos la fragilidad que nos compone y comprendemos que el espacio y el tiempo, los lugares y sus sonidos, las esquinas y sus quiebres, no nos pertenecen. Comprendemos que nos componen “recuerdos jerarquizados, oficiales o subterráneos, recuerdos ocultados, injuriados, resplandecientes, disgregados, heridos, mutilados, a la deriva o hundidos” (Memorias y amnesias colectivas, 2002).

Comprendemos que somos hijos de los que nos anteceden y herencia de lo desconocido, que perduramos gracias a la persistencia conjunta, a los esfuerzos de la historia hecha de historias, a la acumulación de vidas con sus recuerdos sin nombre o sin poder ser nombrados. De cada una de las vidas que fueron sometidas a la esclavitud, a la xenofobia, a la homofobia y todos los inventos de aquellos que nacieron con sordera. De los que insisten en exterminar los márgenes y superar la totalidad. Sin darse cuenta de que convivimos en un vaivén de fuerzas que varían para continuar. Sin darse cuenta de que somos partes insuficientes en un esfuerzo colectivo por comprendernos.

Escuchar nos permite relacionar, en paralelo, las intensidades superficiales con las subterráneas. Las superficiales que rozan la piel de lo comunitario y las subterráneas que profundizan al interior de la complejidad. Y, al juntarse, amplían el alcance de los relatos con los que escribimos nuestra memoria, con los que sentimos la composición de nuestros

recuerdos y ordenamos el tiempo de nuestras acciones. Ampliar, en suma, los matices de la experiencia y las formas de percibir a quienes nos rodean. Escuchar para impulsar la gestación de historias, en conjunto, en encuentros, que enriquezcan nuestros diálogos.

Escuchar es darle un espacio digno a las vidas que transitan con su habla por los ruidos que intentan acallarlas, es permitir que el mundo suene a través de las voces que lo componen. “Cuando se abre el camino al diálogo, quien habla y quien escucha comienzan a nombrar, a dar sentido, a construir memorias”, (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002).

## **Primer encuentro con la desaparición forzada**

Salí en búsqueda de la sede central del Movimiento Nacional de Víctimas de Estado (Movice). Llegué a una casa en Teusaquillo. No había un letrero ni tampoco un timbre. Después de esperar quince minutos noté que alguien me miraba a través de la ventana. Saludé y se ocultó. Al rato salió a preguntarme a quién necesitaba (yo no conocía a nadie ahí). Quisiera hablar con usted, le respondí. Bajó y me abrió. Así conocí a Eugenia Castro, la directora técnica de la organización.

Pasé y todos guardaron silencio. Entré tímido. Sus miradas, suspendidas, parecían contemplar tiempos fragmentados. Tiempos de barbarie. Juntos conformaban un álbum colectivo creado a partir del valor del rostro. Las paredes no eran más que el soporte para sus fotografías. Miles de fotografías con su nombre, fecha de nacimiento y desaparición. Noté que esa casa, al resguardar los dolores desgarradores del conflicto, era un lugar sagrado. Un lugar en el que la muerte vive y la vida no muere. Un lugar para recordar.

Eugenia parecía reservada y de pocas palabras. No hay mucho que decir cuando los años pasan, tu envejeces y el país continúa igual, me comentó. Estaba desesperanzada. En los últimos días habían intentado dañar la casa y entrarse por la noche para robar el archivo. Un cúmulo de investigaciones alternativas para contar la otra historia del país, la no oficial. También habían aumentado las amenazas en contra de los líderes y lideresas de la organización.

No sabía cómo decirle que intentaría hacer una propuesta de creación para abordar la desaparición forzada, que estaba allí para adelantar mi tesis universitaria. ¿Quién era yo para explorar el tema? ¿Por qué los familiares que buscan hablarían conmigo?, me pregunté. Antes de comentarle sobre el proyecto, preferí entablar una conversación y conocer a Eugenia. Aprender con ella y acompañarla en sus procesos en el movimiento. Regresé varias veces a visitarla y, con una taza de café de por medio, me contaba todo lo que le había pasado y la razón por la que terminó ahí. Un día desaparecieron a su esposo, se quedó sola. Hasta que conoció a otras personas que también buscaban.

Con el paso de las semanas Eugenia se convirtió en mi consejera. Me ayudó a orientar mi propuesta, a conocer de cerca los procesos históricos de la desaparición forzada en el país y a profundizar en sus impactos emocionales. Con ella aprendí que la metodología investigativa no solo determina los “hallazgos” o la propuesta final, sino que encamina las relaciones que se establecen con los demás. Relaciones que, en este caso, fueron definidas por la confianza, el respeto y la escucha.

Para ser más claro: si al llegar al Movic hubiera percibido a Eugenia como una “fuente” o un caso definido por su “nivel de victimización” (Romero, 2016), la co-creación de conocimiento que buscaba bordear, profundizar y problematizar la desaparición forzada; habría quedado limitada a una intervención casi técnica que, sin un acercamiento crítico-sensible, podía incrementar las tensiones violentas con las que conviven los dolientes a diario.

Aunque no grabé ninguna conversación y de ese “proceso investigativo” no quedaron más que un par de anotaciones, esos encuentros fueron el motor que me ayudaron a movilizar mi pensamiento a otras zonas que, a pesar de mi interés e investigaciones previas, parecían espacios borrosos, islas, rodeadas por aguas turbulentas. Eugenia, en suma, permitió que la acompañara a surcar algunos de sus recuerdos. A escuchar de cerca sus preocupaciones, anhelos y experiencias determinantes que la llevaron a liderar la organización que acoge a los familiares que buscan en el país.

Con Eugenia me acerqué a la complejidad de la desaparición forzada a través de sus palabras y silencios, muchos silencios, y llantos contenidos, muchos de sus llantos contenidos. Nunca quise preguntarle nada doloroso, solo me dispuse a escuchar mientras la acompañaba. Y, a pesar de que aún no tenía con quien explorar mis indagaciones, no me atreví a pedirselo.

Estaba preocupado porque pensaba que sería muy difícil contactarme con alguien que quisiera colaborar. No quería abrir heridas ni aumentar ningún dolor, mucho menos propiciar “la reinscripción de la violencia a través del mismo proceso investigativo” (Cuellar, 2005). Pero tenía cosas por contar, así que continué.

Un día me invitaron a una actividad en la casa de los rostros, como me gustaba llamarla. Allí conocí a otras “víctimas”, casi todas mujeres. Nos sentamos en círculo y empezamos a organizar unas fotografías que irían a una exposición. Noté que trataban con extrema delicadeza los cuadros, esos soportes que hacían perdurar a sus desaparecidos. Les preocupaba que perdieran definición, que los rasgos que más querían de su familiar ya no fueran visibles. Su conexión con ellos estaba ahí, en esas huellas que parecían soportar incluso más que su propia memoria. Esa materia inscrita por la imagen lo era todo. La lucha contra el tiempo, la búsqueda de un cuerpo y las exigencias por la verdad.

Ese día hablé con dos mujeres en la actividad. Les comenté de mi tesis y, contrario a lo que pensaba, me dijeron que les gustaba la idea y me podían apoyar. Nos encontramos la siguiente semana para conocernos mejor. No solían hablar de lo ocurrido y preferían evitar las entrevistas. Para ellas siempre eran las mismas preguntas, siempre que contestaban el dolor volvía como una herida que nunca cierra. Ese dolor todos los días parecía su mayor presente. De manera repentina una pregunta me dejó silencio: ¿estás preparado para escucharnos?, pensé que sí. Nos citamos para dentro de dos semanas. Propuse un taller de fotografía y les pedí que ese día llevaran recortes de revistas o periódicos, que recortaran las cosas que les permitía rememorar a su familiar.

No las volví a ver más. Las amenazas contra las personas que buscan son constantes y, después de un asesinato de una lideresa en Antioquia, el Movice decidió cerrar sus puertas por un tiempo a los que no fueran parte del colectivo. Respeté la decisión y no las volví a llamar. Así deba replantear mi tesis no molestaré a quienes habitan el miedo a diario, pensé. Sentía la carga de nacer en Colombia, el sofoco de lo espontáneo, el significado de vivir oculto para sobrevivir.

Casi altero mi propuesta por la dificultad que implicaba acercarme de manera ética a alguien afectado por la desaparición forzada. No quería hacer parte de la industria de “extracción académica” que tanto perjudicó a Cristo Rivera, solo por culminar un proceso investigativo. El resultado final, como entregable reglamentario para culminar mis estudios de pregrado, me preocupaba menos que el aporte a realizar para una comunidad o, en este caso, para situar

la desaparición forzada en un lugar prioritario que nos permitiera pensarla de otro modo. Pensarla lejos de una “comercialización del drama a cargo de relatos sensacionalistas o, simplemente, negligentes” (Richard, 2002).

Le comenté mi situación a Clemencia Echeverri, la artista con la que trabajaba. Hace poco ella había presentado su video instalación *Duelos* para inaugurar Fragmentos (el contra-monumento de Doris Salcedo). La obra, que realizó en el 2019, aborda la impotencia de las “víctimas” que buscan a sus familiares desaparecidos en La Escombrera de la Comuna 13 de Medellín. Al instante, se puso en contacto con las personas que habían participado en su instalación. Llamó a la Organización Jurídica Libertad, que investiga y lleva el caso a nivel judicial, para que me ofrecieran su apoyo. También se comunicó con Margarita Restrepo y Luz Elena Galeano, voceras del colectivo Mujeres Caminando por la Verdad, para comentarles sobre mi proyecto de tesis. Todas las personas estuvieron dispuestas a recibirme en Medellín. Posteriormente, Clemencia me permitió acceder al archivo de su obra y me prestó varios libros que había leído para formularla. Ella fue el segundo motor que impulsó mi proyecto.

Cuando había estado en el Movice las “víctimas” que asistían a los eventos o recibían algún tipo de apoyo psicosocial, actuaban con mucha reserva y desconfianza frente a los desconocidos. El conflicto armado las había destruido y la sociedad ignorado. Nadie se preocupó por sus desaparecidos y, por si fuera poco, las amenazaban por buscar la verdad de los hechos. Pero al estar juntas y compartir con otras personas que habían pasado por situaciones similares, parecían una familia. Una familia de muchas personas distintas.

Con las llamadas de Clemencia comprendí que nos relacionamos en redes de personas. Con su obra ella propició un acercamiento previo en el que hubo un intercambio que construyó vínculos de confianza. Un espacio para reconocer al otro. Después me vinculó a esa red y pude acceder. Pero, aunque existían puentes, el camino no estaba hecho. Me enfrenté a diferentes situaciones que me retaron a nivel ético, humano e investigativo.



## ¿Cómo escuchar la desaparición forzada?

Explorar la desaparición forzada en Colombia, y en cualquier lugar del mundo, implica adentrarse a experiencias humanas del horror, “allí se encuentra el límite de lo posible para lo humano, el límite mismo de lo humano” (Kaufman, Memoria, horror, historia, 2001). Encontrarse con muertes anticipadas y con vidas que cayeron en manos del odio. Aquí hablaremos del arrebato repentino. De la interrupción de los afectos, las memorias y los lenguajes. De las posibles vertientes para nombrar, evocar o auto-representar, aunque sea desde los bordes, el vacío suspendido que contiene el dolor, la espera, la búsqueda y la incertidumbre.

Los daños causados por la desaparición forzada, cuestionan nuestros límites en una sociedad que pervive bajo un manto de violencia constante. De esos alcances que destruyen al otro y lo reducen a una condición de objeto que, en medio de un campo de guerra difuso, termina expuesto al aniquilamiento de su contexto de vida. A su minimización, a una reducción que arrebató la dignidad y crea una serie de silenciamientos. De miedos que obligan a callar y luchas que se gestan a partir de una experiencia repentina que lo cambia todo. Incluso el mínimo sentido común.

Aquí me ocuparé de los alcances que aparecen cuando la vida está en riesgo. Hablo de las personas que enfrentan una normalidad delirante y proponen nuevas formas de orientarse en medio de la turbulencia. Hablo, puntualmente, de los familiares que resisten a la erosión de un duelo que no concluye y que los lleva a buscar otros sentidos en un mundo que los ahoga. De las transformaciones que cuestionan lo que conocemos por vida, muerte, justicia, reconocimiento o creación porque mientras “el horror pretende borrar las huellas del enemigo para decretar que ese otro jamás existió, el testimonio expone las marcas desafiando la aniquilación y admitiendo sus efectos” (Strejilevich, 2006).

En el fondo intentaré acercarme a la luz que aparece en la profundidad más oscura. Situarme en una zona inestable de fragilidades que dialogan para prolongar su esperanza. Internarme en una capa de voces que expresan, conforme a sus experiencias, posibles interpretaciones

que interrumpen nuestra naturalización del conflicto para recordarnos que aún no hemos sido capaces de escucharlas. Porque la escucha es más que oír, percibir los sonidos o recibir estímulos del habla. Escuchar parece el principio del colectivo, lo que otorga el sentido a que vivamos en sociedad.

Y, por eso, a partir del valor de la escucha exploraré la desaparición forzada porque “encontrar a otros con capacidad de escuchar es central en el proceso de quebrar silencios” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002). Como un esfuerzo por convivir y entender las recreaciones que, en un intercambio de confluencias definidas por lo diverso, proponen trayectorias de vida que cuentan nuestra complejidad. Son relatos que aparecen al hablar, callar o gritar la destrucción que, a pesar de todo, conforman nuevas conexiones con la vida. Aunque muchas veces suenan disímiles, confusos y parecen inabarcables, son formas necesarias para hacer temblar, por momentos, esos cimientos que mantienen la muerte y el sufrimiento ligados a una representación continua del horror, abastecido con cuerpos desmembrados, pueblos desterrados y familiares sustraídos debido a que “el debate sobre el horror implica también un debate sobre la cultura” (Kaufman, Memoria, horror, historia, 2001).

Solo ahí, en la dificultad por comprender al otro, adquiere relevancia dejar a un lado los prejuicios, las normativas y las categorías impuestas. Los dictámenes apresurados que aparecen en la distancia y las miradas que rehúsan observar lo singular. En plena dificultad podremos cruzar las fronteras que nos separan y acercar, por intervalos de tiempo disonantes, historias y momentos significativos que movilizan los cambios y que, en otras circunstancias ajenas a la escucha, habrían destruido esas otras manifestaciones por su disparidad. Por las asimetrías que componen la multiplicidad de intereses, opiniones, afectos, gustos y transgresiones.

En otras palabras, el acercamiento con las mujeres de la Comuna 13 que compartirán conmigo sus historias de vida, estará sujeta a un interés por mantener una escucha activa que posibilite indagar la diferencia. La incompatibilidad de mundos que aparecen con los choques abruptos de la desaparición forzada, que no solo elimina o separa, sino que altera la realidad

de los familiares y los obliga a expandir sus marcos de comprensión en medio del desasosiego y la pérdida donde “se construyen vínculos sociales nuevos, en los que el “duelo” no es ya un proceso de reintegración en la normalidad sino un estado permanente que nos permite, de acuerdo con Butler, (re)imaginar la posibilidad de una comunidad sobre la base de la vulnerabilidad y la pérdida”, (Gatti, Peris, Robles, Rodríguez, & Sáez, 2018).

Justo en los lugares que no tienen un orden definido y que, a partir del desastre, establecen una serie de transformaciones al cuestionar los pensamientos y las acciones que hemos naturalizado. Como la supervivencia definida por la aceptación de violencias o el desgaste de la historia del conflicto armado con eufemismos, estereotipos y repeticiones sin filtros críticos porque hay “en esta situación un doble peligro: el de un exceso de pasado en la repetición ritualizada, en la compulsión que lleva al acto, y el de un olvido selectivo, instrumentalizado y manipulado” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002).

## **Segundo encuentro con la desaparición forzada. Un acercamiento a las entrañas de la Comuna 13 de Medellín**

Antes de ir a Medellín preparé una serie de ejercicios que me permitieran acercarme a Luz Elena Galeano y Margarita Restrepo. Los pensé como el espacio para entablar relaciones de familiaridad, comprender sus preocupaciones de la problemática y conocernos mejor. Por ejemplo, imprimí conceptos como memoria, transformación o miedo y, alrededor de cada uno de ellos, les iba a pedir que plasmaran una pequeña anécdota. Para otro ejercicio imprimí mapas de La Escombrera con diferentes fechas en las que se evidenciaran las transformaciones del territorio, para que ellas relacionaran el impacto de su lucha con los cambios históricos que lograron. También tomé unas fotografías experimentales con el fin de que las interpretaran, seleccioné algunos poemas y canciones de raperos de la Comuna 13, entre otras cosas.

Por otro lado, preparé un consentimiento informado para aclarar desde un principio que podían suspender la actividad cuando quisieran, pedirme que dejara de grabar, solicitar la eliminación del registro y mantenerse en el anonimato. También llevé una lista de preguntas semiestructuradas por persona como guía para no desviar la estructura temática que había propuesto.

El primer día en Medellín me encontré con la socióloga Natalia Muñoz en la Corporación Jurídica Libertad. Antes de charlar me pidió que le explicara el proyecto y los fines académicos. Quería comprobar si, bajo los lineamientos de la organización, podía brindarme una entrevista. Me contó que la organización al liderar varios procesos jurídicos y ser una presión constante para el Estado, no podía arriesgarse a que sus voceros fueran utilizados para respaldar “investigaciones mediocres”, discursos de odio o productos que atentaran contra las “víctimas” que respaldan. Después de hablar con Natalia entrevisté a Luz Caribe, la abogada que lleva el caso de La Escombrera.

Por la tarde me encontré con Margarita Restrepo en el Parque Biblioteca San Javier. Me pidió que nos sentáramos en un lugar visible y abierto al público. Al haber sido amenazada y

desplazada en varias ocasiones de la Comuna 13, actuaba con recelo e intentaba prevenir cualquier posible riesgo porque ella sabía que “si la convivencia con el horror se encuentra normalizada es debido a que terror y horror van de la mano, pudiendo existir esta convivencia —en medio de una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad desaparecida—, tan anonadada como los desaparecidos mismos” (Zylberman, 2017). Ese día no le hice ninguna pregunta ni le propuse una actividad a Margarita. Una hora después de conversar, me llevó a conocer la zona mientras compartía lo que significaba cada lugar. Señaló varias veces La Escombrera y su casa a la que no ha podido volver hace años.

El segundo día acordé una cita con Jorge Mejía, el ex secretario de Derechos Humanos de la Alcaldía de Medellín que adelantó las búsquedas del 2015 en La Escombrera. Nos encontramos en un centro comercial de El Poblado. Por el exceso de ruido del lugar fue difícil entrevistarle y la mayor parte de los audios no se pudieron incluir en el podcast. Para él organicé una entrevista directa. Al tener construido un discurso político, que le permitía desviar la atención del tema o pasar a la siguiente pregunta con facilidad, me costó que contestara de manera concreta el abordaje propuesto. Al final decidió responderme y me contactó con su sucesor en la Alcaldía de Federico Gutiérrez.

Esperé hasta tarde y me encontré en otro centro comercial con Carlos Arcila, el ex secretario de Derechos Humanos de la Alcaldía de Gutiérrez. Bajo su dirección se suspendieron las búsquedas en La Escombrera y las empresas mineras retomaron su labor. Sus respuestas me parecieron una burla completa con las víctimas. No le interesaban ni conocía quiénes eran y muchos menos sentía empatía por sus familiares desaparecidos. En un momento, cuando le pregunté por qué detuvo el plan de búsqueda, simuló que lloraba para transmitir una falsa emoción de tristeza. Yo no sabía qué hacer. Me impactó que en sus manos hubiera estado la esperanza de Margarita y, al no soportar su hipocresía, dejé la entrevista a la mitad, me disculpé y retiré del lugar.

El tercer día me reuní con Luz Elena Galeano<sup>7</sup>. No quise regular, jerarquizar o controlar el espacio donde nos encontraríamos. Consideré que, por ejemplo, al citarla en el hotel donde estaba hospedado, condicionaría las relaciones del diálogo y las volvería desiguales, al promover un encuentro artificial en el que yo controlaba el espacio. En cambio, y a pesar de que me citaran muy lejos, preferí ir a ella. Solo le dije que nos podíamos ver en un lugar significativo, un lugar que le gustara mucho de la ciudad.



Nos encontramos en el Museo Casa de la Memoria, un escenario concebido para el diálogo crítico y la reflexión del conflicto armado y las violencias de Medellín. Luz había participado en un sinnúmero de eventos, charlas e incluso expuesto iniciativas propias junto con otras mujeres del colectivo. Ella, a diferencia de Margarita, al comienzo actuó con mucha seriedad y no decía más palabras de las necesarias. Quiso que entráramos a conocer el museo, pero ese día estaba cerrado. Nos sentamos a charlar en los jardines laterales. Noté que sentía respaldo del lugar, lo detallaba con familiaridad y en varias ocasiones lo miraba con cierto orgullo.

---

<sup>7</sup> Luz Elena Galeano agarra con su mano la placa de su esposo Luis Javier Laverde. Estábamos en el jardín del Museo Casa de la Memoria de Medellín.

Me contó que había hecho parte del proyecto *Diálogos con la ausencia*, una publicación de Consejo de Redacción para guiar a los periodistas que cubren la desaparición forzada. Le pregunté por sus experiencias con otros periodistas y Luz Elena me respondió que: “no han sido muy buenas... los periodistas van detrás de la primicia y nos ven como parte de una información, ¿cierto? Esperan que las víctimas derramemos lágrimas. Los que saben hacerlo mejor, muchas veces lo hacen sin cuidado, sin tacto”.

También le pregunté cuál creía que era la forma para entrevistar a una “víctima” y Luz Elena me dijo que: “una lo que necesita es que sean como su amigo, como un psicólogo. Nosotras las víctimas contamos lo que nos sucedió para que no se repita y siempre que lo hacemos, en menor o mayor medida, nos duele. Estamos vivas y parece que no lo recuerdan”. La escuché hablar del tema por más de 3 horas y cada cosa que me decía, la consideré para adaptar mi forma de acercarme, preguntar, investigar y escuchar. Hubo un choque de lo profesional con lo personal, que me llevó a cuestionar por completo mi proyección a futuro, mis experiencias pasadas con otras “víctimas”, mis expectativas del periodismo y los estudios literarios con todas sus limitaciones, complejidades y desencuentros.

Escuchar a Luz Elena fue un aprendizaje determinante en este proyecto. Ella me enseñó cómo hablar con un doliente, hasta dónde llevar la conversación y cuándo detenerla. Ahí cambió uno de los paradigmas con los que llegué a Medellín. Pensaba que las relaciones con las “víctimas” se construían en el tiempo, que antes de preguntar debía establecer cierta confianza y que momentos clave como la entrevista, podían llegar a ser fríos y distantes si antes no me acercaba a la persona. Tenía algo de razón en lo que pensaba, pero Luz lo desmintió.

Ella consideraba que a veces el tiempo no es suficiente. Luz Elena me puso un ejemplo: “cuando intentaron matarnos, cuando sucedió la Operación Mariscal y yo estaba con mis hijas en la Comuna 13, me encontré a un periodista. Ninguno podía hablar. Intentó preguntarme qué pensaba y yo solo le respondí con las palabras que me salieron en ese momento. Luego se fue muy rápido”. No sé si Luz volvió o no a ver al periodista, ese no es

el punto. El tiempo era escaso y el periodista tenía que apurarse para contar lo que nadie podía creer.

Aunque el ejemplo al principio me pareció extremo para compararlo con mi labor en Medellín, entendí que Luz y Margarita, al vivir en un riesgo constante por su liderazgo y cargar con el peso de no saber dónde está su ser querido, habitan un tiempo distinto. Uno en el que la prioridad es buscar, hallar respuestas o encontrar un alivio. Cuando un periodista o investigador les pregunta sobre la desaparición forzada, ellas retornan a ese tiempo contenido que parece un pasado, presente y futuro entremezclado, un tiempo de la vida esperanzada. Un tiempo, en suma, paralelo a la realidad política y social de un país hecho a punta de violencias.

¿Por qué quienes han soportado más dolor por la destrucción persisten en cambiar lo que les hizo daño? “Porque hay cosas que nadie puede soportar”, me respondió Luz Elena. “Hay cosas que no deberían existir, cosas inhumanas. Yo casi muero de la depresión tan *hijuemadre* que me dio y no quiero que otras pasen por lo que yo pasé”.

Con Luz aprendí que a pesar de que no haya mucho tiempo para hablar, hay que aprovecharlo. Hay que hacer sonar esas palabras más fuertes que el silencio que nos fosiliza el pensamiento. Hay que movernos a pesar de que solo tengamos un par de segundos para hacerlo. Es un gran reto. Sin conocer a la otra persona y con un posible ambiente de desconfianza, podemos, siempre podemos actuar con respeto, cuidar los alcances de nuestras palabras y escuchar con atención. Por eso la responsabilidad de hacer una investigación previa y plantear las preguntas pertinentes.

Intenté proponerle varias actividades a Luz Elena. Leí un poema, le mostré algunas fotografías y le pedí que hiciéramos un trabajo cartográfico con los mapas de La Escombrera. No quiso. Ella prefirió que fuera más directo y le hiciera una entrevista. Cuando comenzamos fue extraño su cambio radical, pasó de extenderse con sus argumentos reflexivos sobre el trabajo periodístico a utilizar con reserva las palabras para hablar sobre ella.



Al principio, noté que sus primeras respuestas parecían parte de un discurso preestablecido, un discurso que había creado como mecanismo para proteger sus zonas más sensibles, quizá esas zonas donde cargaba y cuidaba el dolor de su esposo desaparecido. Se sabía de memoria cada fecha importante, las leyes que la amparaban y los términos jurídicos para abrirse paso en el entorno abogacil. Era una experta en desaparición forzada, construcción de paz y justicia transicional, pero algo nos hacía falta.

¿Debía insistir en propiciar una charla más natural o, en cambio, era mejor ceñirme a su construcción discursiva previa por respeto?

Preferí plantear otras preguntas para encontrar a la Luz que se escondía detrás de la máscara de lideresa. De esa líder que había tenido que aprender a hablar frente a las cámaras, mostrar su rostro y llevar el mensaje de Mujeres Caminando por la Verdad. Me confesó que era muy tímida. Le pregunté por una tela blanca que parecía acompañarla a todas partes. Era su telar de la memoria. El tejido de su esposo. Las palabras que él nunca pudo decir porque “el relato testimonial siempre se hace en nombre de los miles que no pueden contar lo padecido” (Strejilevich, 2006).

Extendió la tela blanca como un abrigo para sus piernas. Había cosido a mano los cuerpos posibles de su esposo. En el centro estaba su figura humana, era azul con bordados verdes y rojos. Abajo aparecía su nombre y alrededor lo acompañaban muchos animales, en su mayoría aves. “Cada vez que veo el cielo tan azul, así sin nubes, lo recuerdo. A él le gustaban los días soleados... nunca subió a un avión... quería volar”, me dijo Luz mientras acariciaba las texturas de los hilos como si fueran braille, como si estuviera leyendo al recorrer la tela con sus manos. Pues “toda memoria es una reconstrucción más que un recuerdo” (Jelin, ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?, 2002).

Aves que sobrevolaban a su esposo eternamente y le permitían vivir más allá de su muerte. Eso era para ella esa tela que la acompañaba a todas partes. Después, sin preguntarle, empezó a contarme de su esposo. El día que lo desaparecieron, las primeras noches, el primer año, cuando casi muere en un hospital por el desespero, el día que llegó al colectivo y contó por

primera vez su historia. Paradójicamente, mientras ella me lo narraba, las aves del jardín cantaron muy fuerte. Tanto que opacaron su voz en esa grabación y al final no la pude integrar al podcast. Me pareció muy dicente y guardé silencio con respeto. Así confirmé que la memoria narrada, tejida o cantada, en este caso cantada: “es obstinada, no se resigna a quedar en el pasado, insiste en su presencia” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002), incluso de modos inesperados.

Antes de ir a Medellín sabía dos cosas: que nunca iba a preguntar por el momento traumático y tampoco daría por sentado que sus desaparecidos estaban muertos. Aves, muchas aves. Desaparecidos, muchos desaparecidos. “Parece indiscutible que completamos nuestros recuerdos ayudándonos, al menos en parte, con la memoria de los otros”, (Memorias y amnesias colectivas, 2002). Desde niño oí aves, muchas aves, pero ese día escuché la memoria que canta en conjunto. La escuché.

## **Escuchar los diálogos del claroscuro**

Después de los aprendizajes que tuve con Luz Elena Galeano al tercer día en Medellín, regresé al hotel y escribí una corta reflexión para pensar de nuevo la escucha. Esta vez atravesada por el encuentro de mis lecturas previas con un diálogo vivo, lleno de cambios inesperados. A continuación los retazos de esas palabras.

Así parezca un esfuerzo en vano, será valioso poner a discutir los conceptos tradicionales, las reiteraciones que, en muchos casos, asumimos como una generalidad para localizar lo que parece ilocalizable en una realidad en extremo delimitada. ¿Acaso en qué lugares concretos están los dolores causados por las violencias? Porque justo cuando no encontramos una respuesta clara, cuando parece que bordeamos la confusión, entramos en contacto con los intercambios posibles que muchas veces ignoramos al darlos por hecho, al definirlos. Y, muchas veces, esa “estereotipación reduce, esencializa, naturaliza y fija la “diferencia” (El espectáculo del otro, 2010).

Por ejemplo, en mi viaje en Medellín noté que conceptos como lenguaje, experiencia o historia, mediados por interpretaciones teóricas, muchas veces, al estar afectados por la “catástrofe del sentido” (Richard, 2002), parecen quedarse enclaustrados en zonas de claridad y no en los claroscuros en los que gestamos los cambios.

Por supuesto, debemos entablar contacto con la claridad, pero no podemos olvidar que toda luz debe su potencia a la fuerza que le otorga lo que parece oscuro. Con esto me refiero a que, si acomodamos nuestras lecturas a lo que consideramos resuelto o, aún peor, intentamos imponernos sobre lo irresuelto con lo que consideramos una norma interpretativa, acogeremos las realidades violentadas a medias. Sin escucharlas.

¿El resultado? Una turbulencia silenciada. Un choque que, con sus relámpagos, pierde su fuerza y termina como un trueno atrapado en infinitas reiteraciones. Una serie de contradicciones que, al terminar desgastadas, omiten la profundidad de la violencia que las generó.

Hablo de la disposición de nuestros sentidos y lo que permitimos que resuene más allá de los límites. De las experiencias de nuestros cuerpos, separados. Si no entablamos escuchas, si no permitimos que las voces prolonguen su sonido, como ecos que nos toman prestados para continuar, no pensaremos distinto a quienes nos intentan petrificar. Como un campo de estatuas que, inmutables, permanecen sin percibir el desgaste que las consume a punta de tiempos violentos.

Intentaron petrificar a los que desaparecieron y a los que buscan después de la pérdida. A los que ya no están en medio de nuestros presentes, pero permanecen en las memorias de los que enfrentan el mutismo con sus recuerdos. Intentan arrebatarnos nuestros movimientos, intentan detener la acción a la que “le es peculiar poner en marcha procesos cuyo automatismo parece muy similar al de los procesos naturales, y le es peculiar sentar un nuevo comienzo, empezar algo nuevo, tomar la iniciativa o, hablando kantianamente, comenzar por sí mismo una cadena” (Arendt, 2007), una cadena de posibles cambios.

Tendremos que acudir a otras formas gramaticales para que, a pesar de las heridas que no sanan, las cicatrices que acuden a retomar una piel habitada por el dolor tengan un espacio. Esas cicatrices son “memorias de un sufrimiento que es narrado, agenciado y representado por los dolientes” (Barón, 2015). Un claro oscuro difuso, hecho de intervalos, de interrupciones, que, en suma, no son más que el esfuerzo humano por hallar sentidos en medio de las ruinas.

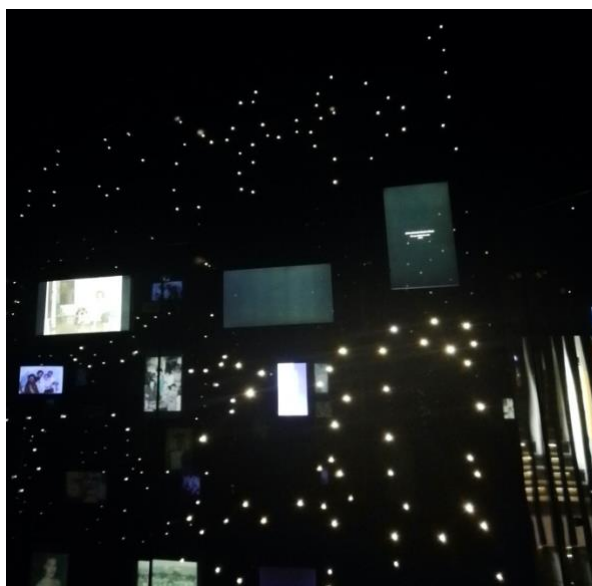
Por armar una y otra vez, y cuantas veces sea necesario, los redondeles que envuelven como un abrazo a lo que significa en la incertidumbre. A esos otros conocimientos sensibles que permanecen en nuestras zonas más oscuras, a la espera de que alguien más, otras escuchas, logren percibir esos destellos de luz que esclarecen lo que nos cuesta mirar a los ojos, de frente. A esos múltiples rostros del horror que intentamos esconder, para no percibir la maldad de la que hacemos parte. Para no hacernos responsables de nuestro desastre. En suma, el esfuerzo radicaría en considerar los puentes, los enlaces, que permitimos construir entre una concepción del mundo generalizada, ligada a nociones de la memoria o la historia

concebidas en contextos aparte. Y lo que parece no tener un lugar fijo, lo que después de ser atravesado por la destrucción intenta construir los sentidos del mundo a partir de los restos. De lo que parecen fragmentos compuestos, por un lado, de lógicas que han sido normalizadas y por el otro, de experiencias particulares, de historias personales que continúan a pesar de todo.

Lo que considerábamos inteligible o, en otras palabras, esas respuestas concebidas para conceptualizar los mundos posibles, quedaron interrumpidas por el estruendo de la desaparición que separó lo que intentaba crear nuevos encuentros. Nuevos diálogos. Y es justo ahí, cuando las voces permanecen a medio camino, disminuidas por el ofuscamiento, que debemos permitir el brote de otras vertientes en las que discurra la vida puesta a conversar. “Estos retos epistemológicos se traducen, además, en una demanda ética, un llamado a una responsabilidad por encontrar otros modos de escucha, otros espacios de comprensión y otros registros de audibilidad que permitan «hacer sentido» de aquello que el testimonio guarda y transmite tanto en sus palabras y temporalidades fragmentadas, como en sus silencios” (Acosta, 2019)

## Después de la pausa: el cuarto día en Medellín

Al cuarto día me encontré de nuevo con Margarita Restrepo. También quiso que nos viéramos en el Museo Casa de la Memoria. Llegué más temprano y recorrí las exposiciones. Al atravesar las salas me abrumó el nivel de violencia acontecido en Medellín. La noche anterior no pude dormir bien por lo que me había contado Luz, me sentía agotado. Ese día, ese día en particular me sentí muy triste, impotente y minúsculo. A lo lejos divisé a Margarita, respiré profundo y me preparé para hablar con ella. No quería que notara mi estado de ánimo. A diferencia del primer encuentro, al llegar me abrazó y sonriente me dijo que la acompañara a recorrer el museo. Al final del recorrido te mostraré mi planta, mencionó.



Me llevó a una noche estrellada<sup>8</sup>. Era una sala de espejos y monitores con punticos blancos acompañados por fotografías que se reflejaban una y otra vez. Explicó que era el memorial de los desaparecidos de Medellín y empezó a contarme cada una de las historias que conocía de esas personas. Llegamos a una pantalla negra y Margarita se molestó. Salió rápido para contactar a uno de los gestores del museo. La pantalla donde aparecía la foto de su hija estaba apagada y no entendía por qué. Hasta que no lo solucionaron no quedó tranquila. “No puede ser que apaguen la memoria de nuestros desaparecidos en el lugar de la memoria”, comentó.

---

<sup>8</sup> La fotografía es en el memorial de los desaparecidos del Museo Casa de la Memoria de Medellín.

Salimos al jardín del museo. Margarita guardó silencio, me miró con serenidad para pedirme respeto y empezó a caminar. Sus pasos nos llevaron a una de las paredes laterales del jardín que tenía varias plantas con placas marcadas debajo. Levantó de nuevo su mirada y me dijo casi en susurros que una de las plantas era su hija Karol. La consintió con ternura, le limpió las hojas y le sostuvo la mirada como si esperara una respuesta.



Margarita<sup>9</sup>, por la representación de una vida que brota, le otorgó un valor casi “indexical” al cuerpo-planta como contenedor de unos rasgos de la memoria de su hija. Como una muestra de permanencia no solo de sus recuerdos, sino de una relación maternal que se constituye a partir del nacimiento. De nacer múltiples veces al ser nombrado o, en este caso, al existir en otros cuerpos por inertes que parezcan. Para Gabriel Gatti los desaparecidos constituyen:

“Una emergencia, una singularidad, una consecuencia no intencionada, un no-previsto. Es un individuo retaceado; es cuerpo separado de nombre; es conciencia escindida de su soporte físico; es nombre aislado de su historia. Un abismo nuevo, un estado inédito

---

<sup>9</sup> En la fotografía Margarita Restrepo señala el nombre que está al lado de la placa de su hija. Estábamos en el jardín del Museo Casa de la Memoria de Medellín.

(Gatti, *El lenguaje de las víctimas: silencios (ruidosos) y parodias (serias) para hablar (sin hacerlo) de la desaparición forzada de personas*, 2011).

Margarita no supo nada de su hija después de que desapareció en el 2002. Si está viva o muerta, en Colombia o en otro país, o, lo más probable, en un vertedero de residuos de la Comuna 13. No sabe nada. Nunca pudo crear un ritual de despedida porque el cuerpo, en este caso muerto, no llegó a sus manos. Sin entierro el proceso de duelo continúa a la expectativa, con un dolor abierto. Presente en cada acción, encuentro y desencuentro con el territorio por donde transcurrió su hija. Presente en los gustos, comportamientos, gestos y olores. Presente en una planta llamada Karol Vanessa Restrepo. Así describió esta situación la investigadora Ileana Diéguez cuando comenzó a indagar el cuerpo mediado por la violencia mexicana, colombiana y peruana:

Lo que más me ha impactado en estos últimos años ha sido constatar otra dimensión de la corporalidad, más allá de la verticalidad que define nuestra condición activa; más allá incluso de la horizontalidad que alude a un cuerpo en descanso, meditación, caída, cansancio, derrota, enfermedad; o incluso el cuerpo muerto, ese estado que se define en el “aquí se extiende”, “aquí yace”. Esa otra dimensión es precisamente el no-lugar del cuerpo —sin extensión, sin horizontalidad ni verticalidad— que introducen los cuerpos desaparecidos, los amontonamientos de cuerpos desmembrados y acéfalos, las apariciones de fosas comunes, la acumulación creciente de NN.

Fuimos a una banca rodeada por muchas personas mientras Margarita observaba sin decir nada. ¿Quieres que vayamos a otro lugar?, pregunté. Sí, no quiero que me vean llorar, respondió. Me confesó que al pensar en su hija, al traerla de regreso, no podía evitar sentir un nudo en la garganta. Sentir asfixia, desespero y ganas de gritar. Aunque con el tiempo aprendió a controlar las emociones que antes la carcomían por dentro, había días que superaban su propio control. La desaparición de su hija “es una ausencia que duele, pero más, porque es una mala ausencia —imprevista, catastrófica, repentina, violenta—”. (Gatti, Peris, Robles, Rodríguez, & Sáez, 2018).



Nos sentamos en unas escaleras afuera del museo y le propuse que escucháramos un rato música del colectivo Agroarte de la Comuna 13, con los que ella solía trabajar. Mientras tanto, le pasé unas fotografías experimentales que había tomado en Bogotá para ese ejercicio. Le pedí que las observara y cuando quisiera me comentara qué pensaba. Tomó las fotos y empezó a dejarlas en el suelo. Esta me gusta, comentó.

Seleccionó una foto en la que hay una mujer detrás de un muro transparente. Cuando la tomé pensé cómo transmitir el encierro que lastima. Margarita, en cambio, vio a varias personas que intentaban salir de un fango, de una zona oscura. La mujer del centro no estaba encerrada, sino que ayudaba a los demás a salir para que pudieran gritar. Le gustó porque pensó que esa mujer era ella, que esa mujer podía ayudar a otros a escapar del encierro. Esa foto fue el desencadenante para conversar sobre lo que se convertiría en el episodio 2: El grito.

Después continuamos con el ejercicio de los conceptos. Margarita eligió esperanza, memoria, imaginación y desaparición. Le propuse que dibujáramos, pero ella prefirió escribir. Mientras lo hacía fue contándome lo que pensaba. Así construimos otro modo de dialogar. Más adelante leímos el poema *Las cicatrices* de Piedad Bonnett, que la llevó a contarme sobre sus experiencias de maternidad afectadas por el asesinato de su hijo y la desaparición de su hija. “Ser madre en este país es un privilegio, si vives en la Comuna 13 se convierte en un martirio, en un miedo constante”, afirmó Margarita.

Para concluir el encuentro le propuse algunas preguntas que tenía preparadas. Pero, como las había planteado a partir de mis lecturas teóricas, estaban distanciadas de la realidad de Margarita. Apenada me dijo que no las entendía y al instante le pedí disculpas por haber fallado en la traducción de lenguajes. Nos reímos. Preferí continuar con una conversación cotidiana. Antes de irnos Margarita cantó *Clamando justicia* como un mensaje para el proyecto que hasta ahora empezaba. Le agradecí por haberme acompañado y nos despedimos. Estaba preocupada por la hora, llamó a un taxi de confianza y se fue antes de que oscureciera para evitar cualquier posible riesgo.

El quinto día en Medellín decidí descansar y me fui a conocer la Comuna 13. Como estaba solo y con la carga emocional de las historias que había escuchado, preferí hacer el recorrido turístico sin indagar más lugares. No llevé mi cámara porque entré en un leve estado de desconfianza y miedo con el entorno. Me devolví temprano al hotel, necesitaba retomar energías. Ninguna noche había dormido bien.

El sexto día me encontré con Alexander Castro, amigo de Margarita e integrante del Movice de Antioquia. Me citó en la Corporación Jurídica Libertad. A diferencia de Luz Elena y Margarita, que llevaban varios años en la búsqueda de sus familiares, Alex había comenzado hace poco. Guardó silencio por miedo a que le pasara algo a sus seres queridos que aún estaban con vida. Ya habían ejecutado extrajudicialmente a su hermano y a su tío, así como detenido/desaparecido a su tía y a su primo.

Por poco lo desaparecen a él también, pero logró escapar con alguien más y llegó desplazado a Medellín. Su familia estaba quebrada. El conflicto armado la separó y, como me contaba, no podían verse para prevenir nuevos daños. A pesar del miedo que le causaba, decidí encontrar la verdad de lo acontecido y cambiar lo que parecía un destino cargado de muertes para su familia. Vivía solo en la ciudad. En el día asistía al acompañamiento psicosocial que le ofrecía el Movice. También participaba en sus formaciones, encuentros y movilizaciones. Por la noche trabajaba como guardia de seguridad en un conjunto de la Comuna 13.

Alex solicitó una sala en la organización para que habláramos y, aunque tenía poco tiempo para hacerlo, quería apoyar mi proyecto para que “más personas se enteren de estas atrocidades que suceden todos los días en Colombia”. Nos ubicamos uno al frente del otro, separados por una mesa. El ambiente de oficina, con su tamaño reducido, asemejó la conversación a un cuestionario policial. Nos sentíamos incómodos. Me pareció el lugar menos oportuno para reflexionar sobre la desaparición forzada y más con alguien que hasta ahora contaba su historia.

Alex nunca me miró a los ojos mientras hablamos. Su mirada, caída, reflejaba angustia. Al hablar lo hacía con voz muy baja, como si estuviéramos a la mitad de un secreto. Sentía su

tristeza, sentía cómo le costaba estar ahí conmigo. No habían pasado más de cinco minutos y le pregunté si prefería conversar en otro momento. Insistió que continuáramos. Pero “si las heridas permanecen abiertas, es porque la mortificación continúa, está presente, ocurre. Por lo tanto, estas heridas abiertas no nos hablan del pasado sino del presente” (Kaufman, 1996). Pensé, por un lado, que no debía dejar de escuchar a alguien que quería hablar y, por el otro, que lo mejor era parar porque no quería exponerlo a sus experiencias más traumáticas antes de que estuviera listo para enfrentarlas. Decidí escucharlo.

Por falta de tiempo no pude proponerle ningún ejercicio y opté por hacerle preguntas muy generales. ¿Qué significa nacer en Colombia? ¿Por qué no podemos perder la esperanza? ¿Debemos trabajar por cambiar la situación actual?, entre otras. Le costaba hablar y noté que a diferencia de Luz Elena, por ejemplo, todavía creía en un ideal de justicia y tenía absoluta confianza en el Estado y sus instituciones. No era quién para debilitar su ilusión, así que acompañé sus palabras sin opinar demasiado. Cuando sentí que ya no tenía más fuerzas para hablar, detuve la charla. Él insistió en continuar y, para que no mal interpretara mi gesto, le dije que tenía otra cita y se me iba a hacer tarde.

Salí muy agotado de la organización. Me sentía mareado, con ganas de vomitar y con muy poca energía incluso para llegar al hotel. Me senté en un parque a descansar. Medité mucho sobre lo que haría para volver a escuchar las conversaciones que tanto me habían afectado porque “en la mayoría de los casos poco trasciende la idea de que ese alguien que escucha también es afectado, tocado por la voz del sufriente y con-movido por lo que escucha” (Romero, 2016).

Tenía mucho desespero. No quería terminar con una capa de insensibilidad para soportar el conflicto y terminar anestesiado como la mayoría, así como lo expresó Ileana Diéguez: “ese modo de mirar que nos evita el enfrentamiento con lo incómodo, nos permite relacionarnos de manera cómoda con escenas difíciles, manteniéndonos siempre a salvo como espectadores” (Diéguez, 2013). Ni mucho menos lastimado por el dolor de otros e incapacitado para interpretar el horror. Cancelé las entrevistas que había pactado con un

funcionario público y una profesora de la Universidad de Antioquia. No me sentía en capacidad de hablar con alguien más. Pasé el resto del día en el Jardín Botánico de la ciudad.

Posterior a la revisión de las primeras entrevistas tenía planeado regresar a Medellín, pero, justo una semana después de mi regreso, decretaron el aislamiento preventivo en varias ciudades del país. Tuve que adaptar mi propuesta y trabajar con lo que había recolectado. Eso limitó mi análisis en el apartado de “imaginación”. Esperaba proponer una serie de ejercicios con Luz y Margarita para comprenderlo con mayor profundidad. También cambió el rumbo de la exploración fotográfica que pasó de autoretratos (que quería hacer con las mujeres del colectivo), a una serie de propuestas hechas en casa con todas las limitaciones que eso implicó.

Al terminar mi trabajo de campo en Medellín, comprendí que esta tesis gradualmente se convertiría en una suma de esfuerzos. De recortes imperfectos, voces, que al aparecer en mi trayecto en forma de testimonios, consejos, afectos y experiencias compartidas... terminarían como caminos cruzados, rutas colectivas. A pesar de que algunas singularidades perdieran su rastro visible en los encuentros y, con los fallos de mi memoria más adelante desconociera la procedencia de alguna palabra o de algún sentido que me orientó, haría el esfuerzo por mantener en el centro de las órbitas a las personas que me contaron su historia para la propuesta sonora. Como un intento por “rescatar al sujeto” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002), por proteger su lugar de enunciación.

## Una escucha después de escuchar

Al acercarme y permitir un espacio de escucha conjunta con Luz Elena y Margarita, en ocasiones me quedé mudo, en una inquietud silenciosa. Las lecturas que realicé antes sobre la desaparición, el duelo, el dolor y la memoria parecían insuficientes. Parecían el artificio de algo más. Algo que hasta no ser escuchado, quedaría a las afueras de los diálogos. Y con esto no me refiero a que las propuestas teóricas fueron un intento en vano, un esfuerzo innecesario, al contrario, me permitieron iniciar la partida. Me otorgaron las primeras palabras. Pero después quedé solo, ahí, frente a los estragos causados y las vidas que los sobrevuelan.

Lo intenté varias veces y no lo logré. No nos entendíamos. Tuve que soltar mis artilugios, con sus arandelas y enredijos. Desnudar mi mente y mostrarla más sincera. Volver a los pensamientos simples, a la complejidad que cargan los pequeños actos. A los gestos que aprendimos cuando niños. Sonreí. Sonreímos a carcajadas. Le expliqué a Margarita Restrepo que a veces, entre tantos excesos, olvidamos hablar; que no me entendía porque aún me hacía falta conectarme con ella. Fractuamos juntos las barreras que nos separaban y, después de un rato, nos enseñamos a escuchar en conjunto. Porque “la recepción de palabras y actos no es un proceso pasivo sino, por el contrario, un acto de reconocimiento hacia quien realiza la transmisión” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002).

Dejé a un lado, sin perder mi criterio, ese lenguaje “académico”. Esa “estilización de las cosas” que por momentos intimidó a Margarita. Le pedí disculpas y comprendí, que luego de pensar mil formas para encaminar la conversación, tenía que retomar el valor de las historias. De las cotidianas que nos constituyen, a mí y al resto, desde que nacemos. Después fuimos dos personas contándonos nuestros cruces, desventuras y alegrías. Nada más.

Aunque no lo parezca me costó hacerlo, incluso con toda mi disposición por comprender. Aprendí que escuchar no traduce solo disposición atenta, sino también un esfuerzo consciente por soltar, momentáneamente, concepciones y seguridades insuficientes para que, en pleno intercambio por aprehender lo que desconocemos, permitamos una transformación que

considere al otro, que proteja su lugar. En palabras de Elizabeth Jelin: “la experiencia individual construye comunidad en el acto narrativo compartido, en el narrar y el escuchar” (Jelin, Los trabajos de la memoria, 2002). Porque nunca podremos comprender sin un colectivo que nos soporte, sin los demás. No, no se trata de simple dependencia, sino de la necesidad compartida por crear mundos posibles, de imaginar otras realidades cuando los hechos fácticos e irreversibles nos golpean hasta dejarnos sin fuerzas.

Necesitamos de los otros y, en esa medida, los otros nos necesitan. Repito, no como una dependencia, sino como un acto de responsabilidad ético que ofrezca, que permita y cree espacios de diálogos en plena fragilidad. Como intertextualidades que, en un conjunto de historias acumuladas en los recuerdos que olvidan, se entrelazan para hacer memoria de lo que por poco desaparece. En esa memoria que ha sido un esfuerzo colectivo de siglos, perdurarán nuestros actos más narrativos.

En ese diálogo con Margarita aprendí que escuchar implica escribir otras historias, visité el río para pensarlo. Alternas o al margen, rozan la orilla de lo posible y cambian su forma, su disposición, sus límites. Entonces las otras historias son las venas, las múltiples vertientes de esfuerzos, de encadenamientos, choques y metamorfosis que constituyen la historia. Una oscura historia de claridad. De claroscuros, de vidas que se encuentran. En las que unas aniquilan y otras cuidan el germen de la memoria. La semilla que nos otorgó la voz.

## De regreso a Bogotá

De regreso en Bogotá, comencé a escuchar y transcribir las entrevistas. El proceso me tomó más tiempo de lo que esperaba. Los registros que tenía de Margarita, por ejemplo, sumaban más de 6 horas de grabación de ejercicios, conversaciones informales y entrevistas. Preferí hacer un recorrido previo del material y organizarlo para evitar transcribir apartados que más adelante no iba a utilizar. Después de ese proceso, que incluyó cortes de los audios para clasificarlos, quedaron 3 horas de grabaciones referentes a Margarita. Realicé el mismo procedimiento con el resto de registros.

Al tener depurados los registros sonoros, opté por transcribir la totalidad de la selección. No consideré pertinente solo escuchar un par de veces las grabaciones ni dejar en manos de mi memoria toda la información. En ese punto noté que el potencial que podía tener el guión, como entramado de las diferentes voces, dependía en gran medida de una selección de información detallada, pertinente y coherente. Se trataba de proteger, ante cualquier entrecruzamiento polifónico, la singularidad de Luz y Margarita como centro de la propuesta. Para lograrlo, debía leer varias veces sus narraciones orales que habían sido transcritas como parte de mi proceso interpretativo.

En paralelo a la transcripción, investigué al resto de posibles entrevistados que podían extender el alcance de las experiencias de las “víctimas”, como un conjunto de esfuerzos por amplificar los sentidos y la comprensión de la problemática. Para ese momento tenía 9 grabaciones. Me contacté con Miguel Ángel Rojas, José Alejandro Restrepo, Óscar Muñoz y Érika Diettes, cuatro artistas que abordaron de distintas maneras la desaparición forzada. Alejandro ni Óscar me constestaron, Miguel intentó darme la entrevista pero tuvo problemas técnicos y luego no se concretó. Érika aceptó el espacio para charlar cuando ya estaba en el proceso de edición del pódcast, así que le propuse que la entrevistaría más adelante.

Logré concretar dos conversaciones con Jesús Domínguez, director de la obra de teatro *Río arriba, río abajo*. Sin embargo; por los problemas técnicos que tenía su computador y las grabaciones que producía con graves daños, no logré utilizar muchos de sus aportes. Por otra

parte, por recomendación de mi directora, me contacté con la poeta mexicana Sara Uribe, autora del libro *Antígona González*. Para evitar que el audio tuviera interferencias o ruido electrónico, le pedí que grabara con su celular en un lugar tranquilo. Charlamos por tres horas. Su mirada crítica y sensible enriqueció a tal punto el rol de las artes para imaginar la realidad, que no contacté a más artistas.

Después entrevisté a Victoria Faciolince, investigadora de la Universidad de Antioquia; a Gloria Gómez, directora de la Asociación de familiares detenidos-desaparecidos (ASFADDES), y a Aka, el rapero agricultor más representativo de la Comuna 13 que, al conocer el proyecto, me ofreció la posibilidad de musicalizar con sus canciones el pódcast. En total entretejé con 15 voces distintas la reflexión sobre desaparición forzada.



## La escritura del guion

Retomé mis lecturas teóricas. Busqué los apuntes, las lecturas subrayadas y mis anotaciones personales. Lo único que sabía es que tendría cuatro categorías principales: el grito, la memoria, el lenguaje y la imaginación. Estarían, a su vez, atravesadas por el dolor, la búsqueda, la esperanza y la transformación. Luego me di cuenta que la ubicación geográfica, delimitada por La Escombrera, me permitiría conectar las diferentes partes en conjunto con el contexto histórico irrumpido por las acciones colectivas de las dos mujeres. No serían “víctimas” pasivas que, como una aceptación de su destino doloroso, “convierten su experiencia en una condición de existencia” (Diana Fuentes-Becerra, 2016). Sino, al contrario, personajes que a partir de sus experiencias habían contruido su propio mundo de resistencia y lucha social por “las interpretaciones, representaciones y significaciones del pasado” (Acevedo, 2013). Quería, además, hacer visible su rol como mujeres lideresas. La estructura parecía medianamente aceptable, pero no tenía ni idea cómo empezar.

Nunca había escrito un guión y mucho menos pensado para un lenguaje sonoro. En la carrera de Comunicación, por mi énfasis en periodismo, solo tuve una clase de radio con un enfoque noticioso, muy tradicional. Nada de formatos transmediales ni de acercamientos al pódcast. Ahí conocí mejor mi voz y me acerqué, de manera superficial (muy superficial), a los programas de edición de audio. Además, comprendí un poco mejor la extensión de la escritura radiofónica, definida por un tono cercano y un lenguaje más cotidiano. Ese fue el reto más difícil de sortear. No sabía cómo traducir la teoría y mis interpretaciones para establecer un diálogo con Margarita y Luz, que no las opacara ni mucho menos se difuminara por su falta de claridad.

Antes de ir a Medellín ya había escrito el texto de El grito. Lo leí con Margarita y a ella le gustó, así que comencé por ahí. Lo adapté, recorté y edité. Al mismo tiempo, seleccioné de las transcripciones los apartados relacionados y realicé un mapa mental como ejercicio visual para entender cómo haría las conexiones. Este apartado tenía la mayor carga de dolor en todo el guión. Intenté no exponer zonas privadas de Margarita, no ubicar momentos que causaran lástima ni que la revictimizaran para propiciar un escenario que le permitiera generar “una

resignificación de los hechos violentos experimentados” (Villa, 2013). Asimismo, no quería ocultar la gravedad del daño emocional, las situaciones acontecidas por una sociedad que excluye y mucho menos borrar el momento desencadenante que la llevó a buscar y a organizarse con otras mujeres que permitía evidenciar que:

“El desaparecido produce agencia en quienes lo buscan. Una agencia que se estructura en la quiebra, en la catástrofe individual y social, en una pérdida fundamental del sentido de la existencia y que activa a los allegados que buscan a la persona desaparecida en la gestión de nuevas formas asociativas” (Iratzuzta, 2017).

Para escribir el apartado de memoria, que aparece en el episodio 3 y 4, recurrí a otro proceso. Volví a leer las transcripciones, seleccioné los testimonios que me parecieron más pertinentes y los organicé, a pesar de su falta de cohesión, como partes de un relato. Respondí, reaccioné y complementé, en una conversación de mi escritura con Margarita, para elaborar un escenario que la mostrara como “sujeto histórico, agente activo de su propio cambio, siendo la memoria la fuente, la conciencia de la humanidad” (Martínez Mora & Silva Briceño, 2012). Más allá de los aportes teóricos que había leído sobre la memoria, pensé este apartado en correlación con las experiencias puntuales de Margarita. Sí, algunas cosas no coincidían o se desviaban de la mirada académica, pero no tenían por qué actuar de la misma manera o limitar el contexto que abordé. Así que intenté hacer un esfuerzo por considerar el enriquecimiento teórico para mi interpretación personal, sin que interviniera o sobrepasara las voces de Margarita, Luz Elena o incluso la mía.

El apartado de lenguaje lo planteé didácticamente. Intenté recrear situaciones cercanas al oyente para vincularlo de manera más activa. Para que su interpretación no quedara ligada a una experiencia ajena, sino que, al contrario, pensara qué habría hecho al estar en la posición de Luz o Margarita. Percibiera el uso de su lenguaje diario, las limitaciones para nombrar el horror, las cargas de sentido que solo las “víctimas” conocen, los silencios que contiene nuestra historia, entre otros. A lo largo del episodio 5, que incluye esta reflexión, hay tres secciones que abordan distintas aristas de la relación del lenguaje con la desaparición. Como

una secuencia desencadenante, guían a la propuesta de transformación que sugerí en el episodio 6.

La imaginación la pensé como la semilla que brota de la grieta. Como el escenario en el que hay un estado de metamorfosis, un cambio en el que se transforman las relaciones con el mundo. Aquí confluye el grito, como la fuerza inmanente del dolor; la memoria, como el tiempo para cambiar los sentidos del pasado y extender la vida del desaparecido, y el lenguaje, como el límite con lo indecible que bordea la posibilidad. La posibilidad de imaginar otra realidad, otras realidades.

¿Quiénes imaginan? En este caso Luz y Margarita, como fuerzas resilientes que encuentran la manera para desestabilizar los cimientos basados en la exclusión, el prejuicio, la indolencia, la indiferencia o el desinterés en una sociedad que “se condena a la pobreza colectiva de significados” (Kaufman, Memoria, horror, historia, 2001). Imaginan para crear conocimiento sensible como acto político por retomar nuestra empatía, como una forma para mirar “para que el interdicto punitivo no impere, para que la mirada sea también *apotrôpaion*, para que seamos algo más que *obstupefactus*: los aturdidos o paralizados por el terror” (Diéguez, 2013). Imaginan, en palabras de Margarita Restrepo, “porque para tener conocimiento, el corazón hay que ablandarlo para sentir el dolor del otro”.

Después de proponer el núcleo del pódcast compuesto por el grito, la memoria, el lenguaje y la imaginación; comencé a vincular el contexto histórico a partir de lo relatado en el episodio, el impacto de las acciones colectivas y la postura crítica necesaria para evidenciar la catástrofe de sucesos como la Operación Orión. El reto al proponer una mirada histórica alimentada por la experiencia de las mujeres fue, principalmente, la distancia y la cercanía de los hechos con los personajes. Gran parte de los acontecimientos generales quedaron por fuera de la propuesta, al no tener una relación de cercanía con las mujeres.

Me refiero al proceso de selección derivado de una lectura de las historias afectadas por la historia. Un proceso de selección que, como la historia misma, estuvo compuesto de exclusiones. Exclusiones que confrontaron mi relato propuesto, que crearon un contrapeso

por su ausencia en lo narrado. Después comprendí que extenderme más de lo necesario, podía causar una falta de comprensión en el oyente y descontextualizar a las mujeres del colectivo. Comprendí que excluimos sucesos, acontecimientos y experiencias para singularizar la vida de los otros, para mantener la coherencia de lo relatado.

Preferí redactar de manera más directa el apartado histórico que distribuí a lo largo de los episodios. Aunque esa decisión podía generar desinterés en el oyente, al notar una propuesta menos narrativa, no quería generar una alteración de las fechas, los lugares y los sujetos. Sucedió lo contrario con los textos de La Escombrera. Cuando empecé a investigar encontré muy poca información referente a ese lugar concebido para el olvido, para actuar como fosa común del conflicto. Los informes periodísticos que leí no coincidían del todo con lo que me relataron en Medellín y, a mi modo de ver, estaban compuestos de datos imprecisos, conclusiones apresuradas y discursos comunes. Lo que había publicado un medio de comunicación, el siguiente lo replicaba con otras palabras. Me encontré, entonces, con las otras capas del olvido. Las más visibles y difundidas.

Pensé cómo el acto violento de secuestrar, torturar y luego desaparecer, en especial ese, desaparecer, había tenido la capacidad de impregnar los relatos del presente, de “colonizar la experiencia de sufrimiento de estos sujetos, despolitizándolos, negándoles su capacidad de agencia social y política, para terminar reforzando la intencionalidad del victimario” (Gómez, 2013). Relatos, en pocas palabras, que replicaron la visión de los violentos con confusión, inexactitud y falta de pruebas porque “los acontecimientos del horror *han sido producidos* como acciones destinadas a *intervenir* en la continuidad transgeneracional para producir transformaciones histórico sociales irreversibles” (Kaufman, Memoria, horror, historia, 2001). Relatos que también desaparecen a los desaparecidos porque “hay un acto político voluntario de destrucción de pruebas y huellas, con el fin de promover olvidos selectivos a partir de la eliminación de pruebas documentales” (Jelin, *¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?*, 2002).

Al encontrarme con un espacio confuso, preferí reunir la información recolectada por los medios informativos, algunas investigaciones académicas y lo que me habían contado en

Medellín. En vez de adherirme a hechos fácticos ligados a La Escombrera, intenté interpretar los sentidos derivados de los movimientos colectivos, las búsquedas de los familiares y las construcciones simbólicas creadas a partir de ese lugar. El resultado fue un apartado que narré de manera más experimental. Por supuesto cargado de imprecisión, pero con un peso significativo de las experiencias vividas por las mujeres que buscan.

La escritura del guión fue un proceso complejo de negociación intertextual porque, además de la tríada de “teoría, testimonio e intérprete”, nunca dejé de pensar en el receptor. En ese posible público que acogería el pódcast. Por eso definí un tipo de escritura más sencilla, directa y cercana. Incluso en ocasiones me adherí a ciertos lugares comunes. Los comprendí como esos espacios colectivos que han sido interiorizados con anterioridad y podían resignificarse para abordar la desaparición forzada. De nada servía mi preocupación por promover un espacio empático, sino era consecuente con los receptores que iban a escuchar la propuesta. Porque, al final de cuentas, yo no era más que un canal que conectaba a las mujeres con otras personas. “Así, en realidad, el mayor problema no es recolectar los testimonios, ni divulgarlos, sino, justamente, encontrar para ellos una escucha efectiva” (Romero, 2016).

Más adelante me enfrenté al mayor reto del proceso de escritura. Había redactado diferentes partes de un mismo programa y debía organizar todo para que, por un lado, cada sección complementara la siguiente y, por el otro, los capítulos funcionaran de manera independiente. Antes de hacerlo volví a revisar los textos para recortar los apéndices sobrantes. Empecé por integrar mi voz con la de Margarita y Luz Elena. Después agregué La Escombrera y los apartados históricos. Luego las voces de las otras “víctimas” y por último, las de los artistas, funcionarios públicos e investigadores.

## Grabación del pódcast

Antes de iniciar con las grabaciones adapté el guión a un formato radiofónico que incluía las entradillas, los tiempos, la música, los efectos y los ambientes sonoros. Así como la asignación de espacios para la locución. Lo que vino después fue una serie de complejidades técnicas que aprendí a solucionar con cada error cometido. En una situación normal habría grabado en Centro Atico que dispone de salas de audio profesionales. Pero, al estar en medio de la pandemia, me tocó simular un estudio casero. No tenía muchos conocimientos sobre la adecuación del espacio, el control de la amplitud de las ondas sonoras, la reducción de ruido o de la reverberación.

Los primeros registros de audio los realicé con una grabadora Zoom H1n, la misma que utilicé para las entrevistas en Medellín. Decidí grabar en el estudio del apartamento que organicé con icopor y almohadas para disminuir los sonidos exteriores. Acomodé la grabadora en el trípode de la cámara y le puse un filtro pop de espuma. En ese primer intento leí el episodio 1 y 2, no practiqué antes ni preparé mi voz. Además, para evitar un exceso de ruido en el registro, dejé la grabadora en -32 decibelios. Todo salió mal. Las grabaciones quedaron como un registro digno de la existencia del ruido. Mi voz se escuchaba lejos, había eco y cuando subí el nivel de volumen las grabaciones se estallaron.

Decidí buscar a alguien experto en el tema para que me apoyara. Me recomendaron a un locutor y acordamos grabar un fin de semana. Antes de continuar aprendí lo necesario para remediar los errores que había cometido. Compré un par de espumas acústicas, un filtro pop-up de malla y un micrófono de condensador básico para locución. Nos tomamos un fin de semana para grabar otra vez el episodio 1 y 2, esta vez aprendí un par de técnicas vocales que me enseñó el locutor. Contrario a mi interés por avanzar con la producción del pódcast y luego de esas primeras grabaciones, el muchacho no continuó su labor porque no quería exponerse al coronavirus. Aunque no me cobró por sus servicios y comprendí su decisión, tuve que volver a empezar.

Le propuse a una amiga que me apoyara con las grabaciones. Le gustó tanto el proyecto que decidimos continuar juntos después de que culminara con mi trabajo de grado. Como ninguno

tenía experiencia en radio, nos tomamos una semana para practicar la interpretación oral del guión. Comenzamos a grabar un sábado en el estudio del apartamento. Tuvimos que aprender a manejar mejor nuestra dicción, pronunciación y proyección de las palabras, mientras volvíamos a grabar los dos primeros episodios. Ese fin de semana aprendí que la voz cambia dependiendo del cansancio corporal y que por la noche salivamos más. ¿En qué nos afectó? Algunas grabaciones quedaron sin fuerza y con un sonido muy molesto derivado de la saliva.

Grabar en mi apartamento no fue fácil. De repente cantaban mariachis, pasaban carros, ladraban perros, mi gato empezaba a jugar y mi hermana ponía música. Teníamos tres opciones: madrugábamos, esperábamos con calma el momento adecuado o que anocheciera. Para hacerlo adaptamos el lugar con almohadas, icopor, cobijas y espuma. Además, para evitar que entraran los sonidos externos, levantamos un pequeño colchón para tapar la ventana. El micrófono lo configuré a 24 bits, 192khz en formato wav y en -18 decibelios. Todo lo registramos con el programa GarageBand. En total nos tomamos 4 fines de semana para grabar los 6 episodios con sus entradillas, promociones, correcciones y adaptaciones. La mayoría de los cambios implicaron un tratamiento del lenguaje escrito al sonoro.

## Edición del pódcast

Utilicé el programa Adobe Audition para la posproducción del pódcast. Antes de editar los capítulos, inicié una limpieza general del ruido que tenían las entrevistas. Por intentar quitar los sonidos molestos, terminé opacando el brillo de las voces y degradando la calidad de los audios. Por mis errores, propios de un principiante, tuve que repetir el proceso dos veces. Después empecé a cortar cada testimonio de las 13 voces entrevistadas. Con la ayuda de las transcripciones, que estaban divididas por tiempos y relaciones temáticas, buscaba lo que decían las personas y luego lo recortaba en el audio. En el proceso tocaba limpiar algunas respiraciones, chasquidos, reiteraciones innecesarias y muletillas.

Después organicé los audios exportados de acuerdo a la numeración del guión radiofónico. Limpié las grabaciones del guión realizadas en el apartamento con el programa iZotope 7 y seleccioné los apartados que cumplieran con unos estándares mínimos de calidad respecto a la dicción en la lectura, la proyección de la voz y la menor cantidad de ruidos posibles.

Era hora de buscar la musicalización. Si utilizaba una canción comercial distribuida en Spotify o Deezer, el pódcast sería eliminado en todas las plataformas de distribución por incumplir con las normativas legales de autoría. Así que busqué las canciones acordes con la propuesta narrativa, en la librería de youtube que permite el uso libre de sus creaciones sonoras.

No quería proponer una ambientación de música melancólica, triste o sentimental porque, a mi modo de ver, la fuerza de la propuesta estaba ligada con la construcción del guión y no con una musicalización que fomentara una sobreexposición del dolor. Preferí inclinarme por canciones electroacústicas cercanas a la experimentación musical contemporánea. Canciones que, en la mayoría de casos, no tienen una asociación emocional clara y, por ende, permiten que el oyente las asocie con nuevas sensaciones ligadas al relato propuesto.

Para definir los paisajes sonoros, utilicé grabaciones que registré en la Comuna 13 y me apoyé en sonidos de la ciudad de Medellín que descargué de diferentes bancos musicales de



distribución gratuita. Algunos efectos sonoros los bajé de la página [Freesound.org](https://www.freesound.org) y otros los simulé de manera casera con objetos como bolsas, arena, piedras, telas, entre otros. Con todos los recortes de voces necesarios para construir la estructura planteada en el guión y los sonidos que ambientarían los momentos descritos, abrí una línea del tiempo en el programa de edición para cada episodio.

Tenía que encontrar un equilibrio de las voces con los sonidos y moldear el recorrido con naturalidad. Comencé por acomodar en orden los cortes, la música, los efectos y los paisajes sonoros. El reto fue proponer una transición continua, definida por cortes casi imperceptibles y cambios que no fueran bruscos para no desconectar al oyente. Al principio dejé pocos espacios entre los cortes y eso causó un ritmo acelerado que no permitía comprender el episodio. Después de notar esos detalles, valoré más la relevancia de los silencios como espacios necesarios para procesar los impulsos sonoros percibidos.

Cuando había editado los tres primeros episodios, perdí los registros de autoguardado. Me sucedió porque estaba utilizando la licencia de uso de la suite de Adobe ofrecida por la universidad y, de repente, la institución educativa canceló las licencias de los estudiantes a pesar de nuestra situación alterada por la pandemia. Como antes ya había cumplido con el tiempo gratuito de 30 días, el programa bloqueó mi acceso a los datos de edición y al final no los pude recuperar. Me tocó instalar de nuevo los programas en mi computador. Los descargué de una página llamada [artistapirata.com](https://www.artistapirata.com) y logré utilizarlos con licencia extendida sin ningún problema.

Me tardé más o menos tres semanas en editar los 6 episodios. Los exporté y se los compartí a algunos amigos para que los escucharan y me hicieran comentarios. Ese proceso fue fundamental para limpiar otros detalles que no había percatado y reorganizar algunas frases sueltas o problemas de concordancia con el guión. Después exporté todos los episodios en su versión definitiva.

## **Publicación y difusión de la propuesta sonora**

Para distribuir el programa en plataformas como Apple Podcast, Spotify o Google Podcast, debía elegir un hosting. La mayoría de personas utiliza Anchor que realiza la tarea de manera automática. Pero, al alojar tu programa ahí, le cedés los derechos de autoría (tanto patrimonial como moral) a la filial de Spotify. Al final desistí porque no era consecuente cuidar las voces de Margarita y Luz Elena a lo largo de todo el proceso y, al terminar, ceder sus testimonios a una empresa multinacional que podía hacer con ellos lo que quisiera. Opté por alojar el pódcast en la plataforma gratuita de Ivoox. Subí los episodios acompañados por la portada y una descripción que había realizado con anterioridad. Tomé el código RSS y empecé a distribuirlo manualmente por las diferentes plataformas de pódcast, la mayoría publicó la propuesta. Con los episodios publicados surgió el reto de encontrar a los oyentes y empezar a construir una comunidad de escucha en torno a la desaparición forzada. No era suficiente entrevistar, escribir y editar. Sin un público que acogiera la propuesta y quizá se conmoviera con lo que escuchaba, no iba a lograr un espacio de encuentro, intercambio y reflexión. Se trataba de propiciar una escucha en comunidad. Así que abrí una cuenta en Instagram, Facebook y Twitter dedicada a promocionar el pódcast.

El plan y la estrategia de contenidos los realizaré más adelante. De manera provisional, habrá una serie de publicaciones de corte informativo sobre la propuesta de Realidad Imaginada. Otro mecanismo de promoción, que posicionará el proyecto en los motores de búsqueda como Google, será la página web [realidadimaginada.com](http://realidadimaginada.com). Está montada en el gestor de contenidos de Wordpress. Tendrá la función de completar las narrativas de manera transmedial con fotografías, cifras, infografías, relatos, entre otros.

De acuerdo con las estadísticas que ofrece Spotify, hasta el momento la audiencia está compuesta en 45 % por mujeres, 36 % por hombres y 20 % por género no binario. El 40 % son jóvenes que tienen entre 23 y 27 años. En total han escuchado 400 veces el pódcast, la mayoría del público son de Estados Unidos, Colombia y Francia. Además, los episodios con mayor tasa de retención y número de reproducciones son el 2, el 4 y el 6.

## Recepción

Para concluir con la bitácora recopilé una serie de experiencias ligadas a la escucha del pódcast. Incluye la opinión de Margarita Restrepo y Luz Elena Galeano, así como la de otras personas a las que les envié la propuesta sonora. No les compartí ningún formulario, solo les pedí que me contaran sus experiencias ligadas a la propuesta narrativa, el guion y su posible impacto emocional.

### Margarita Restrepo:

“Es el primer programa de radio por celular que oigo y me gustó. Al principio lo escuché con mis hijas y luego preferí hacerlo sola, sentía que las palabras me hablaban a mí y no a ellas. Me hicieron sentir como felicidad, tristeza, nervios, nostalgia... todo eso que uno siente cuando recuerda y recordé muchas cosas, muchas cosas. A veces lloré y no fue triste, no creas eso, fueron lágrimas de aliento y de alivio, y también de rabia por saber que vivimos en un país muy injusto en el cual los políticos solo piensan en ellos y nadie mira a las víctimas que somos las que sufrimos más.

Si solo nos dejaran expresarnos a nosotras con esa fuerza tan linda como la que hiciste, algo sería diferente o eso pienso yo con lo poquito que sé... Hace poco murió una compañera nuestra. Bueno, *papi*, en realidad han muerto varias y son golpes muy duros, como que algo se nos apaga por dentro a todas y saber que ellas murieron sin saber nada de su ser querido es muy duro, es muy muy triste. ¿Y cuando yo muera, muere también Karol? ¿Cuándo todas ya no estemos acá, dios no lo quiera, qué va a pasar con nuestros desaparecidos? Eso me preocupa... Yo ya tengo mis añitos y la fuerza se me va de las manos y Karol me la devuelve, así es como me la paso todos los días, ay mi niña...

Creo que digo mucho respondiendo este mensaje, ¿cierto? Yo quería decir que tu investigación, tan bonita, es como hacer memoria y hacer que esa memoria le hable a las personas que nosotras no le podemos hablar así como tú, con esas palabras como

tan dedicadas con cada cosa que dices. La verdad me sorprendió que sintieras así nuestro dolor como madres, como esposas, como hijas y como mujeres, yo creo que lo sentiste y por eso también puedes hacerlo sentir o no sé si es porque el programa de radio habla de mi vida y por eso lo sentí así.

No sé mucho qué te puedo decir y creo que solo me queda decirte gracias por hacer esto. Es muy diferente a lo hecho por otros periodistas sobre mí y me gustó sentir que mi historia, era mi historia. Gracias por venir hasta acá a Medellín con tu ahorritos y venir a buscarnos para que otras personas conocieran nuestra verdad tan difícil. Me gustó mucho la fotografía que hiciste de mi hija con las flores y esos colores... a ella le gustaba el azul... era su color favorito. Aunque se vea poco para mí fue un regalo muy lindo, porque ya no es una foto sino una foto con vida que me habla y me mira más cerquita con esa esperanza que necesito todos los días”.

**Luz Elena Galeano:**

“Jue madre, no me esperaba un trabajo tan humano y bonito. Los que investigan nos buscan a las víctimas para sus trabajos, sinceramente no les preocupamos. Podría ser yo o cualquiera, solo les interesa que alguien diga algo para citarnos y apoyar sus textos, ¿si me entiendes? Pero en tu trabajo me sentí tan identificada y sentí... ay que toda mi lucha por buscar a mi esposo ha valido la pena. No sentí nada irrespetuoso ni mucho menos grosero. Nunca nos ocultaste y se escuchó nuestra voz... lloré porque fue esperanzador y es muy bonito saber que otros conocerán nuestra historia. Gracias por hacer esto y ayudarme a recordar a mi esposo. Felicidades, me parece un trabajo muy berraco”.

**Natalia Muñoz, investigadora de la Corporación Jurídica Libertad:**

“Me gustó mucho el pódcast, se nota la profundidad investigativa con la que está construido. Me parece que además de contener información importante, mantiene con potencia las voces que lo apoyan. Un trabajo muy bien logrado. Me alegra haber hecho parte”.

**Alicia Melgarejo, psicóloga y creadora del pódcast *Lentes violeta*:**

“Me gusta la manera de proponer la historia, me atrapó y sentí muy cerca a las mujeres. El guion está muy bien redactado y formulado. Me gusta que la estructura funcione independiende en cada capítulo, es decir, me parece pertinente que sea una miniserie. La musicalización es apropiada, logra un equilibrio. El guion sobretodo es lo más destacado. Es un pódcast que lo escuché todo sin parar, aunque tenga una carga emocional muy fuerte”.

**Juliana Jaramillo, estudiante de Literatura:**

“Creo que se habría podido intentar cosas nuevas como repetir tres veces guerra para hacer mayor énfasis o variar con efectos las voces para hacerlas más recordables. Son muchas personas y a veces me perdía, no sabía quién era quién, yo me habría quedado con dos o tres. Creo que siempre se muestra la violencia de la misma manera y uno ya pierde interés, habría sido interesante aportar con nuevos sentidos. Me gustó la calidad del audio y la música”.

**Andrés Martínez, antropólogo:**

“Me conmovió mucho el entramado de las voces con la narración. Me pareció un diálogo muy detallado y cercano, que se enriquece con la multiplicidad de personas que participan. Los apartados históricos se integran bien y contribuyen a que uno como oyente comprenda la gravedad de los hechos. Lo más importante es que lo sentí

y eso hace que la historia de las mujeres sea inolvidable. Ahora no paro de pensar en la desaparición forzada”.

**Mariana Muñoz, estudiante de Relaciones Internacionales:**

“Me gustó muchísimo. Siento que esto es un tema que no es común en pódcast. Me gusta que sea una iniciativa narrativa que aborde temas tan duros sin perder nunca el respeto por las víctimas”.

## Bibliografía

- Gil, A. G. (2019). Desaparición forzada, acción colectiva y actores emergentes: el caso de La Escombrera, Comuna 13 Medellín, Colombia\*. *Historia y Grafía*, 15-56.
- CNMH, C. R. (2017). Medellín: memorias de una guerra urbana. Medellín: Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH).
- Ramírez, J. G. (2008). Conflicto armado urbano y violencia homicida. El caso de Medellín. *Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, 99-113.
- Kapkin, S. (12 de enero de 2017). “La Operación Orión no ha dejado de existir”: Mery Naranjo. *Pacifista* (medio digital consultado en febrero del 2020) .
- Sepúlveda, J. P. (27 de abril de 2018). #OperaciónOriónnunca más: cinco razones para no repetirla. Obtenido de *Pacifista*: <https://pacifista.tv/notas/operacionorionnuncamas-cinco-razones-para-no-repetirla/>
- Operación Orión: 10 años de impunidad. (16 de octubre de 2012). Recuperado el febrero de 2020, de *Verdad Abierta*: <https://verdadabierta.com/operacion-orion-la-verdad-diez-anos-despues/>
- Tribunal Superior del Distrito, S. d. (2013). Magistrado ponente: Rubén Darío Pinilla Cogollo. Acta No. 001. . Medellín.
- Mahlke, K. (2017). Figuraciones fantásticas de la desaparición forzada. En G. Gatti, *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales* (pág. 288). Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- Diéguez, I. (2013). *Cuerpos sin duelo. Iconografías y teatralidades del dolor*. Córdoba: Ediciones DocumentA/Escénicas.

- Feirstein, D. (2017). Genocidio y desaparición: los distintos usos de una práctica social en el contexto de una tecnología de poder. En *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales* (pág. 288). Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- Acosta, M. d. (2019). Gramáticas de la escucha: Aproximaciones filosóficas a la construcción de memoria histórica. *Ideas y Valores*, 68 (Sup. Número 5), 59-79.
- Zorio, S. (2011). El dolor por un muerto–vivo. Una lectura freudiana del duelo en los casos de desaparición forzada. *Desde el jardín de Freud*, Número 11, 251-266.
- Jelin, E. (2002). ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria? En *Los trabajos de la memoria* (pág. 147). Madrid : Siglo XXI de España Editores.
- Pollak, M. (2006). Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Sarlo, B. (2012). *Tiempo pasado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Strejilevich, N. (2006). *El arte de no olvidar*. Buenos Aires: Catálogos.
- Echavarría, J. M. (2009). *La guerra que no hemos visto*, catálogo de la exposición del Museo de Arte Moderno de Bogotá . Bogotá: Fundación Puntos de Encuentro .
- Gatti, G., Peris, J., Robles, I., Rodríguez, S., & Sáez, R. (2018). Regreso al vacío: sobre ausencia y desaparición social. *Oñati Socio-legal Series*, 183-197.
- Cuellar, A. C. (2005). Las Texturas del Silencio: Violencia, Memoria y los Limites del Quehacer Antropológico. *EMPIRIA*, 39-59.
- Castillejo Cuéllar, A., & Muñoz Marín, C. (2017). Ante la imagen: etnografías de los transicional y las mediaciones visuales del desaparecido en Colombia. En G. Gatti, *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales* (pág. 288). Bogotá : Siglo del Hombre Editores.



- Romero, J. P. (2016). Efectividad del daño y desdibujamiento del sujeto: aproximaciones a las narrativas sobre el sufrimiento en el conflicto armado colombiano. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Richard, N. (2002). La crítica de la memoria. Cuadernos de literatura, 187-193.
- Zylberman, L. (2017). Infancia y memoria. Lo recordable a través del tiempo. Institut Valencià de Cinematografia .
- Gatti, G. (2011). El lenguaje de las víctimas: silencios (ruidosos) y parodias (serias) para hablar (sin hacerlo) de la desaparición forzada de personas. Universitas humanística no.72, 89-109.
- Kaufman, A. ( 1996). Desaparecidos. Confines.
- Memorias y amnesias colectivas. (2002). En J. Candau, Antropología de la Memoria (págs. 56-86). Buenos Aires: Nueva Visión .
- El espectáculo del otro. (2010). En S. Hall, Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales (págs. 419-447). Popayán: Envió editores.
- Kaufman, A. (2001). Memoria, horror, historia. REVISTA DEL CESLA, 25-39.
- Iratzuzta, I. (2017). Aparecer desaparecidos en el norte de México: las identidades de la búsqueda. En Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales (pág. 288). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Hernández, R. P. (2013). La condición de la víctima en el marco del conflicto armado colombiano y el problema de la responsabilidad. Prismasocial - Nº 10, 459 - 485.
- Diana Fuentes-Becerra, C. A.-A. (2016). Sobre el sujeto-víctima: configuraciones de una ciudadanía limitada. Opinión Jurídica, 65 - 77.

- Villa, J. D. (2013). Consecuencias psicosociales de la participación en escenarios de justicia transicional en un contexto de conflicto, impunidad y no-transición. *Ágora*, 307 - 338.
- Martínez Mora, N., & Silva Briceño, O. (2012). La visibilización del sujeto víctima, las instituciones y las luchas políticas por la memoria como categorías de análisis para el estudio de la memoria. *Revista Colombiana de Educación*, 139 - 152.
- Arendt, H. (2007). *¿Qué es la política?* Buenos Aires: Paidós.
- Gómez, J. D. (2013). Memoria histórica desde las víctimas del conflicto armado. *INVESTIGACIÓN K*, 11 - 25.
- Barón, M. D. (2015). Las víctimas del conflicto armado colombiano en la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras: apropiación y resignificación de una categoría jurídica. *Perfiles Latinoamericanos*, 121-145.
- Acevedo, L. (2013). "Reflexiones en torno a la categoría de víctima: una mirada a las organizaciones de víctimas de crímenes de Estado en Medellín. Terceras Jornadas Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea. Medellín.
- Uribe, S. (2012). *Antígona González*. Oaxaca de Juárez: Sur+.
- Yepes, R. D. (2018). Post-representación: estéticas de la violencia en el arte colombiano contemporáneo . *Estesis*, 45 - 71.
- Medina, A. G. (2016). Víctimas del arte: reflexiones en torno a la representación de la guerra en Colombia. *Estesis*, 30 - 43.
- Larrosa, J. (1995). *Escuela, poder y subjetivación*. Madrid: La Piqueta.
- Jimeno, M. (2007). Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. *Antípoda*, 169 - 190.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI de España Editores.

- Benner, W. (2017). El documental sin fin: filmar al desaparecido. Archivos de la Filmoteca; Número 73, 123 - 138.
- Nancy, J. L. (2004). La representación prohibida. Fractal, 39 - 74.
- Ortega, F. (2008). Sin orden ni final. Escritura y desastre. Representación de la violencia en Colombia. Revista Iberoamericana, Vol. LXXIV, Núm. 223, 361 - 378.
- Gatti, G. (2006). Las narrativas del detenido-desaparecido o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales. CONfines, 27-38.
- 2020, R. C. (12 de agosto de 2020). JEP ordena búsqueda de desaparecidos forzados en La Escombrera. Obtenido de El Espectador:  
<https://www.elespectador.com/colombia2020/justicia/jep/jep-ordena-intervenir-dos-nuevos-poligonos-en-la-escombrera-para-buscar-desaparecidos/>
- Hidalgo, W. A. (18 de julio de 2015). Escarbando la verdad en 'La Escombrera'. Obtenido de El Espectador: <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/escarbando-la-verdad-en-la-escombrera/>
- Durán, N. H. (17 de julio de 2019). “Rogaría por medidas cautelares en La Escombrera”: magistrado de Justicia y Paz. Obtenido de El Espectador:  
<https://www.elespectador.com/colombia2020/justicia/desaparecidos/rogaria-por-medidas-cautelares-en-la-escombrera-magistrado-de-justicia-y-paz-articulo-871396/>
- Avendaño, M. L. (16 de julio de 2015). La verdad empieza a desenterrarse en La Escombrera. Obtenido de El Espectador:  
<https://www.elespectador.com/noticias/nacional/la-verdad-empieza-a-desenterrarse-en-la-escombrera/>
- Justicia. (12 de agosto de 2020). JEP ordena búsqueda de desaparecidos en La Escombrera de la comuna 13. Obtenido de El Tiempo: <https://www.eltiempo.com/justicia/jep->

colombia/jep-ordena-buscar-desaparecidos-en-la-escombrera-de-la-comuna-13-528558

Paz, J. E. (s.f.). La JEP ordena búsqueda de víctimas de desaparición forzada en dos zonas de la Escombrera en la Comuna 13. Obtenido de Jurisdicción Especial para la Paz: <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/La-JEP-ordena-b%3%BAbsqueda-de-v%3%ADctimas-de-desaparici%3%B3n-forzada-en-dos-zonas-de-La-Escombrera-en-la-Comuna-13.aspx>

Saavedra, S. (Agosto de 2020). Podrían ser más de 1000 víctimas en la Comuna 13. Obtenido de Pares: <https://pares.com.co/2020/08/12/podrian-ser-mas-de-1-000-victimas-en-la-comuna-13/>

Abierta, R. V. (19 de julio de 2019). No hay cifras claras sobre desaparecidos en la Comuna 13 de Medellín. Obtenido de Verdad Abierta: <https://verdadabierta.com/no-cifras-claras-desaparecidos-la-comuna-13-medellin/>

Hernández, Y. C. (17 de octubre de 2018). Víctimas entregaron informe sobre la Operación Orión al sistema integral de verdad, justicia y reparación. Obtenido de Hacemos Memoria: <http://hacemosmemoria.org/2018/10/17/informe-victimas-comuna13-verdad-justicia/>

## **Anexo**

### **Guion de la miniserie sonora**

#### **Episodio 1 - Introducción**

**Luz Elena Galeano:** "Me tocó mis hijas meterlas bajo la cama y parar los colchones por las ventanas y, sin embargo; así atravesaban las balas por las ventanas, entonces ver uno gritar a los hijos de uno muertos del miedo, bien chiquiticos, sin saber que pasaba y uno tratando de protegerlos y que de pronto pasara una bala perdida y quedaran solos, algo muy temeroso".

A las 3 de la mañana la parte alta de la Comuna 13 quedó a oscuras. El ejército cortó la energía para poder atacar con ametralladoras, fusiles y francotiradores en helicópteros y tanquetas. Durante 12 horas las balas destellaron y se escuchó el ruido aturdidor de la guerra.

Escuchamos a Luz Elena Galeano que nos relató los momentos que vivió con su familia, en las operaciones militares del año 2002.

**Luz Elena Galeano:** "La Operación Mariscal que fue el 21 de mayo donde hubieron varios asesinatos, reclutamientos de jóvenes, violaciones sexuales, también allanamientos en algunas de las casas y algunos de los asesinatos fueron selectivos porque iban y sacaban los jóvenes de las casas".

Al amanecer, una mujer salió a la calle con un pañuelo blanco y empezó a gritar "no más guerra". Como si fuera una cadena de

luces que se van encendiendo una a una, más personas se asomaron por las ventanas para ondear telas blancas en señal de alto al fuego. La Fuerza Pública respondió con ráfagas al aire... algunos habitantes fueron heridos por las balas.

La operación Mariscal que fue desplegada por el Estado, junto con 11 operaciones militares en el 2002 contra las guerrillas en la Comuna 13, dejó 9 civiles muertos, 37 heridos y 55 personas detenidas arbitrariamente. Así como algunas personas desaparecidas.

Estuvimos en la Comuna 13 de Medellín. Desde allí, al centro-occidente de la ciudad, investigamos el impacto que tiene la desaparición forzada en Colombia. Hablamos con familiares de personas desaparecidas, organizaciones sociales, investigadores, artistas y funcionarios públicos para comprender la complejidad de estas ausencias.

La Comuna 13 está atravesada por escaleras inclinadas y callejones estrechos. Es un punto estratégico porque conecta con la carretera que lleva al mar, al puerto de Urabá. Como nos cuenta Natalia Muñoz, investigadora de la Corporación Jurídica Libertad:

**Natalia Muñoz:** "Por las características del territorio es que ocurrieron los hechos que ocurrieron (...) porque la Comuna es un lugar de paso entre el occidente del departamento de Antioquia y la capital de Antioquia. Es un corredor, para ingreso de armas, tráfico de drogas, entrada de los mismos grupos armados".

En los años 90 se establecieron las FARC y el ELN, dos grupos guerrilleros. Al igual que las milicias Comandos Armados del Pueblo. En esta dominación se repartieron el control del

territorio y desplazaron bandas criminales mediante asesinatos selectivos y amenazas.

**Natalia Muñoz:** "Posteriormente llegan paramilitares al territorio a disputárselo, más por un tema de ubicación estratégica".

Para el año 2002 los grupos paramilitares del Bloque Metro y el Bloque Cacique Nutibara, combatieron a las guerrillas. La sociedad civil quedó atrapada en una reiteración de violencias.

**Luz Elena Galeano:** "El grupo cada vez iba creciendo más; pero por la persecución del paramilitarismo en una época tuvimos que dejar de reunirnos porque decían que éramos unas sapas, que nos iban a matar. Era una forma de meterle miedo a las mujeres que estaban conformando este grupo".

Allí, en medio del abandono estatal y del conflicto urbano, convive una población que transforma en resistencias sus historias de vida.

**Margarita Restrepo:** "Yo la veo en cada parte a la que uno va, uno ve a ese ser querido, porque como yo no sé dónde está (...) ¿Por aquí habrá pasado mi hija? ¿Aquí estaría? ¿Aquí vendría? ¿Ella me verá? ¿Me escuchará? Yo pienso eso".

Acabamos de escuchar a Margarita Restrepo que, junto con Luz Elena Galeano, buscan a sus familiares desaparecidos en la Comuna 13. Margarita a su hija Karol y Luz a su esposo Luis Javier. Ellas hacen parte de Mujeres Caminando por la Verdad, un colectivo de víctimas del conflicto armado en Colombia que buscan verdad y justicia para sus seres queridos.

**Luz Elena Galeano:** "Es más llevadero, es más fácil porque te sientes acompañado. Sabes que los que están también buscando a su familiar, están hablando de ello y también es sanador".

Luz y Margarita nos acompañarán en esta temporada en la que exploraremos la desaparición forzada. No solo como un titular o una estadística del conflicto, sino como un largo proceso cargado de incertidumbre, búsqueda, resistencia colectiva y mucha esperanza.

Haremos un recorrido por el grito como un lugar de reverberación que lastima y por las otras memorias que mantienen en el presente a los desaparecidos. También por el lenguaje que parece incapaz de nombrar y la imaginación que cuestiona nuestra sensibilidad y propone una ética distinta en medio de la violencia.

Por ahora empecemos por el comienzo: La Escombrera. Lo que sucedió antes de las búsquedas.

¿Alguna vez pensaron cómo se ve un abismo?

Yo pienso en un acantilado, quizá en hueco enorme que no tiene fin, en la tierra abierta como un cráter. Pero los abismos no solo son vacíos, también son excesos, son una acumulación de cosas.

**Margarita Restrepo:** "Yo cuando estaba viviendo en la Comuna 13 de mi casa se ve La Escombrera... La Escombrera significa para mí la montaña del olvido".



La Escombrera, que está compuesta de dos vertederos, es un gran abismo. Por un lado, es considerada la fosa urbana más grande de América Latina, por el otro, como si no importara, es un lugar donde botan los residuos de Medellín que caen sin detenerse.

**Natalia Muñoz:** "En la ciudad es como tener una huella material del paso del conflicto armado, también la huella de lo que ha sido la violencia estatal y las violaciones de derechos humanos en el marco de operaciones militares en centros urbanos".

Varios testimonios aseguran que en La Escombrera ejecutaron y enterraron personas de manera clandestina.

**Margarita Restrepo:** "Cuando estaba la guerra en la Comuna 13 uno escuchaba que ahí enterraban gente, que llevaban gente, que les hacían abrir huecos, que los mataban".

La Escombrera está ubicada en la ladera de la Comuna 13. Allá en lo alto.

**Margarita Restrepo:** "Mi niña está desaparecida con dos compañeritos de amigas mías, ¿cierto?, entonces como en mi casa queda tan cerca. A mí me daba muy duro que yo estando ahí y mi hija ahí enterrada, yo no me hubiera dado de cuenta... uno piensa muchas cosas, ¡ay! ¿Cómo es que la mataron?, ella enterrada y yo aquí".

¿Alguien sabe qué es lo último que recordamos antes de morir? Supongo que no.

Alas de mariposa, azules, como el cielo. Abrieron la tierra. Alas para iniciar un juego de levedad, y en medio de la herida, aunque sea una pluma que flote lejos. Una brisa que la impulse. Y en medio de la ilusión por despertar de lo real... enterraron sus vidas.

**Luz Elena Galeano:** "A ellos los ataban y los llevaban a este lugar y le hacían cavar su propia tumba y con un tiro de gracia los arrojaban en el hueco y luego los sepultaban".

Empezaron a derrumbarse los escombros sobre ese vaho, esa bruma que nos sale de la boca cuando hace frío. Sobre el aliento, ahora, agotado. Hasta que se disipó y reinó la injusticia. La brutalidad que los desapareció.

**Luz Elena Galeano:** "Otra forma de desaparecerlos fue que muchos fueron descuartizados y los echaban en bolsas de basura... es muy triste decirlo, pero esta montaña de escombros son más o menos 25 - 27 pisos de escombros".

Los desechos de la ciudad empezaron a caerles encima. Encima de sus fuerzas, de sus alas que intentaron escapar y quedaron atrapadas por la acumulación de la crueldad que, capa tras capa, encubrió sus cuerpos emplumados.

En el siguiente capítulo Margarita Restrepo nos hablará sobre el grito en la desaparición. Como ese lugar de reverberación que encierra... en el que los intentos de llamado de los familiares regresan y parecen lastimar.

## Episodio 2 - El grito

Imagina que tus gritos acumulados chocan y el ruido aumenta conforme los ecos golpean intermitentes algo que parece un vacío. Una repetición que aturde y no termina. Un nudo en la garganta cuando, después de un par de días, no regresó tu voz. Ni tampoco la suya.

**Margarita Restrepo:** "La mente de uno se convierte en un brazo de varios pulpos, uno piensa muchas cosas".

La espera extiende su tiempo impaciente. Nadie lo sabe. Preguntas. No quieres rastros, ni restos. La quieres igual que el último día. Quieres preguntarle la razón de su demora.

Un enamoramiento, un viaje repentino o un agotamiento de la rutina. No. Quizá refundió sus cosas o perdió el metro.

**Margarita Restrepo:** "No volví a mentar nada, ni a salir a ningún lado, sino a quedarme pues ahí en la casa... a esperar a que en cualquier momento sonara la puerta y fuera mi hija. Con esa esperanza me quedé siempre ahí".

Escuchamos a Margarita Restrepo que busca a su hija desaparecida.

No hay rastros, ni restos. Pero la quieres a ella. Dices el nombre que le otorgaste para los regaños, las pataletas y las noches en vela. Hasta que la cera, derramada, apaga los despojos de la llama y te quedas a oscuras. Sin sentidos. Sin palabras. Sin tu hija.

Necesitas una respuesta, una señal, algo. Gritas. Algo que te permita comprender cada uno de los faltantes. Un hallazgo dentro del dolor. Un gesto compasivo del horror que arrebatata y no devuelve.

**Margarita Restrepo:** "Y uno a través del dolor, del miedo, de esa incertidumbre... solo, aislado, que todo el mundo lo mira con indiferencia, que todo el mundo le cierra las puertas a uno... De esa impotencia que siente de no saber nada de su ser querido y estar con esa persona desaparecida".

Pero aún continúas en el vacío que te consume cada significado mientras el mundo calla y te aísla en un sinsentido. En un mundo paralelo que acogió tu cuerpo agotado de cerrar cada herida provocada por la reverberación. De tus preguntas que nadie responde, de los rastros que no aparecen y los restos, ni pensar en los restos.

**Margarita Restrepo:** "Siempre, cada que eran los gritos de desespero, de incertidumbre, de dolor y tristeza, yo sentía que era solo mi dolor, que nadie me escuchaba... Hay momentos en los que uno sí se descompone muy maluco, porque uno es humano. y uno tiene su dolor, cierto, que no lo puede evitar".

Gritas, aunque no quieres. El llanto, consumido, no parece suficiente y las lágrimas no culminan. Sangras más de lo que puedes sanar. Esperas a que los gritos, tus gritos, no te lastimen. Algunos chillan de terror, otros hablan incomprensibles. Suturan tus oídos y te repiten en soliloquio que ya no está. Susurran y burlan tu silencio.

**Margarita Restrepo:** "Debido a esos gritos que yo pegué en la desaparición de la hija mía, tuve una crisis muy mala donde no era yo... Me tuvieron que llevar al hospital, donde necesitaba psicólogo y todas esas cosas".

Te preguntas por qué los alaridos gritan sin que tú los llames, por qué intentas escapar directo a la sordera. Hasta que te das cuenta de que no ha regresado y vuelves a gritar, alimentas el ruido y te pierdes por entre los huecos. Por los espacios en blanco en los que transitan los recuerdos que todavía no habías invadido con desespero, miedo y frustración.

**Margarita Restrepo:** "Porque hay un momento donde yo veía la foto de Karol y yo sentía que algo me reclamaba, que algo... o sea como si ella me estuviera suplicando de algo. Entonces cuando yo me cogía el pelo y me daba con las paredes y empezaba a gritar... yo sentía que era el dolor, que nadie se iba a apiadar del objeto mío".

Y piensas en el reencuentro con una voz, su voz. Aunque sea una parte, un suspiro, una letra desfigurada que calle, por un momento, tus gritos y su oscuridad y su encarcelamiento que traga todo a su paso, incluso tu habla.

**Margarita Restrepo:** "Uno solo no es capaz de adaptarse a esa realidad por el miedo, porque el miedo es lo que más se apodera de uno aparte de la tristeza, la incertidumbre y la impotencia. Entonces eso le abarca a uno un dolor muy duro, un dolor muy fuerte. Uno a veces ve que el mundo se le cierra y que el dolor solo es de uno".

Y pareces un grito múltiple y desgarrado que nadie oye y que no puedes hacer oír más allá de su sordera. Resuenas entre los sonidos difusos del mundo y chocas con los restos de la ausencia.

**Margarita Restrepo:** "Gritar el dolor por la desaparición de la hija mía. Eso ha ocasionado cosas muy duras, muy duras, muy duras. A mí me mataron a mi hijo y tengo a mi hija desaparecida, son dos dolores muy duros, pero Karol tapó ese dolor de Stiven y me marcó a mí para toda la vida".

Hasta que el vacío suspende tus palabras y desemboca sus sentidos en fragmentos sin pertenencias. Dispersas escapan y no puedes hablar. Gritas de nuevo en forma de chillido, de llanto, de canto y de llamado. Hasta que tus gritos acumulados regresan y te chocan y el ruido aumenta. Hasta que tus ecos te golpean y no regresa tu voz. Ni tampoco tu hija.

**Margarita Restrepo:** "Stiven yo sé donde voy, donde está, lo velé, lo enterré, sé que ya le saqué los restos, que está en la 1032, que si quiero ir y le llevo una flor... ¡Ay! pero yo sé donde lo tengo, pero Karol no. Karol no sé dónde está. Si está viva, si está muerta, si la violaron, si la torturaron, si la mataron, si está en una escombrera, si está en un cementerio, si está en un pueblo, si está en Colombia, si está fuera de Colombia".

Ahora sabemos que los gritos en la desaparición forzada suenan distinto. Rasgan la voz y destruyen por dentro.

La hija de Margarita, Karol Restrepo, desapareció hace 18 años después de la operación militar Orión en la Comuna 13.

**Gloria Gómez:** "Y desde ese desconocimiento porque ningún ser humano está preparado para vivir la desaparición forzada". (lado izquierdo)

**Alexander Castro:** "La desaparición forzada es el crimen más atroz, el crimen más malvado que puede cometer un ser humano contra otro. (lado derecho)

### **OPERACIÓN ORIÓN**

Dicen que los sueños surgieron una madrugada, en el tránsito entre el día y la noche, donde somos imaginación. Allí cualquier cosa puede suceder... y más si quien sueña está en Colombia. Ese 16 de octubre del 2002 todos dormían en sus casas, hasta que las luces cayeron del cielo y explotaron.

Así nos lo cuenta Luz Elena Galeano:

**Luz Elena Galeano:** "Todos éramos libres en la calle y los niños jugaba era en la calle... los niños eran de jugar bolitas, de jugar con tapas, balón. Había muchos juegos de calle".

Las balas disparadas hacia los latidos aumentaron en ráfaga. Intentaron esconderse, abrazados. Mientras las astas de los helicópteros artillados agotaban el aire para disminuir sus alientos, los tanques blindados apuntaban los sueños interrumpidos. Alrededor de 1.500 uniformados atacaron.

**Luz Elena Galeano:** "Cuando muchos murieron, cuando llegó el helicóptero y los barrió con las balas; quedaron muertos... Muy dolorosos y muy tristes porque uno no podía salir de las casas por temor a que una bala perdida lo alcanzara".

Directo al corazón, fallecieron. Fueron asesinados. Muchos otros fueron heridos, capturados y desaparecidos. En manos del Ejército, la Fuerza Aérea, el DAS, la Policía y la Fiscalía, con el apoyo de grupos paramilitares.

**Luz Elena Galeano:** "Muchas de las personas que murieron, pues eran inocentes de cualquier cosa porque eran personas que llegaban de su trabajo, jóvenes que estaban estudiando, niños que estaban en la calle jugando y hay mujeres que salían a buscar sus hijos".

A esa operación la llamaron Orión. Fue dirigida por el expresidente Álvaro Uribe y su ministra de defensa Martha Lucía Ramírez en el año 2002. Junto con otras 10 intervenciones militares en la Comuna 13, como la operación Mariscal, tenían la intención de erradicar la insurgencia y, supuestamente, retomar el control del territorio.

**Luz Elena Galeano:** "Esa operación militar dejó mucho derramamiento de sangre de nuestra comuna, porque la Comuna fue víctima indirecta y quedamos muchas víctimas directas".

Para Natalia Muñoz, investigadora de la Corporación Jurídica Libertad:



**Natalia Muñoz:** "Con estas operaciones se genera una gran cantidad de violación a los Derechos Humanos".

A pesar de que las cifras no son claras, se estima que en los tres días que duró la operación hubo más de 150 allanamientos y 370 capturas arbitrarias.. Al menos 92 desaparecidos, 71 personas asesinadas por los paramilitares y 17 por las fuerzas estatales.

**Natalia Muñoz:** "Hay muchos estudios que dicen que efectivamente la presencia paramilitar combinado con las operaciones militares tenían la intención de que ahí se instalara un régimen de control social".

Semanas después de la operación Orión, los paramilitares iniciaron un ataque contra supuestos colaboradores de las guerrillas. Detenían a las personas en las calles, en el transporte público, incluso en sus mismas casas. Algunas personas nunca regresaron.

**Natalia Muñoz:** "El incremento de las desapariciones forzadas en los años posteriores a las operaciones militares, porque una vez ellos estaban estableciendo su control y su poder en el territorio pues estaban desapareciendo gente como parte de su modus operandi".

¿Qué se hizo con el miedo? Combatirlo con horror.

**Alexander Castro:** "Muchas veces no es suficiente, muchas veces queda faltando, sea por temor o lo que sea... Porque muchas veces los victimarios lo amedrentan. Pero esto está cambiando, es que nos han quitado tanto que nos quitaron el miedo".

En el siguiente capítulo, Margarita Restrepo nos contará sobre el valor de la memoria para mantener presentes a los que han sido desaparecidos de manera forzosa.

### Episodio 3 - Las otras memorias

¿Qué es la memoria? ¿Alguna vez olvidaron algo? ¿Alguna tarea?  
¿Algún cumpleaños? ¿Alguna aventura o algún amor?

**Margarita Restrepo:** "Antes de yo estar fuera de estos procesos yo pensaba que la memoria era no olvidarse ir a la tienda, no olvidar que hay que aprenderse una lección para presentar en el colegio".

La memoria está hecha de vidas. Y las vidas son una tensión constante de cambios inesperados. Como cuando descubrieron que la infancia no regresaría jamás o que, al nacer en un país en guerra, la vida de cualquiera puede desaparecer. (SILENCIO) La memoria cambió para Margarita cuando le arrebataron a su hija Karol.

**Margarita Restrepo:** "Porque cuando usted se le muere su mamá queda huérfano, si se le muere su esposa queda viudo, si se le muere su hermano pues quedó deshermanado. ¿Y la desaparición qué? ¿A mí quién me desapareció? ¿Cómo quedé yo? Es un camino largo, es un camino oscuro, es un cáncer vivo que no tiene nombre, una enfermedad que no tiene vacuna".

En el anterior capítulo escuchamos el grito de la desaparición forzada. Ahora Margarita Restrepo reflexionará sobre la memoria que mantiene presente a su hija.

Todo parecía igual, sin cambios ni un final que borrara esa sensación de contener nervios, miedo, y un sinfín de sollozos..

desconcierto, rabia, pánico y un sinfín de dudas sin responder. Hasta que los días regresaron sin ella. Continuó lo cotidiano y no se fue la angustia. Ahí, en medio de la interrupción de la desaparición, la vida quedó atorada.

**Margarita Restrepo:** "Yo no me enfoco en ver las fotos de ella porque yo siento que ella me reclama algo, yo siento que ella... Yo veo la foto y entonces yo pienso: ay Carol, ¿Estás desaparecida? ¿Pero por qué? Es una cosa muy horrible entonces antes no podía ver la foto, ya al menos la veo. Yo creo que ya he aprendido como a enfrentarlo".

Una foto, su foto, parece suficiente para hacer temblar el tiempo y enfrentarlo. Para interrogar los daños del pasado y alterar el curso de la historia. Porque quien está en esa foto aún no regresa. Y, a pesar de que no esté, perdura como una huella, como una señal vital que convive con el dolor y le otorga otra cara a la historia del conflicto armado.

**Margarita Restrepo:** "Donde quiera que vaya esa memoria siempre está aferrada a la sombra de la desaparición. Uno siente que hasta en el aire que respira está la voz, hasta en el aire que respira está la imagen de ese ser que no está y el eco de su voz siempre queda en la memoria de uno".

Una lágrima. La memoria está hecha con un poco de nuestros miedos y tristezas. De las rupturas que por poco nos destruyen y los remiendos que nos hicimos para sanar. De los lugares, los encuentros y sus silencios. Ahí donde se propicia la búsqueda de nuevos sentidos a causa de la desaparición. En fin... La memoria está hecha con una lágrima.

**Margarita Restrepo:** "A mí me ha tocado ir en el metro y entonces como que mi mente se transporta a otros lados, como que mi mente a soñar despierta... que si Karol estuviera bien, que como sería mi vida y cuando menos pienso la lágrima se me va viniendo".

Hablamos de un amor maternal, que en el encuentro con su hija ausente toma ese silencio, esa biografía interrumpida y la hace hablar en conjunto con su memoria. La trae al presente cuando la piensa y le da un nuevo lugar en el tiempo para que permanezca. Así duela.

**Margarita Restrepo:** "Un dolor que desgarrar, un dolor que desgarrar. Cuando a mí me mataron mi niño en el 99, hubo un momento en el que yo pensé, un momento en el que me pasó por la mente quiero volver a meterme mis hijos de donde los saqué, y yo... pero si ya no caben. Es una pregunta que en mi desespero yo me hice".

La desaparición lastimó la memoria. Entre sus capas heridas, que son los años vividos con Karol, pide que escuchemos cómo tiemblan las entrañas de sus recuerdos... para hacer resonar ese dolor que muchas veces no se puede decir.

**Margarita Restrepo:** "Porque es que la madre lo siente uno que se le mueve la matriz. Es que su hijo estuvo ahí, fue arrebatado, fue arrebatado".

De esas heridas en su memoria surgió una cicatriz como bordadura del dolor, que protegió los recuerdos de su hija.

Como una madre que, a pesar de que permanezca sangrante y no pueda sanar, le otorga un nuevo nacimiento a otras memorias.

**Margarita Restrepo:** "Esa cicatriz física si trato de borrarla, la cicatriz del alma no se va a borrar, porque esa cicatriz queda en mi corazón, en mi mente... esa cicatriz siempre va a estar haciendo memoria, por lo que sea, por donde sea, siempre va a estar haciendo memoria".

Propicia remembranzas porque a quienes ocultó la violencia como olvidos, no solo son una falta... Son vacíos llenos de algo, de alguien, de muchos desaparecidos. En ocasiones Margarita completa sus recuerdos con los afectos y gestos de otros, con los lugares y sus objetos.

**Margarita Restrepo:** "Le hago memoria en todo momento cuando uno va a desayunar, ese puesto ya no está, la blusa de ella, la pijama de ella... Porque siempre si es al desayunar, a almorzar, a comer, si es en lo bueno que hago, todo, todo, siempre está Karol presente. ¿Qué estoy haciendo? Estoy uniendo esa memoria con mi dolor en la búsqueda de esa luz".

Para Jesús Domínguez, director de la obra de teatro sobre desaparición forzada *Río arriba, río abajo*:

**Jesús Domínguez:** "Va enlazado con la memoria personal de las víctimas (...) porque desde una canción hasta una palabra, hasta una mirada, hasta un vestuario que vean en la calle, hasta un rostro parecido al de la víctima. Desde

mirar a su hijo y que el hijo se parezca al padre, desde sacar una fotografía de un álbum familiar y que aparezca el desaparecido o la desaparecida”.

Hacer memoria revela los sentidos de esta dura verdad y propone otros acercamientos con el pasado. Desde ese pasado lleno de juegos y celebraciones que aparecen por la vida... y que habla de quienes nos hacen falta.

**Margarita Restrepo:** “Cuando se está trapiando yo siempre me acuerdo y Karol era una que sacaba todos pa’ fuera... pa’ trapiar y ahí estoy en una memoria. Y las muchachas, Karol como era de cansona, bueno se van pa fuera que voy a trapiar... Mi hermanita como le gustaba esa novela, ¿mami te acordás?”.

Porque el pasado cobra sentido cuando lo rememoramos. Hablamos de una memoria que narra. Una que le pregunta a la historia, nuestra historia, ¿cómo fue posible que Carol y muchos otros desaparecieran?

**Margarita Restrepo:** “Mi niña... Los momentos lindos cuando llegaba el día de la madre, cuando me traía la torta, cuando jugábamos, cuando brincaba... o sea, hasta el sentir de un alimento se le hace la memoria a uno”.

Así lo considera Sara Uribe, escritora del poemario Antígona González que explora la desaparición forzada en México:

**Sara Uribe:** “Esta suerte como de revisitaciones de los espacios, en este caso a través del cuerpo y yo creo que también a través del lenguaje, construyen una suerte de

presencia del cuerpo ausente, que a mí me parece que es necesarísima para que las personas que están sufriendo esa ausencia, puedan tener esas fuerzas para continuar para su lucha de búsqueda”.

Los familiares evocan para que reconozcamos la desaparición. Esperan que sus desaparecidos tengan un lugar dentro de la historia que escribimos. Por eso intentan abrirle una grieta con su memoria a esa historia, para gritar por ahí.

**Margarita Restrepo:** “Y hay una que es la más fuerte y la más guapa, que es la que levanta su mano para que la vean, la oigan, la escuchen... Es como sembrando esas raíces que fortalezcan como esa memoria siempre... Lo estoy enfrentando con dignidad, con valor”.

Así también lo vivió Gloria Gómez, coordinadora de la Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (Asfaddes) y hermana de Luis Miguel, desaparecido en 1988:

**Gloria Gómez Cortés:** “Esto que era lo único que sabíamos hacer, salir y gritar desde el dolor ahogado en la garganta pero también desde buscar nuestra dignidad y la de ellos”.

Si alguna vez olvidaron alguna tarea, algún cumpleaños, algún amor... nunca más olviden a los desaparecidos.

Tengan presente que hablamos de olvidos impuestos por los actores que intentan eliminar las pruebas de su crueldad. Lo que implica que hay una tensión de memorias, porque el olvido armado también hace historia a punta de sustituir el dolor.



**Sara Uribe:** "De que quien busca de alguna manera tiene esa suerte de obsesión o compulsión por el nombrar, porque está plenamente consciente de lo poderoso que es el olvido y de la necesidad de estar evocando esa presencia para tener esa fuerza de seguir buscando".

**Margarita Restrepo:** "La memoria también, en parte, alivia porque en muchas ocasiones uno está así, como que no puede llorar, como que uno se descarga y le da fuerza para seguir... O sea es que la memoria no se puede olvidar".

La hija de Margarita, Karol Vanessa Restrepo, desapareció con dos amigos en la Comuna 13 de Medellín el 25 de octubre de 2002. Una semana después de la operación Orión que, junto con otras 10 intervenciones militares, afectó a los habitantes de la zona.

**Margarita Restrepo:** "Si yo tuviera la mentalidad que tengo hoy, el conocimiento que tengo hoy de este país, yo nunca (hubiera tenido hijos, nunca hubiera tenido hijos, ¿para qué? ¿para ver mi hijo que me lo maten? ¿o para ver lo que pasó con mi hija desaparecida? Es muy duro cuando a un hijo de uno le hacen daño".

Pero la operación Orión no fue la última intervención militar. En el año 2003 se realizaron varias operaciones para acabar con los refugios de las guerrillas que aún permanecían en el territorio. Continuaron las amenazas, desapariciones forzadas y homicidios en los que estuvieron involucrados miembros de la Fuerza Pública.

Para Luis Álvarez, rapero agricultor conocido como El Aka y líder del colectivo Agroarte de la Comuna 13:

**Luis Álvarez:** "Como organizaciones sociales decimos que la Orión no ha terminado y básicamente porque quedaron instaladas varias organizaciones armadas ilegales, que hoy dejan en la ciudad un saldo en uno de los barrios con más homicidios. Entonces allí quedaron las fronteras, queda el desplazamiento y el confinamiento".

En palabras de la socióloga Natalia Muñoz:

**Natalia Muñoz:** "A veces cuando hay enfrentamientos en distintas zonas de la ciudad, la administración local y las fuerzas militares amenazan con hacer operaciones militares, y hay un temor muy fuerte porque las operaciones militares en la Comuna 13 partieron la historia de la ciudad en dos".

Entre los años 2003 y 2006, la tasa de homicidios se redujo en un 81 %. La desaparición forzada fue la manera de matar sin dejar rastros.

Como nos cuenta Luz Caribe, abogada de la Corporación Jurídica Libertad:

**Luz Caribe:** "La desaparición forzada ha sido utilizada como un mecanismo para reducir los índices de homicidio. Muchas de las desapariciones forzadas han sido cometidas con complicidad de agentes del Estado. Se vuelve una práctica sistemática, como la forma de dar una lucha o una estrategia contra insurgente sin mostrar homicidios"

Mientras los homicidios "bajaban", el número de familiares que buscaban a sus desaparecidos en la Comuna 13 iban en aumento. Como nos lo contó Jorge Mejía, actual director de Planeación de la Alcaldía de Medellín:

**Jorge Mejía:** "Se dio esa modalidad de la desaparición de muchas personas, no sabemos exactamente cuántas, algunas hablan de 250, 300 personas, no se sabe con exactitud el número de las mismas, pero generó toda una tragedia, generó una yaga social que todavía no ha sido sanada".

Gustavo Salazar, Magistrado de la JEP, aseguró que no son 114, ni 300, sino que probablemente sean 450 las personas desaparecidas de la Comuna 13, entre 1987 y 2016. De las que, según el MOVICE, 250 siguen en calidad de desaparición.

Pero, entonces, ¿dónde están los desaparecidos?

## **LA ESCOMBRERA ANTES DE LAS BÚSQUEDAS**

"Andas buscándome  
en la oscuridad y a tientas porque de algún modo  
intuyes que voy tras de ti. Por eso te pienso todos los  
días, porque a veces creo que si te olvido, un solo día  
basta para que te desvanezcas".

Fragmento de *Antígona González* de la poeta mexicana Sara Uribe.

Regresamos de nuevo a La Escombrera, el sitio donde se presume que yacen los desaparecidos de la Comuna 13. Lo que sucedió antes de las búsquedas.

**Margarita Restrepo:** "Me llamó una amiga y me dijo: Margara bajá, yo la invito a comer un alguito. Y yo, ay, ¿usted por qué con tanto misterio?... hágale mami que yo le quiero invitar un alguito... al rato me dice... ¿Cierto que usted está aliviadita? Es que le voy a decir algo... Cuando me mostró El Colombiano... Uno en el momento del desespero, uno como que no lee bien... Decía que en La Escombrera, probablemente, se encuentren los cuerpos de los desaparecidos de la Comuna 13... a mí eso me marcó. Yo me puse a llorar, yo me enloquecí muy horrible y yo no creía".

En el año 2006, el colectivo de Mujeres Caminando por la Verdad, del que hace parte Margarita Restrepo y Luz Elena, hizo su primera movilización masiva en La Escombrera. También en el 2006:

**Margarita Restrepo:** "Cuando se reinsertaron los primeros paramilitares, yo sentía que esa era mi esperanza y yo: ¡Ay, voy a ver a karol! ¡Si yo la veo yo me tiro! ¡Yo se las quito!... yo pensaba miles de cosas, pero cuando vi que no... eso fue algo muy duro para mí".

En el 2008, seis años después de las operaciones militares, los paramilitares confesaron en versiones libres que La Escombrera fue un sitio de asesinato, tortura y ocultamiento de cuerpos. Ese mismo año, se registraron 70 denuncias de personas desaparecidas en la Comuna 13, según la Agencia de Prensa del IPC.

**Luz Elena Galeano:** "El 9 de diciembre del 2008, fue que desaparecieron a mi esposo, a él lo bajaron del colectivo. Es algo silencioso porque nadie dice nada por temor y lo

chistoso es que como dicen en los medios que entre el año 2005, 2006, los paramilitares se desmovilizaron. Pues en la comuna 13 ellos no se desmovilizaron”.

A finales de ese año, la Fiscalía y la Alcaldía de Medellín firmaron un convenio para buscar fosas comunes en la ciudad.

**Luz Elena Galeano:** “En el 2011 la Fiscalía encontró cuerpos que estaban no muy en el fondo, que estaban más bien superficial y los lograron encontrar y eso fue todo lo que hicieron porque no hubo voluntad política para hacer unas excavaciones ahí, antes de que creciera más esa montaña de escombros”.

Pero no fue hasta el 2013 cuando el Tribunal Superior de Medellín ordenó que se exhumaran, es decir, que desenterraran los cuerpos de La Escombrera. Con el argumento de que los derechos de las víctimas prevalecían sobre el interés privado de las empresas.

**Dice el tribunal:**

“De acuerdo con la evidencia, el Bloque Cacique Nutibara (un grupo paramilitar) tuvo por lo menos 3 bases estratégicas en la comuna 13 (...) en las cuales, conforme a la evidencia de que dispone la Sala, se encuentran los cuerpos de unos 300 jóvenes desaparecidos”.

En el 2014, el colectivo realizó una vigilia en memoria de sus familiares desaparecidos y, con el paso del tiempo, La

Escombrera se convirtió en el símbolo de quienes resisten a la desaparición forzada en Medellín.

**Natalia Muñoz:** "Es un lugar muy simbólico en la ciudad. Es evidente que eso ha marcado el espacio urbano. Ahí hay un signo de lo que ha sido la violencia en Medellín y lo que ha sido el conflicto armado".

La Escombrera parecía el lugar palpable para hallar respuestas en medio de un territorio que se extiende, casi infinito, sobre los cuerpos que pueden estar en cualquier parte.

Como nos lo explicó Victoria Faciolince, profesora de psicología en la Universidad de Antioquia:

**Victoria Faciolince:** "La falta de un cuerpo que le permita al doliente constatar físicamente la pérdida, hace de este proceso de duelo un evento mucho más complejo frente a otras pérdidas, donde hay una constancia, donde hay una prueba material... Pero también es un anhelo de tener una respuesta definitiva frente a lo que ha ocurrido, poder reencontrarse o... poder despedir".

**Margarita Restrepo:** "Tenemos que saber a dónde llevar una flor, donde darle sepultura, donde ir a cantarle a nuestros hijos y yo creo que es parte del descanso, porque después de que uno encuentra ese ser querido empieza: ¿por qué lo hicieron?, sigue una tortura".

En el siguiente capítulo, abordaremos el impacto de la desaparición forzada en Colombia y lo que sucedió al buscar los desaparecidos en La Escombrera de la Comuna 13.

#### **Episodio 4 - Las búsquedas en La Escombrera**

**Luz Elena Galeano:** "A él lo desaparecen porque lo bajaron del colectivo de belencito, estaba a 10 minutos de llegar a la casa, eran como las 6:45 de la tarde. Me llamó y me dijo que si yo ya había llegado a la casa o si no que para esperarme ahí en el terminal. Yo le dije que estaba en la casa, entonces me dijo: ah yo ya voy en el colectivo, organiceme la comida... llevo mucha hambre. Me pego un bañito y como con las niñas. Yo me puse a preparar la comida y no, es el momento que no ha llegado".

Luz Elena Galeano busca a su esposo Luis Javier. Él desapareció en la Comuna 13... hace 12 años.

**Luz Elena Galeano:** "Es muy difícil cuando uno queda con los hijos tan pequeños, darles una respuesta y que ellos a todo el día estén diciendo: ¿mi papito dónde está?, ¿mi papito dónde está? y yo me desesperé tanto que saqué la foto y empecé. Me iba, después de que las niñas estaban dormidas como a las 12:30 de la noche, a buscarlo por la orilla del río, porque me habían dicho que por ahí lo habían visto".

En este capítulo abordaremos el impacto de la desaparición forzada en Colombia, lo que sucedió en las búsquedas realizadas en la Escombrera de la Comuna 13 y la fuerza de recordar en colectivo.

Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, hasta septiembre del 2018, había registradas 80.472 personas dadas por desaparecidas de manera forzosa en Colombia. En las cifras



existe un alto grado de incertidumbre. Este crimen muchas veces elimina las pruebas y permea con tanto miedo a los familiares... que algunos prefieren nunca denunciar la desaparición.

**Gloria Gómez:** "Es el crimen perfecto porque no deja huella, porque paraliza, destruye, no solamente el núcleo familiar sino social del potencial desaparecido".

Escuchamos a Gloria Gómez, hermana de Luis Miguel, desaparecido en 1988.

Entonces hablamos de un subregistro, es decir, los casos contabilizados a nivel estatal no coinciden con la realidad. Además, se estima que hasta 2019 había más 173.000 familiares considerados víctimas directas e indirectas de desaparición forzada. Los familiares que, probablemente buscan a sus desaparecidos, superan a la población de Facatativá en Colombia o a la de Salamanca en España.

**Gloria Gómez:** "Tenemos que arrancar de reconocer que este es un crimen de estado, la desaparición surge de una acción criminal de los estados (...) y por eso la desaparición forzada no es visible y mucho menos cuando se implementa en los estados latinoamericanos".

No hay una certeza. Pero, de cualquier modo, Colombia supera la cifra estimada de los desaparecidos durante las dictaduras del Cono Sur.

**Gloria Gómez:** "Resulta que las cifras han sido utilizadas para quedarse en eso, en cifras en números en

estadísticas, pero no en seres humanos, no en el drama. Porque cada persona desaparecida, cada cuerpo en condición de no identificado, cada cuerpo que está allá en los cementerios esperando ser rescatado de devolverle su identidad, su entorno, su historia de vida”.

La desaparición forzada en Colombia tiene un 99.51 % de impunidad.

Solo 377 casos están en etapa de ejecución de penas.

Para Luz Caribe, abogada de la Corporación Jurídica Libertad, que ha acompañado los procesos judiciales de desaparición forzada en Medellín:

**Luz Caribe:** “Genera mucha impotencia de ver que son procesos en los que por ejemplo... en la justicia ordinaria son procesos que llevan más de 17 años y están en una etapa de investigación y dicen que no encuentran pruebas (...) también hay un interés de que estos casos queden también en impunidad, a parte de que muchas de las desapariciones forzadas han sido cometidas por agentes del Estado o con complicidad de agentes del Estado”.

El tiempo quedó destrozado en partes incontables y dejó de avanzar. Los minutos, los incansables minutos, continuaron su marcha. Con el desvelo de sentir las noches como una oscuridad eterna, como una eternidad insoportable.

**Margarita Restrepo:** “Pero a ver... ¿Dónde está la sombra de mi hija?, ¿dónde dejó las huellas?, ¿para dónde cogió?, ¿dónde dejó su olor? Solamente voy a perseguir ese olor

de esa loción, esas huellas de lo huesos que dejó, por donde dijeron. O sea, es algo muy duro”.

Escuchamos a Margarita Restrepo que busca a su hija Karol hace 18 años.

Esperó y a pesar de intentar suspender la enfermedad del tiempo, que carcomía sin dar reposo, las horas fueron un cúmulo del desespero y los días, ni hablar de los días. Pasaron con su frialdad y desinterés a pesar de que Margarita permaneciera ahí para cuando su hija regresara.

**Margarita Restrepo:** “Es que la desaparición forzada marca todo de un ser humano: tristeza, resentimiento, violencia, desesperanza, venganza, desconfianza, ira, incertidumbre. Yo tengo que seguir adelante, tengo que resistir, tengo que seguir en la búsqueda de mi hija”.

Para Victoria Faciolince, profesora de psicología de la Universidad de Antioquia:

**Victoria Faciolince:** “Es una experiencia, un profundo anhelo del reencuentro, anhelo que colma el recuerdo, la imagen, el vínculo con el ser amado, desaparecido, de un profundo dolor porque es un anhelo siempre de certezas, un reencuentro con el otro preferentemente vivo”.

Los días fueron unos cobardes, unos egoístas que no escucharon su llamado por detener el mundo. Y llegaron los años, los descomunales años, a intentar pisotear la esperanza del reencuentro con su hija.

**Margarita Restrepo:** "Entonces el mismo dolor es lo que lo obliga a uno hablar. Las circunstancias... todo eso es lo que lo obliga a uno hablar... Entonces fue donde decidí hablar y romper el hielo y ya ser como... tener mi libre expresión donde yo quiera y gritar el dolor por la desaparición de la hija mía".

**Victoria Faciolince:** "Las personas, inclusive con ese anhelo, inclusive con esa incertidumbre, van encontrando, van creando... formas posibles de simbolizar esa pérdida, de simbolizar ese duelo".

## **LA ESCOMBRERA**

### **LA BÚSQUEDA**

Y llegó el 2015 con el primer avance de búsqueda en La Escombrera, el lugar de la Comuna 13 donde se presume que hay cuerpos de personas desaparecidas.

La Escombrera... una montaña que no es montaña, sino un abismo. Porque mientras la vida cae, alguien más recuerda. Mientras una persona quede atrapada, alguien más la sentirá. Mientras la esperanza se propague, como un corazón que no deja de latir, alguien más seguirá buscando. Así todo parezca niebla. Así no haya más que miles de escombros. Las vidas, juntas, renacen.

**Luz Elena Galeano:** "Por ejemplo a mí me causaba dolor pero a la vez dignificación ir y tocar la tierra que estaba sacando la retro".

En cinco meses, desde junio hasta diciembre del 2015, la Alcaldía de Medellín de Aníbal Gaviria inició con las primeras

y, hasta ahora, las únicas excavaciones a profundidad en una de las tres zonas delimitadas por la Fiscalía.

De acuerdo con Jorge Mejía, Subsecretario de Derechos Humanos de la Alcaldía de Medellín de ese momento:

**Jorge Mejía:** “Los polígonos obedecieron a señalamientos de personas desmovilizadas, muchas de ellas en la cárcel”.

Obedecieron a declaraciones como la del exparamilitar Juan Carlos Villa, desmovilizado del Bloque Cacique Nutibara.

**Luz Elena Galeano:** “Él confesó que él había asesinado de 50 a 70 personas y las había enterrado en ese lugar y fue y señaló varios puntos, los cuales la Fiscalía denominó polígonos”.

**Juan Carlos Villa dijo:** “También sacamos gente de las casas, o los bajamos de buses, otros que había que matar los traíamos de otro lado y se los entregábamos a seis muchachos que permanecían en La Escombrera, y ellos se encargaban de hacer lo pertinente”.

Al respecto Natalia Muñoz, investigadora de la Corporación Jurídica Libertad considera que:

**Natalia Muñoz:** “Nosotros sentimos que no ha habido voluntad para buscar, porque no se ha tenido en cuenta información que nosotros consideramos relevante para esa búsqueda”.

Y como era un trabajo conjunto entre la Alcaldía y las víctimas, el Colectivo propuso un plan de búsqueda integral que las incluyera a ellas:

**Luz Elena Galeano:** "Y empezamos a elaborar el plan de búsqueda... Dentro de esos requisitos mínimos había unas exigibilidades: era que nos construyeran una casa allá en la montaña, porque nosotras queríamos hacer veeduría de ese proceso de prospección".

**Jorge Mejía:** "Ese ejercicio tuvo el acompañamiento día y noche de las víctimas, tanto que nosotros les armamos un campamento aledaño al sitio de excavación".

**Luz Elena Galeano:** "Para eso hubo que hacer varios derechos de petición para que lo aceptaran y al final, lo aceptaron y nos construyeron un container".

Cuando comenzaron a buscar... La Escombrera reunió, en simultáneo, los procesos de búsqueda individual. Cada proceso tiene un tiempo que no es cronológico, sino, más bien, discontinuo, múltiple.

**Luz Elena Galeano:** "Todas las víctimas de desaparición forzada queríamos participar a diario allá, como éramos tantas nosotras nos organizábamos para subir a diario de 12 a 14".

**Jorge Mejía:** "Personas que se llevaban la tierra excavada para sus casas considerando que era parte del ser que ellos consideraban estaba enterrado en ese lugar, como

manifestaciones en ese sentido de un gran y profundo dolor”.

La Escombrera significa la esperanza por encontrar los cuerpos, por acercarse a la verdad y saber qué sucedió.

**Luz Elena Galeano:** “Uno mientras está observando esas excavaciones, le llegan a la mente todo lo vivido y uno quisiera como quien dice un ojo biónico y decir no es que aquí está, pero no, si lo sacaron de ahí, no sabemos”.

Para los familiares fueron años de buscar en diferentes lugares, pero en La Escombrera se juntaron para encontrar a sus seres queridos con la fuerza de un colectivo.

**Luz Elena Galeano:** “Todos esos cinco meses nos la pasamos allá el día a día en esa montaña... Yo pensaba: ay dios mío estoy caminando por encima de mis muertos y que estos muertos nos hablen para ver dónde están, pero no”.

En el 2015, además de que iniciaron las primeras búsquedas, el Colectivo de Mujeres Caminando por la Verdad ganó el Premio Nacional a la Defensa de los Derechos Humanos. Fue como un respiro, un reconocimiento por no desfallecer en la búsqueda.

**Luz Elena Galeano:** “Ay, juemadre cuando me llamaron, yo pegué un grito. Pero mis compañeras estaban en la escombrera viendo la transmisión y para ellas fue muy... porque estaban muchas juntas, ¿cierto?, entonces para ellas fue como muy chévere y muy alentador... Hay muchas compañeras que son adultas muy adultas... traerles

este premio en honor de todo lo que hemos hecho porque ha sido colectivamente, fue muy bonito”.

A pesar de todo el esfuerzo, el anhelo y las expectativas... no encontraron restos en el primero de los tres polígonos.

**Jorge Mejía:** “Nosotros removimos cerca de 3000 mts cúbicos en un sitio que creíamos, según indicaciones de la Fiscalía, era susceptible de encontrar restos de personas desaparecidas. Llegamos hasta el fondo, hasta tocar el piso y desafortunadamente no encontramos nada”.

**Luz Elena Galeano:** “Realmente no hubieron hallazgos de restos óseos. Se hallaron restos de animales”.

**Margarita Restrepo:** “Nos dejó mucha tristeza porque teníamos la esperanza de encontrar nuestros seres queridos allá”.

**Luz Elena Galeano:** “Pero sí nos pareció muy paradójico encontrar al inicio de la excavación bolsas de leche del año 1985 y se vio que el terreno había sido como removido”.

**Jorge Mejía:** “No sabemos hasta dónde sectores privados comprometidos con esa arenera, con esa escombrera; se pudieron haber convertido en cómplices del fenómeno de la desaparición. En sus ejercicios cotidianos de tipo comercial pudieron haber encontrado restos de personas y no notificar a la institucionalidad”.



La Escombrera, una montaña que no es montaña, sino un abismo. Un abismo no solo porque los residuos caigan sin parar, sino porque hay algo que los mueve cuando intentan fijarse, cuando intentan sepultar. Como un terremoto que surge en las ruinas, y permite que aparezca lo que parecía enterrado para siempre.

Porque mientras derrumban la vida, alguien más busca y también recuerda.

**Gloria Gómez:** "Simplemente no estaban. Nadie hablaba, nadie daba respuestas, y ellos estaban evaporados, solo estaban en la memoria de sus familiares y en el corazón de todas nosotras".

## SEGUNDA PARTE DE MEMORIA

Entonces, Margarita, ¿qué es la memoria?

**Margarita Restrepo:** "La memoria va a reconstruir a esas personas que están sueltas. Esto va a unir como el dolor de muchas personas y saber que no se van a sentir solas, saber que no nos hemos olvidado de esa persona que ya no está".

La memoria personal necesita de la memoria de los otros. Para compartir una memoria común, donde haya una unión de experiencias diferentes que en algún punto coinciden.

**Margarita Restrepo:** "Cuando uno está solo, uno siente que no es capaz. Uno es capaz cuando otro lo va empujando,

cuando otro le va dando la mano, le va dando ayuda, le va dando fortaleza”.

Para Gloria Gómez, coordinadora de la Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos:

**Gloria Gómez:** “Nosotras hemos construido una sabiduría entorno a la lucha contra las desapariciones forzadas, de una manera simple que surge del sentimiento del amor por ellas y ellos”.

En el encuentro de los familiares que buscan a sus desaparecidos, ¿qué sucede cuando las memorias personales confluyen en colectivo, Luz Elena?

**Luz Elena Galeano:** “Es como sacar las emociones. Es sanador también porque mientras uno va tejiendo, habrá unas que no han contado la historia y, entonces, el tema de conversación se va tejiendo esas historias, entonces uno las va captando, va notando por allá. Entonces es algo muy muy bonito”.

Se vuelven una suma de esfuerzos, de voces que parecen una sonoridad, un llamado sinfín. Una humanidad en abundancia.

**Luz Elena Galeano:** “La memoria de las víctimas es una memoria viva que dignifica día a día”.

De acuerdo con Natalia Muñoz, quien acompaña a las mujeres del Colectivo desde la Corporación Jurídica Libertad:

**Natalia Muñoz:** "Hay como un impulso o como una intención de ellas de aportar a cambios más globales a nivel social (...) y precisamente, la memoria les permite eso; es como si ellas entendieran la memoria como un instrumento para alcanzar esas cosas, para reivindicar a sus seres queridos y para construir caminos de transformación".

La memoria parece un tejido hecho con costuras, nudos y huequitos que ya no se pueden coser. Recuerdos que ya no están, remiendos o recuerdos transformados por el tiempo y recuerdos o indicios... que perduran como la semilla que espera para crecer mientras prolonga la vida, en medio de la suspensión, en medio del duelo.

**Alexander Castro,** integrante del Movimiento de Víctimas de Estado, Movice, considera que: "Hacer memoria es algo necesario, es algo gratificante, es darle valor a la vida, a lo que se vivió con esos seres queridos que nos arrebataron".

**Margarita Restrepo:** "Esa memoria es la compañía de esa sombra y esa oscuridad que no sé cuándo voy a ver la luz. Entonces siempre va a ser la compañía, esa memoria me va a acompañar hasta que yo vea la luz de ese camino".

Tanto el olvido como la memoria dependerán de nuestra voluntad. La memoria, como una ética del tiempo, nos recuerda nuestra responsabilidad con los demás.

Así ya no estén... la memoria les otorgará un lugar en el presente.

**Gloria Gómez:** "Hoy si bien es cierto no se le da el lugar que le corresponde, la importancia a que miles y miles de familias vivimos el drama de la desaparición forzada, que es un drama, como decimos, suspendido en el tiempo. Porque para los familiares el pasado siempre será presente y futuro. Porque hasta que ellos aparezcan no vamos a dejar de vivir el pasado presente".

Antes exploramos el grito, la memoria y lo que simboliza La Escombrera para los familiares que buscan.

Pero ¿qué sucede cuando el lenguaje se vuelve cómplice del horror y no es suficiente para nombrar lo que implica la desaparición?

## CAPÍTULO 5 - El lenguaje

Alguna vez quisimos poder ser invisibles. Merodear las calles y escuchar los secretos de los otros. Admirar la belleza sin que nos alcanzara el riesgo. Sustraernos. ¿Y si lo hubiéramos vivido? Mmm... apuesto que nadie nos lo habría creído.

O, acaso, ¿con qué palabras podríamos hablar de nuestra invisibilidad? Si parece un cuento de niños... casi que una locura.

Nadie, tampoco, creería que a veces las palabras son insuficientes, que no alcanzan, que en ocasiones son superadas por la experiencia, por cosas que nunca podríamos imaginar. Así nos cuenta Margarita Restrepo cuando expresa la ausencia de su hija:

**Margarita Restrepo:** "No es que no las pueda contar, si no es que es tanto el dolor que no soy capaz de descifrarlas tras de mis labios".

En este capítulo abordaremos los límites y las alteraciones del lenguaje, causadas por la desaparición forzada en Colombia.

El lenguaje, como la vida, cambió de manera irreversible por la violencia. Con sus sentidos habituales quebrados, parece incapaz de significar el mundo de la desaparición. Porque... ¿cómo narrar lo que no se puede entender?

**Margarita Restrepo:** "Es que yo no sé, es algo como que yo no sé, no sé, no, no, no encuentro como las palabras... es

un no sé que solo yo lo siento, lo pienso, no lo sé expresar, pero sé que eso que veo, es conmigo y no es conmigo. Es que es muy complejo”.

O, acaso, ¿con qué palabras podríamos hablar de la desaparición forzada? Sí, para que el resto comprenda la destrucción de un horror que consume y no cesa, que abre un vacío y carcome todo por dentro.

**Margarita Restrepo:** “A esa desaparición que es una oscuridad, un camino largo y oscuro que uno no sabe cuándo va a ver la luz... Eso es un flagelo, es el flagelo más grande de la guerra”.

No, ni una respuesta, señal o palabra. Lo que comprendemos por espera o dolor, no es, ni de cerca, lo que significa cuando alguien desaparece.

Esperar... **Margarita Restrepo:** “Entonces por eso yo digo que todos los espacios que uno mira, camina, pisa, visita; está el ser de uno ahí. Es muy distinto cuando una persona muere, que se murió, aquí está y uno sabe muchas cosas. Pero el desaparecido es una sombra oscura que no sabe dónde va a alumbrar, que donde va a brillar”.

Dolor... en palabras de **Gloria Gómez** que busca a su hermano: “Es que a nadie le importaba nuestra vida emocional, y para nosotras desde la normalidad que se volvió nuestra vida, el tener dolor el tener afectación en que en nuestro cuerpo aparecieran enfermedades producto de la destrucción emocional que causa la desaparición, para nosotros era normal”.

Entonces... ¿Cómo podríamos incorporar la desaparición en el lenguaje? Intentemos pensar una palabra, una frase, alguna expresión que abarque esa profundidad. Algo que permita explicar que la desaparición forzada:

**Margarita Restrepo:** "Es algo que ni uno que tiene ese dolor, ni uno que ha sentido en carne propia, sabe cuál es el nombre de esto".

(Sonido caído)

Después de un temblor quedan las ruinas. Retomamos algunas cosas y volvemos a construir para continuar.

Aquí también. Con el estremecimiento de la violencia, las formas habituales de comprender el mundo y comunicarlo, se derrumban. Surgen otras formas con sentidos distintos. Y más si quienes las erigen de nuevo... son los familiares que presenciaron su caída.

**Margarita Restrepo:** "Pues yo siento que no hay una palabra que pueda definir lo que yo siento o no hay forma de yo saberlo expresar".

De acuerdo con Natalia Muñoz, socióloga de la Corporación Jurídica Libertad:

**Natalia Muñoz:** "Creo que hay cosas que no se pueden nombrar, hay cosas o dolores tan inimaginables que probablemente no lo puedan contar y nunca lo vayan a contar...".

¿Acaso se les ocurre cómo nombrar un duelo que no termina? Nombrar un dolor que carcome sin rostro. Nombrar el desespero de no saber qué hacer cuando el mundo ignora la catástrofe y decide callar.

**Margarita Restrepo:** "Nombrar la desaparición forzada es un dolor que es, mmm, sin nombre, la desaparición forzada es sin nombre".

Para la poeta Sara Uribe, que escribió el libro *Antígona González* sobre la desaparición forzada en México:

**Sara Uribe:** "Hay una parte comunicable del duelo y de la pérdida que se hace a través del lenguaje. Hay una parte que no es comunicable, me queda claro, y que yo creo que solo la puede vivir, entender, quién está en esa situación. Hay un entendimiento entre los que están pasando esa situación... y aún así creo que cada quien tiene registros de dolor y de afectividad de la pérdida muy específicos que probablemente otro no entenderá, y tendrá otro registro".

Podríamos intentar comprender la singularidad de quienes enfrentan el colapso del lenguaje por la desaparición forzada, aunque no tenga nombre y se resuma en un "no sé".

**Natalia Muñoz:** "Y es que hay una dimensión de las cosas que pasaron de las cuales son víctimas que nunca vamos a entender, que para eso ni palabras ni formas... Creo que es muy complicado acceder a esas profundidades".



Nadie sabe por qué algunos aniquilan, torturan y desaparecen. Por qué hay tanta crueldad.

La situación de los familiares que buscan y exigen verdad, se complejiza cuando ese mismo lenguaje está cargado de prejuicios, exclusiones y más violencias. De contradicciones y disputas.

**Margarita Restrepo:** “La comuna 13 fue una de las zonas más discriminadas de Medellín debido al conflicto armado. Muchas personas perdieron el trabajo, no iba un taxi, era como si ese barrio no existiera. Incluso cuando yo trabajaba y desaparecieron a mi hija, me echaron por eso”.

Entonces, ¿cómo contar lo que parece invisible ante los demás? ¿Cómo hacerlo cuando nuestras palabras han sido infectadas por el conflicto armado y sus sentidos están enfermos?

Por ejemplo, Sara Uribe nos relata su experiencia del lenguaje interferido por la violencia del narcotráfico en México.

**Sara Uribe:** “Yo recuerdo que el lenguaje indicaba mucho ese temor. Al principio cuando se hablaba del narco, no se le llamaba narco, se le decía, ni siquiera los malos... los malitos decía la gente... El diminutivo empequeñece aquello que te causa tanto temor... Hay como un cuidado para no ser afectado ni siquiera desde el nombrar. (...) Y luego por ejemplo a las balaceras las llamaban fiestas. (...) Pero entonces decían, hay fiesta, ahí viene la fiesta, va a haber fiesta. Entonces yo decía: ¿por qué llamar fiesta a una balacera?, qué recorridos, o qué

aliteraciones... qué vueltas de tuercas en el lenguaje por el miedo, ¿sabes? Cómo ponerle un nombre común”.

¿Cómo ha sido afectado el lenguaje por la violencia en Colombia? ¿De qué modo alteró la percepción de la desaparición forzada?

Los estigmas y prejuicios con los que carga el lenguaje, nuestro lenguaje, nos hacen pensar y ver a los demás de otra manera.

En palabras de Gloria Gómez, coordinadora de la Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos:

**Gloria Gómez:** “Si se lo llevaron en algo andaría, quién sabe en qué compañías andaba, estaba metido en algo, porque a nadie se lo llevan por nada. Entonces esa justificación, como decir, eran delincuentes... que se los llevaron por eso. Entonces eso hace que la desaparición siempre esté en la trastienda”.

Supongamos que están en una institución del Estado y oyen que un funcionario le dice a una señora... que su familiar no regresa porque se lo buscó... Porque se lo merecía. También le dice a ella guerrillera. Y se preguntan... ¿quién será su familiar? ¿Qué habrá hecho? Miran a los ojos a la señora y logran ver su desespero.

**Margarita Restrepo:** “Pero cuando yo iba tanto a la fiscalía porque cada que decían que llegaron NN, era una de las que iba a estar allá siempre. El Cuerpo Técnico de Investigación (CTI) de desaparecidos, la morgue, en el

anfiteatro, siempre, cada vez que decían desaparecidos yo siempre me iba para allá”.

Creemos entender lo que significan las palabras. Hasta que notamos que muchas veces reproducen y ayudan a prolongar la violencia. Cada palabra parece una vida llena de experiencias, por eso cuesta tanto escuchar.

**Margarita Restrepo:** “Cuando la policía me ultrajó, me humilló, me dijo que yo era una guerrillera. Cuando la policía amenazaba a la niña, todas esas cosas... las cosas precarias que yo viví allá”.

**Luz Elena Galeano** espera a su esposo hace 12 años: “Aunque es doloroso, nosotros reivindicamos el nombre de esa persona porque en muchos casos la primera respuesta que da, por ejemplo, en el caso de la Fiscalía es, quién sabe con quién se fue, quién sabe quién era él. Entonces hay que reivindicar primero su buen nombre y seguir haciendo memoria el día a día de ellos hasta encontrarlos”.

Cuando alguien más habla de lo que repetimos sin cuestionar, de lo que ocultamos sin saber, nos encontramos con la diferencia. Después viene un gran esfuerzo por tratar de comprender.

Como menciona la investigadora Victoria Faciolince.

**Victoria Faciolince:** “Y una posición ética de una sociedad justa debería ser esa, debería ser escuchar, condolerse con el otro tener una actitud empática frente al otro”.

Por tratar de entender, por ejemplo, que nadie merece ni tiene que desaparecer. Tampoco nadie "se lo buscó" y no hay ninguna razón, ninguna, para justificarlo. Para decir, con etiquetas de guerra, que quien busca a su familiar es un "guerrillero".

**Margarita Restrepo:** "Una vez fui a la fiscalía y pregunté por la desaparición de Karol Vanessa Restrepo y la Fiscalía me dijo: ay señora cuando sepamos la llamamos, y ya pasaron 17 años y este es el momento que no me han llamado. Entonces me dio una tristeza enorme en ese momento, yo me desvanecí por una pared llorando de tristeza sin saber qué iba a hacer".

Supongamos que oyen a lo lejos el testimonio de Margarita o de Luz Elena... Ahora que decidimos escuchar, ¿creen que se puede justificar lo injustificable? ¿a quién o a quiénes les conviene que aceptemos la desaparición forzada, que pensemos que los que ya no están hicieron algo para merecerlo? ¿Quién o quiénes esperan que olvidemos a punta de impunidad?

**Alexander Castro:** "Quién dijo que nosotros tenemos el poder para decidir sobre la vida de alguien, o de causarle dolor a una familia, para eso está la justicia... Entonces por qué nosotros como sociedad tenemos el poder de decidir sobre la vida de alguien. O sea no les basta con matarla sino que también la desaparecen".

"No querían decirme nada. Como si al nombrar tu ausencia todo tuviera mayor solidez. Como si callarla la volviera menos real. No querían decirme nada porque sabían que iría a buscarte".

Fragmento de *Antígona González* de la poeta mexicana Sara Uribe.

¿Cuántas veces escucharon las palabras asesinato, masacre o balacera? ¿Cuántas veces secuestro, genocidio, violación o desaparición forzada? Son palabras que nos remiten a un reclamo devastado y a una pérdida no atendida que al final, desfallecen por la indiferencia y por la aceptación generalizada.

**Gloria Gómez:** "Porque en este país la impunidad es la reina y la indiferencia es parte de la impunidad".

Mientras observábamos una fotografía con Margarita Restrepo, ella percibió a alguien intentando salir de un túnel largo y oscuro... se refería a la desaparición forzada:

**Margarita Restrepo:** "Este solo sería capaz si estos unieran fuerzas para ayudarlo a salir. Con uno que salga es mucho lo que se logra, pero si se muere estos y no le dan fuerzas también se muere él... entonces todo queda tapado en una oscuridad completa porque no hay quien visibilice nada".

Cuando las palabras como asesinado o desaparecido, que nos llevan al sacrificio de la vida, no causan angustia o, por lo menos, un "poquito" de preocupación en quienes las escuchan... presenciamos la victoria de la guerra. El desfallecimiento de los vínculos que considerábamos más humanos.

Así lo menciona la socióloga Natalia Muñoz.

**Natalia Muñoz:** "No hay otra forma de superar lo que nos ha pasado como sociedad que no pase por escuchar a las víctimas, no creo que sea posible ni la reconciliación, ni la nueva sociedad, ni un país mejor para las futuras generaciones".

Ahora, ¿por qué no escuchar las voces de las víctimas de desaparición? Son llamados que surgen de las profundidades, que conocen los sinsentidos de la guerra y lo que creíamos que era inimaginable.

**Margarita Restrepo:** "Es la mano que pide clemencia... ayuda... que lo vean, ahí es como alzando la mano, saliendo de un fango, de un río, que lo vean, está visibilizando lo que esa persona y esas personas están sufriendo, está visibilizando y está pidiendo ayuda, a ver si alguno lo ve".

Pero ¿qué pasaría si en vez de pensar que la desaparición forzada no se puede decir, nombrar o representar por completo... consideramos que se pueden hacer intentos para volver a pensar lo que parece impensable?

**Luz Elena Galeano:** "Yo creo que esto hay que seguir visibilizando porque ya han acallado muchas voces, entonces hay que llegar hasta el final. Todos los desaparecidos de Colombia merecen ser buscados".

**Sara Uribe:** "Entonces lo que le pasa al otro, me pasa a mí. De alguna manera me parece que intentar, sobre todo eso, intentar representar aquello que se nos aparece como

irrepresentable, es ya en sí un proceso ético de generación de empatía”.

No hay una respuesta precisa y tal vez aparezca un “no sé” cuando pensemos si al narrar el horror, se logre comunicar ese precipicio. Esa falta de sentido. Lo que podríamos hacer es movilizar nuestro pensamiento, por ejemplo, con el arte. Para que al final no terminemos paralizados o mudos ante lo que pretende callar la vida.

En palabras de la psicóloga Victoria Faciolince:

**Victoria Faciolince:** “De alguna manera les ayuda a las personas a simbolizar en algo el horror y el dolor, y les permite movilizarse hacia nuevos lugares de su experiencia y su lucha, porque eso no le pase a ninguna otra persona”.

Si escuchamos todas esas expresiones de la profundidad que solo las víctimas conocen, su dolor no se quedará atrapado en un grito sin fin.

**Luz Elena Galeano:** “Yo creo que hay muchas formas de hablar de la desaparición y extender la memoria y sacar eso que tenemos adentro para podernos sanar, pero sanar sin olvidar”.

Porque con cada límite, con cada silencio impuesto, con cada intento de muerte... los humanos tenemos la capacidad y, en este caso, la necesidad de crear.

**Margarita Restrepo:** "Porque hay personas que no son capaces de asimilar esas cosas hablándolo, contándolo, denunciando y se desahogan su dolor ahí".

**Luz Elena Galeano:** "Sí, porque hay personas a las que se les dificulta expresarlo, entonces hay otras formas de denunciar o de contar la historia".

**Sara Uribe:** "Aunque nos quedemos rotos, en tirones, incompletos, que aunque lo que tengamos sean las trazas de la experiencia, por lo menos nos permiten alcanzar a ver un registro, un rastro, una capa aunque sea de ese dolor y podemos dar un lazo de empatía, porque, o si no, no hay ninguna representación. Si no establecemos ningún puente entre la experiencia de quienes han perdido un ser querido por desaparición forzada y nosotros, pues es imposible generar ese duelo colectivo, es imposible generar una activación social de resistencia, de apoyo, de solidaridad".

También podemos hacer que algo nazca en medio de la imposibilidad. Como esas flores que agrietan el concreto. Y nos preguntamos, ¿cómo algo tan frágil superó la dureza?

**Alexander Castro:** "Tenemos la esperanza de que en algún momento podamos encontrar a nuestros seres queridos".

O como esa única estrella que brilla en la ciudad. Y nos preguntamos, ¿por qué nada la apaga?



**Margarita Restrepo:** "Yo no sé cuándo la voy a encontrar yo, si la voy a encontrar ligero o la voy a encontrar muy lejos, pero mire que al final siempre hay una luz".

Incluso cuando las palabras no son suficientes, cuando las experiencias no tienen nombre, hay quienes se arriesgan a romper las barreras que impone la destrucción. ¿Permitiremos que nuestros corazones escuchen los suyos?

## Episodio 6 - Imaginación

(Inicia la canción *Clamando justicia* de Margarita Restrepo)

**Margarita Restrepo:** "Yo siento que el alma se me salió del cuerpo y empezó a hacer muchas cosas... en yo escribir esa canción que es la más linda y que espero que más tarde sea escuchada, les toque las fibras a todos. Fue momento de desahogo, dolor, tristeza, rabia, incertidumbre, impotencia, de todo".

(Continúa otro fragmento de la canción)

**Margarita Restrepo:** "Cuando canto esa canción la lloro porque es ante un público, ante mucha gente, mostrando el dolor de lo que yo viví".

(Continúa otro fragmento de la canción)

Margarita: "Ese es un mensaje de fortalecimiento. Si yo veo que alguien está cantando esa canción, la que está cantando esa canción, viendo la expresión corporal, el dolor con que canta, está transmitiendo su tristeza, su dolor, su desaparición, su lucha... Yo también como madre y mujer voy a llorar".

Margarita Restrepo nos recuerda cuando cantó *Clamando justicia* en La Escombrera de la Comuna 13 en Medellín.

**Margarita Restrepo:** "Cuando canto esa canción la lloro porque es ante un público, ante mucha gente, mostrando el dolor de lo que yo viví... Es como la impotencia de estar

allá de ese ser querido y uno tan cerca y no poder hacer nada. Nosotros no nos dejamos evadir, nosotros tampoco nos dejamos. Ya nos cansamos que nos evadieran y nos taparan”.

Llegó la hora de acercarnos a la imaginación... como el lugar para esas propuestas estéticas que cuestionan nuestra sensibilidad, que le abren espacio a otros sentidos y proponen una ética distinta para comprender al otro y escucharlo.

Antes esas madres, hermanas y esposas sentían solas el caos de la guerra, pero su vida cambió cuando se encontraron. Ahora el Colectivo de Mujeres Caminando por la verdad canta en conjunto.

Para Luz Elena Galeano, integrante del colectivo:

**Luz Elena Galeano:** “Yo creo que lo que se crea es una familia... grande, numerosa, pero es una familia. Porque todas tenemos el mismo dolor, es un hecho diferente, pero sentimos dolor todas”.

Las mujeres que buscan a sus familiares enfrentan con otras formas de expresar lo que sienten... eso que parece innombrable de la desaparición forzada.

Así lo piensa la poeta mexicana Sara Uribe.

**Sara Uribe:** “Entonces sí creo que hay ahí una tarea política de, justamente, de mediar entre esta experiencia cruda, entre esta experiencia que puede ser borrada y construir estas imágenes o estas metáforas o estos

discursos desde el arte, que nos puedan conectar desde la afectividad, desde los afectos con estos sucesos para que se arraiguen en nosotros y podamos generacionalmente transmitirlos y no sea borrados por el olvido y el emborronamiento que siempre promueven los Estados”.

Juntas, en el centro, unieron fuerzas y empezaron a clamar. Esta vez sus llamados no chocaron entre sí, sino que lograron ir más allá del encierro ocasionado por el horror. Tocaron con su llamado los límites de la confusión, el miedo y la noche que parecía eterna.

**Luz Elena Galeano:** “Desde adentro es una obra que empezamos a realizar hace dos años con víctimas de desplazamiento y desaparición forzada”.

**Margarita Restrepo:** “Estaba compuesta de la mujer que fue desplazada, que le desaparecieron su esposo, su hija, que le tocó salir a tocar puertas a buscar y el papel que me tocó a mí, lamentablemente, un papel muy triste, pero tocaba hacerlo, me tocó hacer de grupo armado”.

Algunas víctimas le enseñaron a volar a sus voces con danza, poesía o canciones. Con expresiones teatrales y tejidos. Con la imaginación que surge de la memoria y otorga otras posibilidades en medio del absurdo.

**Margarita Restrepo:** “Yo me metía en la reacción, yo me imaginaba los hombres cuando se llevaban a una persona. Yo lo hacía con rabia, trataba pues de que me diera rabia y ser capaz, ¿cierto? Porque yo tenía que desaparecer a un hombre”.

Juntas le dieron otros significados a lo cotidiano. Cuando entraron en escena, transformaron, como un gesto efímero, los sentidos de los hechos acontecidos. Como un reclamo por los cantos que fueron quebradas de manera violenta.

**Margarita Restrepo:** "Cuando ya terminaba mi papel era ya una del público y yo ya lloraba porque veía el sufrimiento de esa mujer, de ese niño pidiéndole comida a la mamá, la mamá sin tener comida que darle en un anfiteatro, en una institución, en un hospital buscando al esposo y no encontrarlo".

Cuando el habla parecía limitada, cuando se agotaron las categorías para pensar el horror, acudieron a otros lenguajes para comunicar un silencio que las devastó.

Para la psicóloga Victoria Faciolince:

**Victoria Faciolince:** "Todas estas formas simbólicas, artísticas, literarias, teatrales, etc; de lucha social y política, que les permite a estas personas moverse de ese anclaje, de ese núcleo doloroso, y aún contando con ese núcleo doloroso, movilizarse en ciertas formas en su proceso de duelo".

Sus voces elevaron vuelo y, a lo alto, al atravesar el tormento individual, rozaron con sus alas, rasgaron con su llama viva la oscuridad que las rodeaba. Como un relámpago que atraviesa los atuendos de un horizonte sombrío.

Cada memoria, cada corazón, entonó sus sentimientos para cuestionar la guerra.

**Margarita Restrepo:** "Era como que se metía tanto ese personaje en mí de yo pensar que así fue la desaparición de mi hija que yo lo hacía con rabia... Los primeros días lloraba y yo: no Margara es que es un papel y yo... ay no, pero de todas maneras".

Sus voces parecían un canto que remendaba los trozos rotos de la realidad y la hacía vulnerable al cambio. Como un rompecabezas intercambiable, cada trozo, cada fragmento, volvía a la vida y empezaba a sonar. Su dolor se escuchaba.

**Margarita Restrepo:** "Entonces me dicen todas, todas lloramos porque es una expresión, pero hay que hacerlo... A través de la obra de teatro también se denuncia, también se muestra, también se visibiliza".

En palabras de Jesús Domínguez, director de teatro:

**Jesús Eduardo Domínguez:** "Creo que es importante que ese dolor y esa rabia se represente. Y que esa forma de representación tenga otro acercamiento al espectador. Porque creo que casi siempre lo hacemos del logos, de la palabra, del discurso, no desde esos otros espacios del cuerpo, del silencio, de esas otras visiones".

Evocaron el pasado para habitar de otra forma su memoria. Para movilizar los pensamientos derivados de la tragedia y representar con una obra de teatro el terror que intentó paralizarlas.

**Luz Elena Galeano:** "Cuando presentamos La piel en La Escombrera... era la conmemoración de la Operación Mariscal y nosotros decidimos que era un buen lugar para presentar esa obra de teatro".

Recordemos que, en la Operación Mariscal, el ejército disparó indiscriminadamente a los habitantes de la Comuna 13 en el 2002... murieron cuatro menores de edad y cinco adultos. Además, hirieron a 37 personas, detuvieron a 55 y desaparecieron a muchas otras.

**Luz Elena Galeano:** "En ese momento en el que nosotros empezamos a presentar la obra, la tempestad fue más fuerte, más fuerte y todo mundo estaba tan concentrado en silencio, solamente, la gente tan concentrada... como si estuvieran allá con nosotros".

(Silencio)

**Luz Elena:** "Cuando yo empecé a andar con unas maletas por todo alrededor de la gente que estaba ubicada ahí me decían: ¡Ay lucecita no se vaya!, eso está muy bonito, ¿usted por qué se va a ir? Entonces yo pasito les decía: silencio que estoy actuando, ábreme camino".

La memoria de cada una permitió poner en escena relatos históricos que, para ser recordados, fueron imaginados a través de sus vivencias personales. Con la obra otros miraron el horror y presenciaron su desastre.

Los sonidos llenaron el silencio que les habían impuesto. La melodía parecía una bandada de aves, en pleno amanecer, un caudal de ríos hecho mar.

**Luz Elena Galeano:** "Cuando empezamos cada una... a sacar esos recuerdos del baúl y a hablarlo así... ay nosotros veíamos toda la gente; unas temblando y otros llorando, y fue tan bonito porque nosotros haciendo esa representación de ver a los otros ahí, pues también se nos chocolateaban los ojos".

Con actos imaginados que surgieron de su lugar como víctimas, de las cicatrices de sus memorias, crearon relatos que les permitieron dialogar con la operación militar. Volver a significarla desde adentro de la Comuna 13.

**Victoria Faciolince:** "Son formas simbólicas que de alguna manera ayudan al doliente y a las comunidades a poner a sus desaparecidos en un lugar diferente, en un lugar de la memoria, en el lugar del recuerdo".

Como una noche estrellada... el cielo negro, que antes era una sombra de la desaparición, estaba agujereado por los revoloteos de las historias. De los recuerdos que los familiares protegen como guardianes de sus desaparecidos.

**Luz Elena Galeano:** "Hacer unos círculos con unas telas de colores; cuando llega la muerte a todos que los desaparecen... porque en ese momento estábamos vivos y llega un momento en el que nos desaparecen y ya con telas negras quedan tapados bajo la tierra. Es una cosa que, uishh, jala muchos sentimientos".



Telas negras porque no hubo tiempo para llorar a los muertos ni darles una tumba. Telas para manifestar su dolor y, por un momento, nombrar en colectivo su duelo sin resolver.

En el escenario lograron desvanecer la negrura al lanzar, como luces, como cometas, sus esperanzas llenas de colores. Parecía que alguien más las escuchaba. Alguien que había abierto su corazón.

**Luz Elena Galeano:** "Ay, ese silencio tan neutral, Dios, ¿qué está pasando acá?, pero cuando terminamos la obra todo el mundo aplaudió, todo el mundo en llanto... Fue un momento triste, pero fue muy bonito porque les llegamos. Entonces fue tanta la concentración que la gente empezó a sentirlo, o sea le supimos llegar".

El historiador Tácito mencionó hace muchos años que "el corazón es la tumba de aquellos a quienes hemos amado". Cuando ellas narraron su corazón en el escenario, el público las acompañó con los nombres que les hacen falta.

**Margarita Restrepo:** "Yo creo que hay que hacer mecanismos de otro, cantando a ver hasta donde ablanda el corazón".

Y regresó el día, por instantes, regresó el día. Sentir la compañía del mundo, el apoyo de los demás, parecía un abrazo. Una energía que las hacía más fuertes para llevar, a lo lejos, a lo alto, más allá del horizonte del horror, los relatos de su vida.

**Luz Elena Galeano:** "Nos decían, ¡oh, dios!, cuando ustedes hicieron todo ese aparataje nosotros lo sentimos, sentimos que la tierra se movió y escuchábamos como gemidos, o sea como si se estuvieran levantando esos escombros".

Porque, como sabemos, se presume que en La Escombrera yacen varios desaparecidos de la Comuna 13.

**Margarita Restrepo:** "Entonces yo pienso que eso arroja mucho a un público porque toca las fibras, la expresión de nosotros y la obra, habla por lo que nos ha pasado".

Esta es la historia de los familiares que no detendrán su búsqueda. Como la corriente de un río que carga con sus peces hasta el último caudal, hasta el último suspiro.

**Margarita Restrepo:** "Es un desahogo de las cosas hablan por uno, es una forma de explorar el dolor, de expresar el sentir de uno mostrándolo en una canción, en un poema, en un tejido".

Recurrieron al arte para explorar la profundidad de la desaparición, para mostrar lo que parecía indecible o irrepresentable. También para denunciar y permitir espacios de comprensión. Espacios de empatía con la dignidad humana en tiempos violentos.

**Luz Elena Galeano:** "Pues de eso es lo que se trata, de llegar para que se sensibilicen, de que esto verdaderamente sí sucedió y que tenemos que seguir luchándola hasta el final, hasta encontrarlos".

**Sara Uribe:** "La tarea es que a pesar de la desesperanza, a pesar de la ausencia... es imaginar futuros posibles... pero creo que justo si dejamos de imaginar, si dejamos de creer en otra posibilidad de lo real, pues ahí justamente ganan los perpetradores de la violencia, ganan quienes quieren que lo que triunfe, que lo que reine sea el olvido y la inacción".

Esta es la historia de dos mujeres que decidieron hablar, del espíritu colectivo de Mujeres Caminando por la Verdad de la Comuna 13 de Medellín, que unieron sus fuerzas para luchar. Para resistir a la muerte. A un Estado cómplice, a la barbaridad militar y a la crueldad de la guerra. A la indiferencia generalizada.

**Victoria Facionlice:** "Las víctimas... han sufrido horrores terribles, escuchémoslas, reconozcamos su sufrimiento, acompañemos en lo posible esos esfuerzos de reconstrucción".

Estamos seguros que después de escucharlas algo cambiará en ustedes, así como cambió en nosotros.

**Margarita Restrepo:** "Porque para tener conocimiento, el corazón hay que ablandarlo para sentir el dolor del otro, y hay que ablandarlo para ablandar el estado".

### **Después de las búsquedas**

¿Qué sucedió luego de la búsqueda en el 2015 de los desaparecidos en La Escombrera?

Después de las excavaciones del 2015 en La Escombrera, el proceso quedó en manos de la siguiente Alcaldía de Medellín. Según Jorge Mejía, subsecretario de Derechos Humanos de la Alcaldía que adelantó las primeras búsquedas.

**Jorge Mejía:** "Nosotros dejamos unos recursos y dejamos unos diseños de los otros dos polígonos para que la administración siguiente, en este caso la de Federico Gutiérrez, continuara esa labor de la mano de la Fiscalía, pero desafortunadamente no ocurrió así".

Así que las empresas mineras retomaron su labor y, los adelantos logrados, fueron interrumpidos.

**Margarita Restrepo:** "Primero que no tenían plata, se tiraban la pelotica. La Fiscalía a la Alcaldía, la Alcaldía a la Policía y nunca daban respuesta de nada. Cuando tomó la administración Federico Gutiérrez le hicimos un plantón y no nos puso la cara".

Cuando le preguntamos sobre la suspensión del proceso de búsqueda a Carlos Arcila, el subsecretario de derechos humanos de la Alcaldía de Gutiérrez, nos respondió que:

**Carlos Arcila:** "La Fiscalía era la que dentro de sus investigaciones tenía que mirar a ver. No han logrado avanzar... Sí, en manos de la fiscalía porque este es un proceso investigativo penal y los que lideran la investigación son la Fiscalía".

**Jorge Mejía:** "Las indagaciones por parte de la Fiscalía para avanzar en este propósito de exhumar y de encontrar

restos de personas desaparecidas, generalmente no son consistentes y pueden dar lugar a generar expectativas que a la hora de la verdad lo que conllevan es a revictimizar más a las personas”.

En el 2018, el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, Movice, le solicitó a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) proteger 16 lugares donde se presume que hay cuerpos de personas desaparecidas. La jurisdicción los aceptó y decidió cobijar estos lugares para conservar las evidencias.

Ha sido una presión constante de las víctimas y las organizaciones sociales hacia el Estado colombiano.. Para Luz Caribe, abogada de la Corporación Jurídica Libertad.

**Luz Caribe:** “No está sirviendo lo jurídico... estas acciones jurídicas no están dando resultados, entonces todas esas otras formas que emprenden digamos que aportan también a lo jurídico. El hecho de que haya medidas cautelares en estos lugares de inhumación no es producto del derecho, no es producto de algo que estaba escrito, es producto de la presión de las víctimas para el reconocimiento de que hay que proteger esos lugares de inhumación, de que hay que buscar, de que la memoria precisamente y que el derecho a la verdad cómo se garantiza, ellas se han encontrado la forma de decir cómo me garantizan el derecho a la verdad y es buscando a las personas, a mis seres queridos”.

Un año más tarde, la JEP realizó una búsqueda en 8 lugares de la Comuna 13, incluida La Escombrera. Tampoco encontró nada.

**Luz Elena Galeano:** “La última que se realizó que fue ahí junto al polígono 3 encontramos muchos cartuchos quemados

de bala, algunos pedacitos de prendas, zapatos, chanclas, vainillas. Esto para mí da a entender que sí pudo haber ahí cuerpos y que los sacaron en otro lugar con complicidad de los mismos dueños del predio”.

En el 2020, la JEP halló en un laboratorio de la Universidad de Antioquia 56 cuerpos de víctimas, de 136 que fueron trasladados del Cementerio Universal de Medellín. Es probable que esos cuerpos sean los desaparecidos de la Comuna 13. La mayoría están como NN. Utilizados para “fines académicos”... que causaron alteraciones irreversibles e impiden su reconocimiento. Y, aunque no es ilegal, es un descuido cómplice, un entorpecimiento de la poca justicia que hay en estos casos.

**Luz Elena Galeano:** “No hay voluntad política, no les interesa porque muchos agentes estatales están implicados ahí. Entonces no les conviene”.

Además, en mayo del 2020, inició el primer Plan Nacional de Búsqueda de la Unidad de Búsqueda de personas dadas por desaparecidas. Por ahora esa es la mayor esperanza para los familiares.

## **EN MEMORIA**

En memoria de Karol Vanessa Restrepo, desaparecida en la Comuna 13 el 25 de octubre del 2002. Una semana después de la Operación Militar Orión. Su mamá, Margarita Restrepo, la busca hace 18 años.

En memoria de Luis Javier Laverde, desaparecido en la Comuna 13 de Medellín el 09 de diciembre de 2008. Su esposa, Luz Elena Galeano, lo busca hace 12 años.

En memoria de Rosa Vergara Martínez, detenida/desaparecida el 30 de enero de 1993 por los paramilitares. Su sobrino Alex Castro, junto con su familia, la buscan hace 27 años.

En memoria de Alexander Vergara Urango, detenido/desaparecido por los paramilitares el 12 de enero de 2001. Su primo, Alex Castro, lo busca hace 19 años.

En memoria de Luis Miguel Gómez, desaparecido en Norte de Santander el 17 de diciembre de 1988. Su hermana, Gloria Gómez, lo busca hace 32 años.

**FIN**



BITÁCORA

**UNA REALIDAD IMAGINADA**